

Neila D. Oliveira



Vaso de barro

Apariencia frágil, contenido valioso

Vaso de barro

Apariencia frágil. Contenido valioso

Neila D. Oliveira



Asociación Casa Editora
Sudamericana

Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

Índice

Prefacio.....	7
Presentación.....	9
1. El primer campamento.....	13
2. Noticia triste.....	19
3. Refugio de los olmos.....	23
4. Funeral en el campamento.....	29
5. Consejo valioso.....	39
6. Carta de Battle Creek.....	44
7. Sueño arruinado.....	53
8. El telegrama.....	59
9. Excluidos.....	66
10. El día que no debía terminar.....	73
11. El tejido rojo y otras novedades.....	80
12. Una luz en el camino.....	85
13. La silla vacía.....	92
14. Una cuestión de salud.....	101
15. El amor está en el aire.....	108
16. Purificados por el fuego.....	115
17. Vaso de barro.....	122
18. Misión cumplida.....	131

<i>Apéndice 1</i>	
Conociendo el vaso por dentro y por fuera.....	135
<i>Apéndice 2</i>	
Contexto y escenario.....	152
<i>Apéndice 3</i>	
Libros de Elena de White.....	182
Álbum de fotos.....	189
Fechas importantes.....	197
Bibliografía.....	202

Prefacio

En 2013, los editores de la revista *Time* publicaron un artículo especial titulado “Las cien personas más influyentes que nunca existieron”. Entre los personajes ficticios incluidos, figuran nombres bien conocidos, tales como Peter Pan, Pollyanna, Indiana Jones, Súperman, Barbie y hasta Harry Potter. Muchos lectores quedaron tan envueltos con las historias originales de los personajes que, simplemente, no consiguieron detenerse antes de terminar de leerlas. Después de todo, ¿a quién no le gusta una historia interesante con un final feliz?

Vaso de barro también contiene dos protagonistas ficticios: los jóvenes amigos estadounidenses Anna Beatrice y Gary, que están buscando ansiosamente conocer más sobre una persona muy influyente, llamada Elena Gould Harmond de White; en realidad, la autora más traducida del mundo. Como no les es posible encontrarse con ella personalmente, ellos se involucran en una fascinante investigación sobre su trayectoria y sus escritos; una experiencia que cambiará su vida para siempre.

Mucho más que una simple obra de ficción, este es un libro realmente inspirador y edificante. A lo largo de sus páginas, el lector se sentirá invitado a conocer acontecimientos interesantes y descubrirá el verdadero significado de la existencia humana. Sin duda, las experiencias de Anna Beatrice y Gary serán un

óptimo ejemplo para todos aquellos que desean ser una luz en este mundo y brillar para Dios por toda la eternidad.

Así, te invito a ti a que comiences el viaje a través de las páginas de este cautivante libro.

Alberto R. Timm,
Ellen G. White Estate



Presentación



Cuando tenía 17 años, comencé a trabajar en la Casa Publicadora Brasileira como auxiliar de revisión. Mi actividad comprendía la lectura comparativa de los textos. Fue así que tuve contacto, de una forma más real y concreta, con los libros de Elena de White. Puedo garantizar que lo que sentí fue amor a primera vista. Sus textos, simplemente, me conquistaron y pasaron a formar parte de mi vida.

Después de algún tiempo, me casé y me convertí en mamá; también pasé a ejercer la función de editora asociada de libros. Un día, mientras estaba trabajando con



un material, sentí la fuerte impresión de que algo debía ser hecho a fin de que los niños y los jóvenes descubrieran la riqueza y la belleza de los textos de Elena de White.

Pensé en un libro de meditaciones para jóvenes, que sirviera como introducción para la lectura de sus libros. A pesar de sentir que no era la persona más capacitada para realizar ese trabajo, Dios me ayudó y, en 2006, fue publicado *El rescate: la historia de la salvación humana contada día a día*. Después, siguieron tres libros para el público infantil, que cuentan la historia de una familia israelita, desde la salida de Egipto hasta la llegada a la Tierra Prometida. Estos componen la serie "Aventuras del pueblo de Israel", y tienen como base el libro *Patriarcas y profetas*.

Sin embargo, al observar que mis hijos crecían y convivían con otros adolescentes, mi preocupación volvió a centrarse sobre lo que ellos pensaban en relación con la señora de White. ¿Qué sabían acerca de la vida de aquella extraordinaria mujer? Muchas veces surgían comentarios, incluso hasta entre adultos, que revelaban una impresión negativa con respecto a ella porque sus textos eran usados, meramente, para corregir o reprimir algún tipo de comportamiento. Desdichadamente, algunos fragmentos hasta eran sacados de sus contextos y transmitían ideas equivocadas.

En 2012, en un concilio de editores de la División Sudamericana, llamó mi atención la preocupación de los dirigentes con la futura generación de la iglesia, y un nuevo deseo surgió en mi corazón: escribir un libro para adolescentes, que los ayudase a tener una noción, aunque sea básica, sobre quién fue Elena de White. El objetivo es mostrar lo que ella representó, no solamente para la Iglesia Adventista del Séptimo Día, sino también

para todos los cristianos sinceros que creen en el regreso de Jesús y lo aguardan ansiosamente.

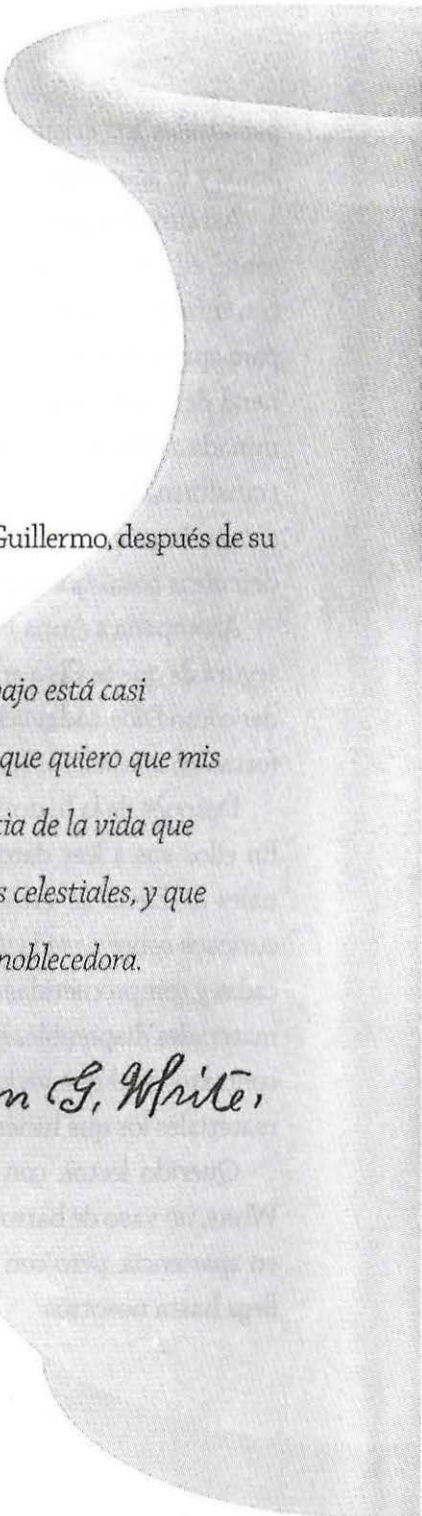
Así surgió el personaje de Anna Beatrice. Como toda adolescente, ella es curiosa, inteligente, persistente y no se contenta con informaciones apenas superficiales. Ella quiere ir más allá, para aprender sobre los diversos temas. Después de asistir al funeral de la señora Elena de White, ella regresa a su casa determinada a descubrir quién fue realmente esa mujer que se había transformado en alguien tan especial para tanta gente. Con la ayuda de su amigo Gary, va a realizar un viaje en el tiempo y descubrir cosas que nunca imaginó.

Acompaña a Anna Beatrice y a Gary en esta aventura. Estoy segura de que te vas a entusiasmar y a emocionar, y vas a entender cómo Dios, todavía hoy, usa a personas comunes y las transforma en verdaderos recipientes de su amor y su gracia.

Después de la historia principal, encontrarás tres apéndices. En ellos vas a leer datos respecto de las características personales de Elena de White, y algunos acontecimientos bastante curiosos sobre su vida y su ministerio. Gracias a personas dedicadas y comprometidas con la obra adventista, tenemos muchos materiales disponibles que ayudan a componer el escenario y el contexto en el que vivió esta mensajera del Señor. Fueron esos materiales los que hicieron que este libro fuera posible.

Querido lector, con mucho placer te presento a Elena de White, un vaso de barro modelado por las manos divinas. Frágil en apariencia, pero con un contenido tan valioso que rebalsa y llega hasta nosotros.





Palabras de Elena de White a su hijo Guillermo, después de su última visión, el 3 de marzo de 1915:

No espero vivir mucho más. Mi trabajo está casi terminado. Diles a nuestros jóvenes que quiero que mis palabras los animen en la importancia de la vida que será más atractiva a las inteligencias celestiales, y que su influencia sobre otros debe ser ennoblecedora.

Ellen G. White,

Capítulo 1

El primer campamento



Aquel era mi primer campamento. Me preguntaba cómo conseguían dejar todo preparado para un número tan grande de personas. Un cálculo inicial indicaba que habían sido armadas casi una centena de carpas para acomodar a las familias. Y todavía había enormes carpas para las principales reuniones y para las comidas. ¡Estaba todo perfectamente organizado!

Como vivíamos en Oakland, California, me puse feliz cuando escuché a mi padre decir a mi madre que nosotros tres podríamos asistir a las reuniones de campamento de verano de aquel año, pues serían en Richmond, una

ciudad no muy distante de la nuestra. Me despertó mucha curiosidad saber cómo serían aquellas reuniones, y amaba todo lo que había visto y escuchado hasta aquel momento.

Uno de los días, me desperté en el horario de costumbre, cuando mi madre me llamó para que me lavara el rostro, con agua que ya estaba en un recipiente, y para que desayunara, pues dentro de una hora comenzaría la reunión de la mañana. Dormir en una carpa no era muy comfortable, por eso no era difícil levantarse temprano.

Espíe hacia afuera y me di cuenta de que aquel sería un nuevo día bien caluroso. Pero eso no me incomodó. Elegí un vestido *beige* nuevo, con detalles en muselina marrón. La trama era liviana y comfortable. Mis zapatos eran marrones y combinaban con el lazo del vestido. “¡Mama realmente es una excelente costurera!”, pensé, mientras me abotonaba la parte de adelante, que terminaba en un cuello cuyo bordado era muy delicado. Había sido un regalo de mis padres por mis recién cumplidos quince años.

Era el viernes 16 de julio de 1915. Yo ni imaginaba que mi primer campamento traería sorpresas que influirían para siempre en mi vida; eso fue algo que recién entendería más tarde.

Doblé las sábanas y las coloqué, con las almohadas, arriba de un banquito desmontable. Entonces, enrollé las colchonetas y las apilé en una esquina, para que sobrara un poco más de espacio dentro de la carpa. Comí dos frutas, una rodaja de pan y yogurt.

—¡Vamos, niñas! —así era como mi padre acostumbraba llamarnos a mi madre y a mí—. Apresúrense —dijo con su voz grave—. Ustedes saben que me gusta estar bien adelante, para no perder nada de lo que el predicador dice; especialmente, cuando llega el momento de los testimonios.

Mientras salía de la carpa, hecha de tejido grueso y claro, vi a Gary en su traje gris. Él caminaba con pasos rápidos, un poco adelante de su hermano mayor. El padre y la madre, de la mano con la pequeña Victoria, intentaban acompañar a sus dos hijos. Cuando pasó cerca de mí, Gary disminuyó un poco el ritmo y me ofreció una sonrisa, que destacó sus lindos dientes. Él usaba el cabello de costado, y la impresión que yo tenía de él era que siempre estaba impecable. La camisa blanca parecía que recién hubiese sido almidonada, de tan bien planchada que estaba. Mi padre lo consideraba un buen muchacho; decía que era muy responsable y que siempre estaba interesado en las cosas de Dios. Tenía 17 años y vivía con su familia en Battle Creek.

Nuestras familias se conocían desde hacía unos ocho años. Cuando mi padre necesitó pasar un tiempo en Battle Creek para participar de unas reuniones relacionadas con su trabajo en la Asociación de California, nos hospedamos en la casa de los padres de Gary. Creo que yo tenía unos seis o siete años, y él nueve. Roger, el hermano más grande, tenía quince. Victoria era una beba recién nacida. Desde aquella época, las familias manteníamos contacto por medio de cartas. Ocasionalmente, nos encontrábamos.

—Anna Beatrice —la madre de Gary vino en mi dirección—, ¡qué elegante estás esta mañana! ¡Debo decirte que este vestido te queda muy bien! Apuesto a que fue Norma quien lo hizo...

Me sonrojé un poco frente a los elogios; y además porque miré a Gary y él todavía estaba sonriendo.

—Muchas gracias, señora MacPierson —le dije, aclarándome la garganta—. Usted tiene razón. Agradezco mucho, porque mi madre es una costurera muy buena.

—Y yo también lo agradezco —dijo mi padre, entrando en la conversación—. Norma es una esposa muy cuidadosa; y también muy económica.

El señor MacPierson estuvo de acuerdo:

—En los tiempos que estamos viviendo, esa es una cualidad esencial para una esposa.

Noté que lanzó una mirada discreta a sus dos hijos. Roger estaba comprometido con una señorita que se preparaba para ser enfermera, y su fama no era de las mejores en cuanto al requisito “economía”. Yo no conocía a Mary personalmente, pero había escuchado hablar de ella, especialmente por causa de su colección de vestidos. Ella pertenecía a una familia rica de Riverside y estaba acostumbrada a llevar una vida sin muchas dificultades. Roger trabajaba con su padre, al cuidado de los negocios de la familia. Había aprendido a vivir con simplicidad y modestia, y a sus 23 años ya tenía una renta suficiente como para mantener un hogar. El casamiento sería, posiblemente, dentro de un año o un poco menos. Los padres de Roger parecían tener razón en mostrar preocupación por el futuro de su hijo.

—Escuché decir que los testimonios de hoy serán especiales —Gary se dirigió a mí—. ¿Puedo tener la honra de acompañarte?

Miré respetuosamente a mi padre, pidiendo permiso. Él asintió con la cabeza. Tomé mi sombrilla marrón, que combinaba con mis zapatos y mi vestido, y fui al lado de Gary. Los otros miembros de la familia estaban apenas algunos pasos detrás de nosotros. La pequeña Victoria reía suavemente y estaba casi saltando, de tanta alegría. Los adultos conversaban animadamente.

En poco tiempo, llegamos al local en el que se realizarían las reuniones. Conseguimos un lugar bien adelante. ¡Había mucha

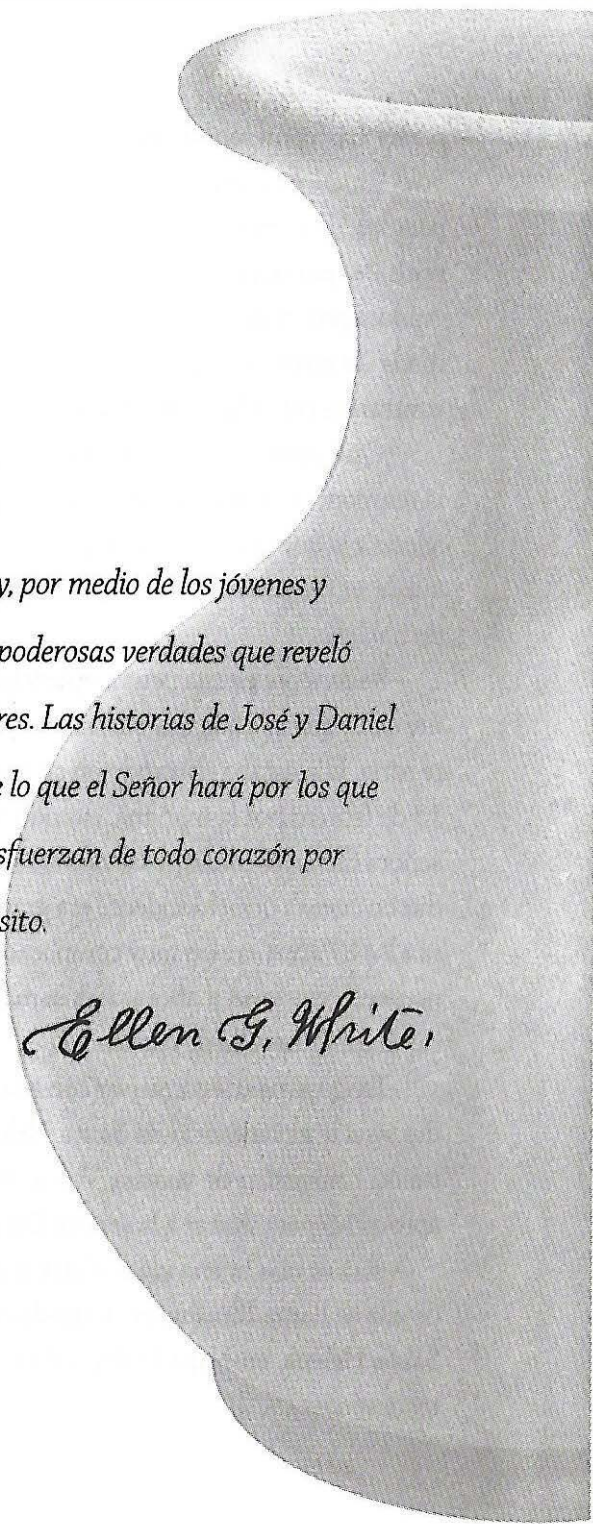
gente! Las conferencias eran las mejores que había escuchado. Solo lamenté no encontrar a una de las conferencistas más esperadas; una señora de edad avanzada, llamada Elena. Ella siempre había participado de estas reuniones campestres y solía ser la oradora principal. Era autora de varios libros, y le gustaba ser llamada “la mensajera del Señor”. Sentía mucha curiosidad por encontrarme con ella. Quería hacerle tantas preguntas...

—¡Qué pena que la señora Elena no puede estar presente en la reunión! —comenté a Gary—. Una vez, la escuché predicar en la iglesia a la que asisto. Aunque era muy pequeña, me acuerdo que quedé impresionada con su mirada suave y su voz firme cuando hablaba.

—Realmente es una pena... —Gary me miró—. Escuché a mi padre decir que la caída que sufrió hace algunos meses fue bastante seria. Ella estaba entrando en su cuarto de estudios el sábado 13 de febrero por la mañana, cuando tropezó y se cayó. Como la señora Elena no conseguía levantarse, fueron a buscar ayuda y se dieron cuenta que el accidente era grave. Una fractura en la cadera a los 87 años es algo muy complicado. Ya hace cinco meses que no puede caminar, y ahora pasa la mayor parte del tiempo en la cama o en una silla de ruedas.

—Tengo ganas de conversar con ella... —dije, pensativa—. Mi padre va a ir al sanatorio de Santa Helena cuando termine la reunión campestre de verano. Voy a preguntarle si me lleva; así, aprovecho para visitar a la señora Elena.

—¡Esa es una buena idea! —Gary me incentivó—. La propiedad de ella se llama Elmshaven, y queda muy cerca del sanatorio de Santa Helena, en Napa Valley. ¡Mira, mira! Van a comenzar los testimonios...



Dios desea revelar hoy, por medio de los jóvenes y los niños, las mismas poderosas verdades que reveló mediante estos hombres. Las historias de José y Daniel son una ilustración de lo que el Señor hará por los que se entregan a él y se esfuerzan de todo corazón por llevar a cabo su propósito.

Ellen G. White,

Capítulo 2



Noticia triste

Parecía que aquel viernes, 16 de julio de 1915, sería un día común en el campamento. Tuvimos las reuniones como de costumbre, y los preparativos para el sábado comenzaron a realizarse. Era posible ver a las personas agitados, yendo de un lado para el otro, para dejar todo listo antes de la puesta del sol.

· Yo estaba con mi madre en la carpa. Le comenté mi deseo de ir a Santa Helena con mi padre, para visitar a la señora Elena.

–No veo ningún problema, querida. Si tu padre está de acuerdo... Por mí, está todo bien.

Conversamos un poco más. Entonces, percibí un movimiento extraño afuera. Algunas mujeres estaban en una ronda, y parecía que una de ellas estaba llorando. Mi padre llegó cabizbajo y, antes de que yo pudiera decir algo sobre mi idea, miró a mi madre y anunció:

—Acabamos de recibir un telegrama informando que la señora de White falleció hoy... a las 3:40 de la tarde, en su casa, en Elmshaven. La mensajera del Señor ahora está descansando...

No podía creer aquellas palabras cuando las escuché. La señora Elena estaba muerta... ¡Era demasiado tarde! Nunca más tendría la chance de encontrarme con ella y conversar personalmente. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Mi madre preguntó más detalles a mi padre.

—Todavía no tenemos muchas informaciones —dijo—. Pero supe que falleció de forma tranquila, como un niño que se adormece para descansar, sin dolor ni sufrimiento. Algunos días antes, ella ya no parecía consciente de lo que sucedía a su alrededor, pues no se comunicaba más y aparentemente tampoco escuchaba nada.

—No tengo dudas de que ella fue un vaso elegido por Dios —dijo mi madre con solemnidad.

“¿Vaso?”, pensé. “¿Por qué mi mamá está comparando la vida de la señora Elena con un vaso?” Bueno, yo no lo sabía en aquel momento, pero esa era una pregunta para la que tendría una respuesta en breve.

El resto de aquel día en el campamento fue muy diferente de los anteriores. Por otro lado, había mucho movimiento. Mi padre se ausentó para una reunión con los organizadores del congreso campestre.

Mientras fui a buscar agua para que mi madre terminara las tareas del viernes, encontré a Gary en el camino.

—¿Te enteraste del fallecimiento de la señora Elena? —pregunté, con la voz triste.

El azul de los ojos de Gary parecía más intenso en aquel atardecer. Él movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, me enteré —Gary tomó gentilmente el balde de mis manos y comenzó a acompañarme hasta el lugar en el que era distribuida el agua—. Como falleció hoy, escuché decir que el funeral en Elmshaven será recién el domingo.

—Mi padre está reunido con los organizadores —le dije con la cabeza baja—. Creo que va a conseguir más informaciones respecto de los procedimientos para el funeral.

—Todos están muy tristes por la noticia... —comentó Gary—. Desde muy pequeño escucho la historia sobre la señora Elena y su esposo, el pastor Jaime. Dios los usó poderosamente para establecer la obra de las publicaciones, fundar los colegios que existen hasta hoy y organizar la iglesia para que cumpla el papel para el cual Dios la creó.

Gary comenzó a hablar con entusiasmo sobre algunos viajes en tren, en carroza y en trineo, que el matrimonio había realizado a lo largo del tiempo. Soportaron el frío intenso en algunas situaciones, pasaron por campos poco habitados y estuvieron en peligros, en otras. Pero siempre contaron con la protección de Dios.

Quedé impresionada con todo lo que Gary conocía acerca de la señora Elena y su esposo. Gary era apenas dos años mayor que yo, pero sabía muchas cosas. Por el hecho de que su familia vivía en Battle Creek, tenía más acceso a las noticias relacionadas con

la vida de la señora Elena. Pasé a mirar a Gary con admiración y descubrí, en aquel atardecer, que teníamos algo en común: el interés y el gusto por las increíbles historias sobre el inicio de la iglesia; especialmente las que concernían a hombres y a mujeres que dedicaron sus vidas al servicio de Dios.

Llenamos el balde, y Gary se ofreció para llevarlo hasta nuestra carpa. Le agradecí, pues ahora estaba pesado.

Llegamos a tiempo para escuchar que mi padre estaba contando a mi madre una novedad que nos trajo un poco de alegría. Los oficiales de la Asociación de la Unión del Pacífico y de la Asociación de California habían solicitado que también fuese realizada una ceremonia en Richmond, en el campamento, al día siguiente del funeral de la señora Elena en Elmshaven.

No creí lo que estaba escuchando. Yo, Anna Beatrice, tendría la oportunidad de presenciar la ceremonia de despedida de Elena de White. Mi padre no entendió nada cuando me aproximé a él y le di un beso en la mejilla; solamente Gary comprendió mi actitud. Mi padre miró a mi madre, y apenas se sonrió. Se trataba de algo triste, era verdad, pero me puse feliz con el regalo que Dios me estaba dando. Aquella ceremonia cambiaría para siempre mi vida.

Capítulo 3

Refugio de los olmos



Mientras en Richmond los organizadores del campamento comenzaban los preparativos, en Elmshaven las personas encargadas de la organización intentaban agilizar las cosas. Por medio de llamadas telefónicas y telegramas, la noticia del fallecimiento llegó a muchas de las iglesias a tiempo para ser comunicada en los anuncios del sábado por la mañana. El atardecer del viernes, Henry y Herbert, los nietos gemelos de la señora de White, realizaron invitaciones a la ceremonia fúnebre, que fueron enviadas a cerca de 220 familias de la región. En ellas, se leía lo siguiente:

“Usted y su familia son respetuosamente invitados a participar del funeral de la señora Elena G. de White en su residencia, ‘Elmshaven’, próxima al sanatorio de Santa Helena, California, el domingo 18 de julio de 1915, a las 5 de la tarde”.

Los más importantes medios de comunicación impresa divulgaron la noticia y un resumen de su vida. Ella se había transformado en una figura pública y su fallecimiento era algo relevante. El texto había sido preparado con anticipación, pues la familia sabía que ella podría ir al descanso en cualquier momento.

El sábado y el domingo, las personas de la región pudieron brindar homenaje a la señora Elena. Para la ceremonia del domingo, fueron colocados más de trescientos asientos delante de la casa, debajo de los frondosos olmos; otras cien personas se sentaron directamente en el césped. Había representantes del hospital y de la iglesia de Santa Helena, y del Pacific Union College. Muchos llegaron desde las ciudades vecinas.

La ceremonia fue simple e informal. Participaron los pastores John N. Loughborough, amigo personal de la familia y honrado pionero del movimiento adventista; George G. Starr; y E. W. Farnsworth, presidente de la Asociación de California. El pastor de la iglesia de la que la señora Elena era miembro, S. T. Hare, pronunció la bendición.

El pastor Loughborough habló de su primer encuentro con ella, en 1852, y relató otras experiencias que ocurrieron a lo largo de los años. El pastor George Starr hizo comentarios sobre algunos acontecimientos. Y el pastor Farnsworth presentó un sermón, enfatizando la esperanza del cristiano.

Guillermo, uno de los hijos de la señora Elena, quien estuvo a su lado en sus últimos momentos de vida, dice que, cuando

concluyó la ceremonia, las personas no tenían ningún apuro por irse. Muchos deseaban que no terminara porque estaban envueltos por las palabras del orador, que subrayaban que un día la muerte sería vencida definitivamente.¹

Luego, dieron cierre a la ceremonia y el cajón fue llevado a Santa Helena. A la mañana siguiente, los pastores Farnsworth y Loughborough; Guillermo White; y Sara McEnterfer, la fiel secretaria de la señora Elena, tomaron el primer tren a Richmond, acompañando el cuerpo. Estos detalles los supe recién después.

En Richmond, no tuve noción del paso del tiempo esos dos días, mientras esperábamos a que llegara el cortejo. ¡Bendita carretera de hierro! Qué bendición fue que el campamento de aquel verano se estuviera realizando en aquella ciudad, pues la primera línea de tren que conectaba la costa del Pacífico con el Este de los Estados Unidos pasaba por ese lugar. La sepultura de la señora Elena sería en Battle Creek, y Richmond quedaba en el camino.

En aquella reunión campestre estaban muchos de los antiguos asociados de la señora Elena, que habían venido desde la iglesia de Oakland, además de muchos miembros de las iglesias que ella había visitado cuando comenzó sus trabajos en California. Al saber de su muerte, esos hermanos pidieron que el cuerpo fuese llevado hasta la reunión y que hubiera una ceremonia allí, para que ellos también pudieran expresar su amor y su gratitud. Ellos dijeron: "Si la señora de White estuviera viva y bien de salud, estaría aquí para hablarnos sobre cómo ser mejores cristianos. ¿Por qué razón no traerla acá, y que alguien nos hable sobre cómo ella vivió?"

¹ Datos extraídos del libro *Life Sketches of Ellen G. White*, "The 'Elmshaven' funeral service", pp. 450-455, edición de 1915.

¡Esa fue una excelente idea! Y ahora yo tenía la expectativa de asistir a la ceremonia. Conversé bastante con Gary el sábado y el domingo. Él me contó algunos interesantes detalles más sobre la señora Elena. Uno de ellos fue sobre la elección del lugar en el que pasó los últimos años de su vida. Después de vivir en Australia durante nueve años, había regresado a los Estados Unidos en 1900, el año en que nació. Con ella, llegaron su hijo Guillermo, la familia de él y también los asistentes editoriales de ella. Llegaron a San Francisco en septiembre. Ella no sabía dónde debería establecer su hogar, pero tenía la plena seguridad de que Dios estaba preparándole un "refugio". Contaba con 72 años, y tenía en mente escribir aún varios libros más. En un primer momento, la señora Elena quiso vivir cerca de la editorial Pacific Press que, en ese tiempo, todavía estaba instalada en Oakland, pues eso facilitaría el trabajo de impresión de los nuevos libros. Si eso hubiese ocurrido, yo habría tenido la oportunidad de crecer muy cerquita de ella, pues esa es mi ciudad natal.

Después de algunos días frustrados en búsqueda de la casa ideal, la convencieron de que fuera a Santa Helena para descansar y visitar a viejos conocidos. Cuando compartió su preocupación con una amiga, la señora Ings, Elena de White se enteró de que la casa de Robert Pratt estaba a la venta. Al visitar la propiedad, quedó encantada. El área era muy grande y bonita, con cielos, parrales, plantas y flores en abundancia. La casa estaba toda amueblada y atendía perfectamente a las necesidades de la señora Elena y su equipo. En la parte de atrás había un *chalet*, que luego fue transformado en oficina. Además, había un granero y un establo, con los animales de la hacienda y todo el equipamiento para las actividades de campo. La señora Elena consideró a la

propiedad un verdadero regalo de Dios, pues le costó solamente cinco mil dólares. Con la venta de la casa de Australia, el dinero fue suficiente para comprar la propiedad en California. El 16 de octubre, solo 25 días después de desembarcar en San Francisco, la señora Elena y su equipo se mudaron al nuevo hogar.

A ella le gustaba dar nombre a sus casas, pues acostumbraba colocar en el cabezal de sus cartas el lugar desde el que escribía. Llamó "Sunnyside" [Lado soleado] a la casa de Australia; y a esta en Santa Helena, "Elmshaven" [Refugio de los olmos], por la gran cantidad de olmos que había alrededor de la propiedad.

—Ese fue el hogar que Dios proveyó para que la señora Elena pasara los últimos años de vida —dijo Gary—. Cuando estaba en el navío viniendo de Australia, el ángel le aseguró que ella tendría un "refugio" en los Estados Unidos. "Elmshaven" fue ese lugar.

—Espero que la casa no sea vendida... —mencioné, soñando con el día en que pudiera visitar el lugar en el que la señora Elena había pasado esos últimos años de su vida.

Gary me contó que la casa sería mantenida, porque Guillermo, uno de los hijos de la señora de White, vivía en una parte de la propiedad. Los funcionarios también vivían allí, y la oficina estaba muy cerquita. También había una biblioteca particular y un cofre con los manuscritos de su pluma.

—Bueno, ahora necesito apurarme, pues en poco tiempo será la puesta del sol. Gracias por ocupar tu tiempo en contarme esas cosas —dije, mientras miraba agradecida a Gary.

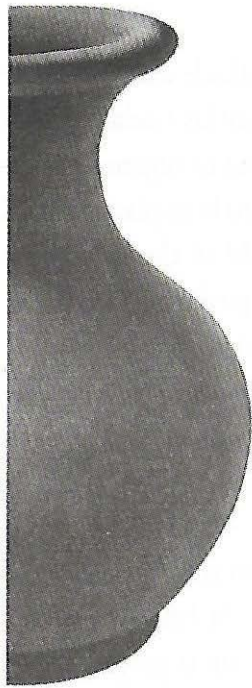
—Fue un inmenso placer —me respondió—. No siento que el paso del tiempo cuando estoy contigo...

Sonreí y me despedí. Tenía que planchar mi mejor vestido. ¡El día siguiente sería muy importante!

La mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se vendan ni se compren. Hombres que sean honrados y sinceros en lo más íntimo de sus almas. Hombres que no teman dar al pecado el nombre que le corresponde. Hombres cuya conciencia sea tan leal al deber como la brújula al polo. Hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos. Pero semejante carácter no es el resultado de la casualidad.

Ellen G. White,

Funeral en el campamento



La noche del domingo al lunes casi no pude dormir. Apenas amaneció, ya estaba en pie, pronta para la ceremonia que se realizaría en el campamento. Tomé el desayuno lo más rápido que pude. No me quería perder ningún detalle.

—¡Cuánta gente! —le comenté con mi padre, mientras nos dirigíamos al lugar en donde se llevaría a cabo la ceremonia.

—Se calcula que por lo menos mil personas están aquí —respondió mi padre, mirando alrededor—. El anuncio sobre el fallecimiento de la señora de White fue enviado

el sábado a las iglesias próximas a Richmond. Muchos vinieron desde las ciudades de alrededor de la Bahía de San Francisco, y hasta de lugares más distantes. Aunque sea lunes, un buen número hizo planes para darle el último adiós.

Miré alrededor, buscando a Gary. Creí que sería interesante quedarme cerca de él. ¡Ah! Allí estaba él, con su familia. Por lo visto, había conseguido despertarse antes que yo. Vestía un traje negro, y ya estaba sentado bien adelante, desde donde tenía una vista privilegiada. Victoria me vio y me saludó con su manito.

—Mama —dije, con una mirada suplicante—. ¿Podemos quedarnos cerca de la señora MacPierson?

—Sí, hija —respondió—. Creo que tu padre va a estar ocupado con la programación, y allí estaremos bien cómodas. ¿Qué te parece, Alberto?

—Tienes razón —concordó mi padre—. Es mejor que se queden con la familia MacPierson; yo voy a ver en qué puedo ser útil durante la ceremonia.

Levanté un poco la falda de mi vestido y comencé a pedir permiso a las personas para poder llegar adonde estaba Gary. Mi madre me acompañó.

—¡Hola! ¡Buen día! —saludé a toda la familia—. ¿Podemos quedarnos aquí, con ustedes?

—¡Claro, querida! —la señora MacPierson señaló tres asientos que parecía que estaban reservados—. Gary comentó que seguramente te gustaría estar bien adelante y pidió que reserváramos esos lugares para tu familia.

—Muy gentil de tu parte... —le dije a Gary, sonriendo—. ¡Muchas gracias!

Él retribuyó la sonrisa y dijo:

–Parece que no soy el único por aquí que tiene un aprecio especial por la señora Elena.

Mi madre y la señora MacPierson comentaron sobre el número de personas presentes en la ceremonia. ¡Era realmente impresionante!

Me estiré un poco y observé, a la distancia, el ataúd oscuro en el que la señora de White reposaba.

–Parece que estuviera durmiendo –comentó Gary–. Vas a poder verla de cerca en el momento indicado. Mira, aquel es el pastor Andross –indicó mi amigo–. Es el presidente de la Unión del Pacífico; y es el organizador de la ceremonia. Creo que ya va a empezar.

Gary se acomodó en el asiento y quedó en silencio, mientras las personas que componían la plataforma se ubicaban en sus lugares.

Eran las 10:30 cuando comenzó la ceremonia, y todos cantamos el himno “Sweet Be Thy Rest” [Dulce sea tu descanso]. La letra y la melodía hablaban profundamente al corazón. Aprecié especialmente la segunda estrofa, que mencionaba la conclusión de la obra y el recibimiento de la corona eterna.

Enseguida, el pastor E. W. Farnsworth realizó la lectura bíblica. Abrí mi Biblia, para acompañar los textos que hablaban sobre la resurrección: 1 Corintios 15:12 al 20, 35 y 42 al 45; y 2 Corintios 4:6 al 18, y 5:1 al 10. La oración fue realizada por el pastor John Loughborough. Él mencionó que, aunque las aflicciones nos sobrevengan y aunque los obreros de esta causa puedan deponer sus armaduras por causa de la falta de fuerza física, de todos modos el propósito de Dios sería cumplido.

Con aire solemne, un señor se preparó para hablar inmediatamente después.

—Este es el pastor Tait —me susurró Gary—. Es editor de *Signs of the Times*.

Gary se refería a uno de los periódicos más conocidos en nuestro medio, en el cual se habían publicados muchos artículos escritos por la señora Elena.

—Creo que va a leer la biografía de la señora de White —añadió.

Gary tenía razón. Supimos que una reseña de la biografía había sido cuidadosamente preparada por el pastor Wilcox, de la Pacific Press, pero sería leída por uno de sus asociados pues Wilcox estaba ausente debido a un viaje que debía realizar al Este.

La lectura comenzó mencionando el hecho de que Dios puede hacer mucho utilizando a las personas. Todos los grandes movimientos, los reavivamientos y también las crisis de los siglos se centralizaron en seres humanos. Se citaban las historias de Noé, de Abraham y de otros personajes de la Biblia. También mencionó a Wycleff y a los hermanos Wesley. Luego, continuaba diciendo:

“Y en el movimiento del advenimiento, que debe dar al mundo el último mensaje de reforma, hay dos personas cuyas biografías incluyen el comienzo y el establecimiento del movimiento y su crecimiento mundial”. Estaba refiriéndose al pastor Jaime y a su amada esposa, Elena.

Se hizo una recapitulación de la historia de la vida de la señora de White y se destacaron los trabajos realizados en la costa del Pacífico.

“La obra en California fue inaugurada por los pastores John Loughborough y Daniel T. Bourdeau, en el verano de 1868. En el otoño de 1872, el pastor Jaime y la señora Elena visitaron San Francisco, Santa Rosa, Woodland, Healdsburg y Petaluma. Los mensajes de ella fueron recibidos por personas sinceras, y sus trabajos fueron muy apreciados. En febrero de 1873, el hermano y la hermana White fueron a Michigan, y luego retornaron a California en diciembre de aquel año para dar inicio a nuevos emprendimientos. En 1874, ellos participaron de dos reuniones campestres en Oakland. Aquí, la señora Elena habló especialmente sobre salud y temperancia”.

—¡Hace mucho tiempo!, ¿no? —le comenté a Gary, mientras hacía un cálculo mental—. Mi padre tenía apenas dos años de edad...

Él movió la cabeza en señal afirmativa y seguimos prestando atención.

“Fue en esa época que la obra de las publicaciones tuvo inicio en Oakland. La primera edición del periódico *Signs of the Times* data del 4 de junio de 1874”.

El editor continuó mencionando el surgimiento de la Pacific Press y cómo aquella institución había alcanzado un crecimiento fabuloso, y publicaba literatura religiosa y educacional. Por ese tiempo, ella ya se había mudado a Mountain View, también en California.

En este punto, se veía que el pastor Tait estaba visiblemente emocionado.

“Dios reveló a la señora de White que sería realizada una gran obra en la costa del Pacífico y en las ciudades alrededor de la bahía. Eso comenzó y se concretó muy rápidamente;

pues varias iglesias fueron construidas en Oakland y en San Francisco, en 1875 y en 1876. Para ayudar en la construcción de estas iglesias, el señor y la señora de White vendieron todo lo que tenían en el Este”.

La biografía hizo referencia a la conexión de la señora Elena con el inicio del colegio en Healdsburg, que ahora era el Pacific Union College, cerca de Santa Helena, pues ella también había apoyado esa obra.

El hospital de Santa Helena también fue mencionado como un emprendimiento que surgió con el incentivo del matrimonio White, para que en California hubiera algo parecido al pionero hospital de Battle Creek. La señora Elena sabía lo que era sufrir físicamente y era sensible a los padecimientos de otras personas. Por eso, hizo los mayores esfuerzos para que fuesen establecidos más de tres instituciones médico misioneras en California: en Paradise Valley, cerca de San Diego; en Glendale, cerca de Los Ángeles; y en Loma Linda, que se transformó en el mayor y el más famoso hospital adventista.

El pastor Tait también habló de la vida de sacrificio de la señora Elena, de las tristezas que tuvo que enfrentar, de su compromiso en cumplir las órdenes de Dios y de la alegría de llevar esperanza a las personas. En varias ocasiones, ella estuvo muy cerca de la muerte, llegando incluso a ser desahuciada por los médicos; pero Dios la amparó y repetidamente le restauró la salud. Muchas veces, lo que ella recibía por sus libros era liberalmente donado para dar asistencia a las personas que estaban pasando alguna necesidad y colaborar con diversos proyectos.

Mientras escuchaba aquel relato, me sentí profundamente emocionada. No pude impedir que algunas discretas lágrimas

rodaran por mi rostro, especialmente cuando el pastor Tait leyó lo siguiente:

“La señora de White ha sido difamada y calumniada por sus enemigos, habiendo recibido muchos de ellos sus advertencias y su reprobación. Los que la conocen pueden juzgar mejor su vida. Ella fue humana, sujeta a todas las enfermedades y las debilidades comunes de los seres humanos; pero encontró en Cristo un precioso Salvador y Ayudador. Él la llamó para que hiciera una obra impopular, y ella aceptó. Dios la usó. Verdaderamente, ella ha sido una madre en Israel. Nuestro Señor expresó el más sereno juicio del corazón humano cuando dijo que un árbol es conocido por sus frutos. A la luz de esto, la vida de nuestra hermana y su bendecida influencia sobre todos aquellos cuyas vidas fueron tocadas por ella son un testimonio de su carácter y obra. Aunque esté muerta, ella continúa hablando”.

Gary sacó del bolsillo de su saco un pañuelo blanco y me lo extendió. Él tocó suavemente mi mano, en un gesto de simpatía. Yo tenía plena seguridad de que él entendía mis lágrimas silenciosas. Mi madre notó la gentileza de Gary, pero mantuvo la discreción. Ella sabía cuánto había aprendido a apreciar su amistad durante aquel primer campamento. Quedé muy impresionada con el respeto de Gary por las cosas de Dios y su consideración para con los pioneros de nuestra iglesia.

Cuando el pastor Tait terminó la lectura, el pastor Andross abrió la Biblia en Apocalipsis 14:13: “Entonces oí una voz del cielo, que decía: ‘Dichosos los que de ahora en adelante mueren en el Señor. Sí—dice el Espíritu—, ellos descansarán de sus fatigosas tareas, pues sus obras los acompañan’”.

—Realmente —me comentó mi madre en voz bien baja, si hay alguien de quien se puede decir eso, es la señora Elena.

Miré nuevamente el ataúd, y las palabras del pastor Andross sonaron nuevamente en mis oídos. Él hablaba del deseo que tenemos, como seres humanos, de ver la muerte vencida para siempre, cuando la gloriosa mañana de la resurrección comience y nuestros seres queridos despierten del sueño de la muerte. Una promesa bíblica fue leída del libro de Oseas (13:14), en la que Dios afirma que rescatará a sus hijos del poder de la sepultura y los redimirá de la muerte. Fue mencionada también una promesa del libro de Isaías (26:19), que asegura que los muertos vivirán. Serán llamados para despertar y cantar de alegría. La muerte será para siempre vencida, y los que duermen en el Señor despertarán.

Concordé en que, a pesar de la tristeza de aquel momento, nosotros teníamos una maravillosa esperanza. Cerré los ojos mientras escuchaba las últimas palabras del pastor. La señora Elena había dedicado más de setenta años de su vida a servir fielmente al Señor, y ahora dormía el último sueño. Sin embargo, pronto resucitaría con el sonido de la trompeta que va a anunciar el retorno de Jesús. Sí, ella escuchará la voz del Señor y volverá a vivir. ¡Ese pensamiento me llenó de alegría!

El sermón no podía terminar sin una apelación a que fuésemos fieles a Dios tal como la amada señora Elena de White lo había sido. Y que pudiésemos decir, como el apóstol Pablo: “He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, me he mantenido en la fe”.¹ Con esas palabras, el pastor terminó su predicación.

¹ 2 Timoteo 4:7

Cantamos un himno más y el pastor Farnsworth cerró la ceremonia. Quise devolverle el pañuelo a Gary, él me dijo que lo guardara.

Se indicó un lugar a donde podíamos acercarnos, para que todos aquellos que deseábamos despedirnos de la señora de White tuviésemos la oportunidad de hacerlo. Gary se ofreció a acompañarme, y nos dirigimos hacia la gran fila que se estaba formando.

Es necesario inculcar en los jóvenes la verdad de que sus dones no les pertenecen. La fuerza, el tiempo, el intelecto no son sino tesoros prestados. Pertenecen a Dios, y todo joven debería resolver darles el uso más elevado. Él es una rama de la cual Dios espera fruto, un mayordomo cuyo capital debe producir dividendos, una luz para iluminar la oscuridad del mundo. Todo joven y todo niño tienen una obra que hacer para la honra de Dios y la elevación de la humanidad.

Ellen G. White,

Consejo valioso



La señora Elena descansaba serenamente en su ataúd oscuro. Su expresión transmitía mucha paz. Las personas que estaban reunidas en el campamento parecían muy emocionadas; especialmente, aquellas que la había conocido personalmente.

Mi padre trajo la información de que a las tres de la tarde la pequeña comitiva que acompañaba a la señora de White tomaría el tren para Battle Creek. El viaje sería largo; esperaban llegar el jueves por la noche. Jaime Edson, otro de los hijos de la señora de White, se encontraría con ellos un poco antes de la llegada a Battle Creek. La

ceremonia sería el sábado por la mañana, en el *Dime Tabernacle* [Tabernáculo de los Diez Centavos]. Era el deseo de la señora Elena ser sepultada al lado de su esposo, el pastor Jaime, y de sus dos hijos fallecidos, Henry Nichols y John Hebert, en el cementerio de Oak Hill.

Mientras volvíamos hacia nuestra carpa para descansar un poco, Gary me dio una noticia que me tomó por sorpresa.

—Mi padre decidió volver a Battle Creek mañana temprano... Tú sabes, él es uno de los diáconos de la iglesia y cree que es importante que esté presente en la ceremonia para ayudar en lo que sea necesario. La señora Elena era muy querida en Battle Creek y, sin duda alguna, se va a reunir una multitud para poder despedirse de ella.

No sabía si estaba triste o feliz con la noticia que él me estaba dando. La compañía de Gary había transformado mi primer campamento en un tiempo mucho más que agradable, y me di cuenta de que iba a sentir su ausencia. Por otro lado, me imaginaba que sería maravilloso tener la oportunidad de asistir a la ceremonia en Battle Creek, y eso sería un privilegio para él.

Intenté disfrazar mi mezcla de sentimientos, y simplemente le dije:

—Creo que ese va a ser un momento muy especial... También me gustaría poder estar allá; pero, para mí, eso es imposible. Así que, cuando termine el campamento vamos a volver a nuestra rutina en Oakland. De cualquier manera, estoy contenta por haber visto a la señora Elena esta última vez. Ahora quiero dedicarme a conocer más sobre quién fue, de verdad, esa mujer.

—Creo que eso es una excelente idea —me incentivó Gary—. Si aceptas un consejo... —hizo una pausa, como esperando ver

mi reacción. Cuando notó que estaba muy interesada en lo que iba a decir, continuó: ¿Sabes de aquel estante que armaron cerca de la gran carpa en la que se realizaron las reuniones por las mañanas?

—Sí —respondí—. He mirado los libros que están expuestos allí, y me pareció que tienen muy buenos precios...

—En todas las reuniones campestres, arman un espacio como aquel, justamente para ofrecer a las personas materiales para el crecimiento espiritual, con orientaciones sobre salud y temperancia, incluyendo los libros de la señora Elena, por un precio muy accesible.

Mi interés aumentó mientras escuchaba lo que Gary decía.

—Hay un libro llamado *Life Sketches of James White and Ellen G. White* [Esbozos de la vida de Jaime y Elena G. de White]. Es un tipo de biografía del matrimonio, que fue publicada inicialmente en 1880. Puedo asegurarte que te va a gustar mucho el contenido, y vas a entender por qué la señora Elena era alguien tan especial.

—¿Me puedes decir nuevamente el nombre del libro? —no quería correr el riesgo de olvidarme del título.

—El título es *Life Sketches of James White and Ellen G. White*.

Agradecí a Gary por el dato, y conversamos un poco más sobre los detalles de la ceremonia a la cual acabábamos de asistir. Después, escuché que mi madre me avisaba que era la hora de almorzar.

—¡Ni cuenta me di de que ya era esta hora!

Gary estuvo de acuerdo conmigo.

—Bueno, también voy a almorzar. Creo que mi familia ya debe de haber ido a la carpa donde se sirven las comidas. Voy

a pasar por mi carpa solamente para dejar mi saco. Espero que podamos encontrarnos antes de mi partida.

—Yo también —respondí con total sinceridad.

Gary partó y, mientras él se alejaba, yo iba repitiendo despacito, para mí misma: “Life Sketches... Life Sketches...”

—¿Qué estás diciendo, Anna Beatrice? —me preguntó mi madre. — ¿Estás hablando sola?

—No mama... Es decir, tal vez sí... Es que no quiero olvidarme del nombre de un libro sobre el que Gary me habló...

Mi madre quedó mirándome, sin entender absolutamente nada.

—Mama, ¿te acuerdas de que papa dijo que me estaba debiendo mi regalo de cumpleaños?

—¡Sí, me acuerdo! —dijo ella—. En realidad, no te había dado nada todavía porque habías quedado en duda sobre lo que realmente querías recibir. El vestido fue mi regalo... Y tú no sabías si querías otro par de zapatos o una sombrilla.

—¡Ah, mama! —exclamé, mientras la abrazaba—. Creo que ya sé lo que deseo por mi cumpleaños...

Lo primero que hice cuando mi padre regresó a nuestra carpa fue hablar con él sobre mi regalo. Me di cuenta de que alegraba de mi elección.

—Voy a darte el dinero equivalente al par de zapatos que habíamos visto —me dijo mi padre—. Así incluso podrás elegir más de un libro. ¿Qué te parece?

Mi respuesta fue un gran abrazo.

—¡Muchas gracias, papa!

No veía la hora de ir hasta el lugar en que se estaban vendiendo los libros. Me quedé esperando delante de esa carpa

hasta que la persona responsable por las ventas apareció. Creí que había sido realmente exitosa en mis compras, pues conseguí adquirir no solamente el libro que Gary me había indicado, sino también otros dos: *Dones espirituales*, volumen 1 y volumen 2, y *Primeros escritos*.

A pesar de sentir la falta de Gary en las siguientes reuniones, estuve feliz con lo que vi en mi primer campamento. Muchos decidieron entregar sus vidas a Dios, y varios miembros de la iglesia aprovecharon la ocasión para renovar su compromiso de continuar sirviendo y colaborando, para que el mensaje del evangelio alcanzara al mayor número posible de personas. El lugar donde estaban vendiendo los libros quedó prácticamente vacío, lo que significaba que la buena literatura estaba siendo distribuida.

Salí del campamento decidida a permitir que los libros me condujeran a un viaje lleno de aventuras y descubrimientos. Elementos para hacerlo no me iban a faltar...

Capítulo 6

Carta de Battle Creek



¡Ah, otra vez en casa! Después de diez días afuera, nos llevó un tiempo colocar todo en orden y regresar a nuestra rutina. Mi mente todavía estaba impresionada con todo lo que había visto y escuchado en la reunión campestre de Richmond.

Estaba ansiosa para comenzar a leer mis libros nuevos. Tomé el paquete, lo apreté contra mi pecho y respiré hondo. Luego, saqué cuidadosamente el papel fino que lo envolvía. Respiré hondo, y sentí el olor característico de las hojas impresas.

“¿Por dónde comienzo?”, me pregunté a mí misma.

Hojeé el libro que Gary me había recomendado. “Hum... ¿Qué tal si comienzo por ti?”

La tapa bordó estaba bien confeccionada. El título llamaba la atención: *Life Sketches of James White and Ellen G. White* [Esbozos de la vida de Jaime y Elena G. de White], Edición de 1888. En el primer capítulo, el texto decía: “Nací en Gorham, Maine, el 26 de noviembre de 1827. Mis padres, Robert y Eunice Harmon, residieron durante muchos años en ese Estado”. Seguí leyendo, y era tan agradable que tuve dificultades en detenerme cuando mi madre me llamó para ayudarla a hilvanar un vestido para la señora Collins.

A medida que avanzaba en la lectura, estaba cada vez más encantada con la historia de vida de la señora Elena. Casi todo el tiempo libre que tenía lo pasaba en mi cuarto, leyendo. Quedé totalmente envuelta por las palabras de aquellos maravillosos libros. Encontré en la biblioteca de nuestra casa otros materiales que me ayudaron a entender mejor el escenario y la época en que había vivido esa mujer, tan frágil y, al mismo tiempo, tan fuerte.

Ya hacía algunas semanas que habíamos participado del campamento en Richmond. A veces, me encontraba pensando en Gary. Era divertido ver cómo, de un momento para el otro, nos habíamos transformado en tan buenos amigos. No había sido por mucho tiempo pero, cuando estábamos juntos, no nos faltaba tema de conversación. Me quedé pensando que, si viviésemos más cerca, tendría muchas cosas que contarle en relación con mis descubrimientos sobre la vida de la señora Elena.

—Anna Beatrice —mi madre interrumpió mis pensamientos—, tu padre trajo la correspondencia. Llegó una carta para ti.

Ella me extendió un sobre bien gordito.

—¿Será una carta de Gary? —pregunté con los ojos brillando, mientras daba vueltas el sobre para ver el remitente. Mi sonrisa denunció mi alegría.

—Debe ser una carta bien larga —comentó mi madre—, si juzgamos por el tamaño...

Abrí el sobre con todo cuidado, para no dañar el contenido. Cuando desdoblé las hojas, se cayeron en el suelo tres recortes de diarios de Battle Creek. Uno de ellos era del *Enquirer*, con fecha del 25 de julio de 1915. Los otros dos eran del 24 de julio: *Moon Journal* y *Evening News*. Tuve la tentación de leer primero los recortes, estaba ansiosa por saber qué había escrito Gary.

Mi madre me dejó en sola, y me senté en el confortable sofá que estaba en la esquina de mi dormitorio, cerca de la ventana. Mi corazón latía de una forma extraña. No me acordaba haberme sentido así nunca antes. Mis ojos reposaron sobre la primera línea de la carta: "Battle Creek, 26 de julio de 1915".

"Me escribió apenas dos días después del sepelio de la señora Elena", pensé, admirada por eso. Continué leyendo:

Querida Anna Beatrice:

Espero que esta carta te encuentre bien. Hicimos un buen viaje hasta Battle Creek. Llegamos el viernes 23 de julio. En el camino, me quedé pensando en tu deseo de poder asistir a la ceremonia fúnebre de la señora de White aquí, y me pregunté: ¿Por qué no hacer un registro para que Anna Beatrice tenga una idea de lo que va a pasar en los momentos finales hasta el entierro? No soy periodista profesional, apenas un curioso. Así que, perdóname si algo no queda demasiado claro o comprensible. Mi

esfuerzo fue que, de algún modo y por lo menos en parte, pudieras cumplir tu deseo.

Sonreí al imaginarme a Gary con una libreta en la mano, anotando los detalles de la ceremonia, solo para agradarme. Volví al contenido de la carta:

Todo transcurrió con mucho orden. Supimos que los planes generales para el funeral en Battle Creek ya venían siendo preparados con anterioridad, porque era evidente que, por causa de su edad avanzada, la señora Elena no viviría mucho tiempo más después de haber sufrido el accidente.

Como el anuncio de que el funeral se realizaría en el Tabernáculo de Battle Creek fue hecho en varias iglesias de Michigan enseguida después de la noticia del fallecimiento, muchas congregaciones cancelaron el culto para que sus miembros pudieran asistir a la ceremonia. El sábado 24, antes de las 8 de la mañana, las personas comenzaron a llegar.

La iglesia parecía un jardín. Los amigos de la iglesia y del sanatorio de Battle Creek enviaron tantas flores que casi cubrían el púlpito. Los arreglos se extendían a la derecha y a la izquierda, hasta las escaleras de la galería. La Review and Herald, la Asociación General y la División Norteamericana también mandaron arreglos florales en forma de columna, corona y cruz, para expresar sus sentimientos. La Pacific Press envió una Biblia abierta, hecha con flores, con las palabras "Vengo sin demora y conmigo está la recompensa". Este fue uno de los arreglos florales que más llamó la atención por la belleza y por el contraste entre las flores blancas y las púrpuras.

Anna, si creíste que había muchas personas en Richmond, deberías haber visto cuántas vinieron para despedirse de la señora Elena aquí. Cuando comenzó la ceremonia, había cerca de 3.500 personas adentro, y unas 1.000 más afuera, que no consiguieron entrar. Fue el mayor funeral que se haya realizado en Battle Creek. Pero, todos tuvieron la oportunidad de verla y despedirse.

Terminé de leer la primera página y seguí con la segunda:

Como mi padre es uno de los diáconos, ayudó a organizar la fila. Las personas estaban muy emocionadas. Era impresionante cómo amaban a aquella mujer. Mi padre me contó que reconoció a un hombre llamado Dudley M. Canright, que estaba acompañado por su hermano. Hace 28 años, este señor se había enojado con la señora de White porque le había advertido sobre algo equivocado que él había hecho. En lugar de escuchar los consejos, había preferido hablar mal de ella y de sus obras. Ahora, él estaba allí, llorando como un niño, mientras reconocía que había muerto una mujer verdaderamente noble y cristiana. Fue un momento extraño.

A las 11 de la mañana tuvo inicio la ceremonia, que fue bastante solemne. Los pastores subieron al púlpito, se arrodillaron y tuvieron algunos momentos de oración silenciosa. Entonces, el coro cantó un bello himno sobre la resurrección. Enseguida, el pastor F. M. Wilcox, editor de la Review and Herald, realizó la lectura bíblica de Apocalipsis 21:1 al 7, y 22:1 al 5. Relacionó esos textos con las promesas del capítulo 35 de Isaías, y concluyó la lectura con el versículo 10. Te lo transcribo aquí, para que lo

leas: "Los rescatados del Señor volverán y vendrán a Sion con cánticos de júbilo, alegría eterna coronará sus cabezas; gozo y alegría alcanzarán, y de ellos huirá la tristeza y el gemido".

La oración fue realizada por el pastor M. C. Wilcox, hermano de F. M. Wilcox y editor de libros de la Pacific Press. Él agradeció a Dios la luz y las bendiciones que vinieron por medio de la señora de White. Mencionó la seguridad de la salvación de la señora Elena y pidió a Dios que diese una clara visión de lo que debían hacer todos aquellos estaban allí. Finalizó entregando todo en las manos de Dios. ¡Fue una oración emocionante!

El profesor Griggs cantó un himno y, luego, el pastor A. G. Daniells leyó la reseña de la vida de la señora Elena. Él es el presidente de la Asociación General y fue compañero de servicio de ella. Por eso pudo hablar con seguridad de lo que conoció y vio en su experiencia con ella. No voy a describirte aquí el resumen de la biografía que él hizo de los primeros años, porque imagino que, a esta altura, ya debes de estar leyendo el libro que te recomendé. Entonces, voy a dejar de lado esa parte.

Lo que más me llamó la atención fue cuando el pastor Daniells dijo que, en virtud de los frutos de su trabajo y de su vida, no había modo en que se pueda dudar de que la señora Elena fue, de hecho, la mensajera del Señor. Todas sus enseñanzas y tus escritos están de acuerdo con la Palabra de Dios, promueven la pureza moral, conducen a Cristo y a la Biblia, dan consuelo y confort al corazón de las personas, fortalecen a los débiles y alentan a los desanimados, brindan orden en la confusión, y alumbran lo que es sombrío y oscuro.

Después de describir la larga y productiva vida de la señora de White, el pastor Daniells concluyó su participación diciendo

que ella ya estaba descansando. Mencionó que la voz de ella se había vuelto muy suave, pero que su poderosa influencia continuaría por medio de sus escritos. Él apeló a que cada uno de nosotros hiciéramos nuestra parte con fidelidad.

Antes de comenzar a leer la tercera y última página, me levanté y me estiré un poco. Continué la lectura de pie:

El sermón del pastor Stephen N. Haskell fue muy conmovedor. Habló del descanso que será permitido a muchos de los siervos de Dios antes de la venida de Jesús y de la esperanza de la resurrección. "Incluso muertos, sus obras continuarán hablando" [Hebreos 11:4] fueron las palabras bíblicas que aplicó a la experiencia de la señora Elena. Él destacó el amor que ella sentía por Jesús en razón de lo que el Señor había hecho por ella, al perdonar sus pecados y revelarse, como de hecho era, el amable Salvador de todos los seres humanos.

Anoté las últimas palabras del pastor:

"Aunque no podamos escuchar su voz nuevamente en este mundo, su influencia vive y, en la mañana de la resurrección, si permanecemos fieles y tenemos una parte con el pueblo de Dios en aquella hora feliz, escucharemos la voz de ella una vez más y la reconoceremos. Mis queridos amigos, todavía hay una conexión viva entre el Cielo y la Tierra, y la promesa que el Señor hizo a su pueblo será cumplida. Ni una sola palabra dejará de ser cumplida. Que el Señor nos ayude a estar entre aquellos que tendrán el privilegio de saludar a nuestra hermana en el Reino de los Cielos. Que Dios nos conceda ese privilegio, por amor de su nombre".

En esa parte de la carta, Gary abrió su corazón.

¿Sabes, Anna? A veces, no consigo entender cómo algunas personas todavía se resisten a las enseñanzas de la señora Elena. En toda su vida, ella tuvo solamente una preocupación: hacer lo que Dios le pedía y conducir a las personas a Jesús. Ella amaba al Salvador y deseaba que todos tuvieran por lo menos una idea de todo lo que él está dispuesto a hacer para que sus hijos sean felices. Cuando cantamos el himno final, imaginamos aquel lugar, más allá del río, donde estaremos reunidos con Jesús. Asumí el compromiso de hacer todo lo que esté a mi alcance para dar a conocer el mensaje de la salvación.

Gary relató que la ceremonia en la iglesia fue terminada con una oración del pastor W. T. Knox, y describió cómo fue el entierro en el cementerio de Oak Hill. En 1881, el pastor Jaime había sido sepultado al lado de los dos hijos, y ahora la señora Elena descansaba al lado de sus amados.

La carta de Gary terminaba con las siguientes palabras:

Espero que esta carta te ayude a tener una idea de lo que sucedió aquí. La señora Elena era muy querida. Tal vez, ella nunca tuvo noción de cómo realmente era admirada. ¡En el Cielo lo va a saber!¹

*Con cariño,
Tu amigo Gary.*

¹ Detalles de la ceremonia extraídos del libro *Life Sketches of Ellen G. White*, "The Funeral Services at Battle Creek", pp. 462-480, edición de 1915.

Entonces, tomé en mis manos los recortes de los diarios y leí las noticias.

Enquirer

“Millares seguían el coche fúnebre hasta el cementerio. Cada carruaje de la ciudad fue usado para ese fin y había muchos automóviles. Además de eso, había nueve tranvías. Ninguna tarifa fue cobrada en esos vehículos públicos, porque habían sido ofrecidos por la iglesia”

Moon Journal

“Se estima que dos mil personas pasaron en procesión delante del ataúd abierto, que fue colocado directamente frente al púlpito. Seis pastores formaron una guardia de honor y se alternaban, de par en par, cada veinte minutos, uno en la cabecera y otro en los pies del ataúd. Los que tuvieron ese privilegio fueron los pastores C. S. Longacre, M. L. Andreasen, W. A. Westworth, E. A. Bristol, L. H. Christian y C. F. McVagh”.

Evening News

“El ataúd era simple y oscuro, cubierto con claveles blancos y nomeolvides. Atrás, había bellos y elaborados arreglos florales”.

Capítulo 7

Sueño arruinado



La carta de Gary me dejó conmovida. Sabía que era un muchacho muy gentil, pero no imaginaba que se preocuparía por mí al punto de organizar un relato tan preciso de lo que pasó en Battle Creek en ocasión del sepelio y el entierro de la señora Elena. Juzgué que sería –como mínimo– una falta de educación de mi parte no escribirle como respuesta, para agradecer.

Para ser profundamente sincera, creo que leí la carta que él me escribió por lo menos unas dos veces más, antes de tomar una pluma con tintero y el borrador, para comenzar a escribir mi respuesta. Abrí el cajón de mi mesita de luz y separé algunas hojas de papel de colores que usaba solo en ocasiones especiales.

“Bien, veamos... Una, dos... Creo que tres son suficientes”. Con mis pertrechos, me dirigí al escritorio, y así comencé mi carta:

Querido Gary:

Quedé sorprendida y muy feliz al recibir tu carta. Dices que no eres reportero profesional, pero puedo garantizarte que hiciste un trabajo a la altura de los mejores periodistas. Por causa de la riqueza de detalles que presentas, pude imaginar cómo fue la ceremonia y, en algunos momentos, hasta me sentí como si hubiera estado presente. ¡Muchas gracias, de corazón!

También me gustaría agradecerte por el consejo que me diste mientras estábamos en el campamento de Richmond. Recibí algún dinero de mi padre, como regalo de cumpleaños, y conseguí comprar tres libros nuevos, incluyendo el que mencionaste.

Desde que volvimos, he dedicado todo mi tiempo libre a la lectura de esos preciosos materiales. También, encontré algunos volúmenes interesantes en nuestra pequeña biblioteca particular. El otro día estaba conversando con una de mis amigas que, cuando supo de mi interés en conocer más a fondo la historia de la señora Elena, me prestó un libro muy bueno con informaciones sobre el comienzo de nuestra iglesia y la historia de los pioneros.

Yo conocía solamente un poco sobre los primeros años de vida de la señora Elena. Sabía del accidente que ella sufrió cuando era una niña, al volver de la escuela. También sabía que ella y su familia creían en el mensaje que Guillermo Miller predicó sobre el regreso de Jesús en 1844 y que, después del Gran Chasco, fue elegida por Dios para que fuera la profetisa para nuestros días. A pesar de que tenía apenas 17 años y de que era salud tan frágil,

ella aceptó el llamado y se transformó en la mensajera del Señor.

Es claro que he oído hablar de los muchos desafíos que ella tuvo que enfrentar para que el movimiento adventista avanzara y alcanzara las proporciones que tiene hoy. Sin embargo, Gary, he descubierto cosas tan impresionantes sobre esta mujer; algunas de cuales no tenía ni idea. Mi admiración solo ha aumentado, y me he sentido cada día más motivada a consagrar mi vida a Dios.

Si no te importa, mi amigo, me gustaría ir escribiéndote para compartir contigo algunos de estos descubrimientos. Pero, no quiero ser inoportuna ni aburrirte con asuntos que puede que quizá no sean de tu interés. Por favor, si estoy comportándome como una persona aburrida, avísame en tu próxima carta y te prometo que te dejo en paz.

Volví a leer lo que había escrito y pensé en borrarlo, porque me pareció exageradamente dramático, pero la hoja iba a quedar llena de palabras tachadas. Decidí arriesgarme y mandar el texto como estaba escrito. Gary era un caballero. Sin dudas, él entendería... Pensé en comenzar contando sobre algunas cosas de la infancia de la señora Elena. Mi amigo sabía mucho sobre ella; pero ¿sobre la pequeña Elena Harmon también? Me di cuenta de que estaba por comenzar la segunda página. Me prometí a mí misma detenerme en la tercera. Al final, no quería cansar a mi amigo y, si él estaba de acuerdo y demostraba interés, yo podría enviarle otras cartas, contándole otras partes de la historia. Escribí:

Gary, Elena tenía una hermana gemela, llamada Elizabeth. Cuando ellas nacieron, el matrimonio Robert y Eunice Harmon

ya tenía seis hijos: Caroline (15 años), Harriet (13), John (11), Mary (6), Sara (5) —que fue la hermana con quien Elena tuvo más afinidad— y Robert (casi 2). El padre de Elena era agricultor, pero también fabricaba sombreros. Todo indica que el negocio con los sombreros era más lucrativo que cultivar el campo. Siendo así, la familia se mudó de Gorham a Portland, que era una ciudad con más movimiento, debido al puerto. Cada miembro de la familia tenía una parte que debía desempeñar en la fabricación de los sombreros. Elena era responsable por modelar la copa, y ella hacía su trabajo con mucha dedicación.

Poco tiempo después de la mudanza, hubo una crisis financiera en Estados Unidos, y los sombreros pasaron a ser considerados artículos de lujo. Con eso, las ventas cayeron mucho. Sin embargo, el señor Harmon se enteró de que en el Sur se pagaba mucho mejor por los sombreros, y decidió llevar su producción a Georgia para intentar venderla.

Fue exactamente mientras su padre estaba viajando que Elena sufrió el famoso accidente. Sin ningún motivo, una niña más grande que ella comenzó a perseguir a Elena, a su hermana gemela y a otra compañera cuando regresaban de la escuela a sus casas, después de las clases. Elena y Elizabeth habían aprendido en su casa a no devolver mal por mal ni a entrar en peleas. Por eso, salieron corriendo. En un determinado momento, Elena se dio vuelta para ver a qué distancia estaba la otra niña. Exactamente en ese momento, una piedra que esta niña les había tirado le pegó en el medio del rostro. El golpe fue tan fuerte que Elena se desmayó.

Los médicos no creyeron que ella podría sobrevivir. Una de las vecinas llegó a preguntar si no sería mejor ya elegir una ropa

nueva para sepultarla. La madre siempre creyó en su recuperación. Y ella tuvo razón. Después de tres semanas de estar en coma, Elena —finalmente— se despertó. No se acordaba del accidente y no entendía la razón por la que las personas la miraban de una manera extraña. Ella era inteligente, y sabía que debía haber alguna cosa equivocada. Pidió un espejo a la madre y no se consiguió reconocerse en la imagen reflejada. La fractura de la nariz había sido tan seria que su rostro había quedado deformado. Para que tengas una idea, cuando el padre de Elena volvió de Georgia no reconoció a su hija. Ese golpe fue terrible para una niña de apenas nueve años.

Después de algunos meses, Elena mejoró e intentó retomar sus actividades. Pero ella descubrió que nada más sería como antes. Había sido una niña activa, saludable, inteligente y graciosa. Ahora, las otras niñas no querían jugar con ella porque decían que era fea. No entendían que la apariencia no quiere decir nada. Por dentro, Elena todavía era la niña suave, amorosa, amigable y preocupada por los otros.

Cuando pensó que estaba en condiciones de regresar a la escuela, Elena descubrió que no conseguía leer. Las palabras se mezclaban frente a sus ojos. La niña que había sido la más brillante alumna de la clase y que había ayudado muchas veces a la profesora leyendo las lecciones para los demás alumnos, y hasta para niños más pequeños, ahora no conseguía leer ni escribir. Sus manos temblaban, sentía mareos y, a veces, se desmayaba. La maestra aconsejó a los padres que la sacaran de la escuela hasta que ella estuviera realmente mejor.

¿Sabías que el sueño de Elena era ser maestra? Ahora, ese sueño había sido destruido. ¿Qué futuro tendría? La niña Elena

no podía imaginar que Dios tenía planes mucho mayores y mejores para ella. Hoy sabemos qué planes eran esos; pero todavía llevaría un tiempo para que Elena lo descubriera. La única seguridad que tenía en aquella época era que Dios estaba cuidando de ella y que no había permitido que ella muriera.

Mientras tanto, la madre de Elena, la señora Eunice, decidió que su hija no quedaría en la ignorancia. Ella, que había sido maestra antes de casarse, se dedicó a enseñar a su hija las cosas prácticas de la vida, y también los trabajos escolares.

A Elena le gustaba pasar tiempo en la naturaleza. Su lugar preferido era el parque Deering Oak. Allí, ella estudiaba los árboles, las flores y las plantas (¿Esto te hace recordar a alguien?) Amaba los animalitos, y trataba a todas las personas con cortesía y bondad. Creo que ahora se puede entender por qué ella era una persona tan sensible para con las necesidades de otros.

Bueno Gary, creo que este es un buen momento para terminar... Tengo que ayudar a mi madre en los quehaceres domésticos, y tampoco quiero tomar mucho de tu tiempo. Voy a quedar esperando tu respuesta. Si es positiva, podré escribirte más sobre mis fascinantes descubrimientos.

Muchas gracias, otra vez, por preocuparte de que esté bien informada. Oro para que Dios te bendiga y te cuide.

Con cariño cristiano,
Anna Beatrice.



El telegrama

Le había pedido a mi padre que llevara al correo la carta que le había escrito a Gary. Me quedé pensando si sería tan rápido en responderme como había sido para escribirme la primera vez. De cualquier manera, imaginé que demoraría un tiempo hasta que la carta llegara. Siendo optimista, quién sabe si dentro de una semana... Mientras tanto, continué avanzando en mi lectura. Intentaba aprovechar al máximo lo que restaba del período de las vacaciones de la escuela.

Después de ayudar en la casa, mi madre permitía que pasara algún tiempo en un parque próximo a nuestra casa. Allí, en medio de la naturaleza, me sentía feliz

con mis nuevos descubrimientos. Volvía a casa con los ojos brillando; y solo me tranquilizaba después de contar todas esas novedades a mi madre. Con paciencia, ella me escuchaba y complementaba mi universo con algunas informaciones.

Ni bien había pasado una semana desde que había escrito a Gary, mi padre llegó a casa una tarde con un telegrama en mano. Se había encontrado con el cartero, el señor John, por el camino, quien había aprovechado para realizar la entrega.

Sin hablar del teléfono, que apenas unas pocas personas tenían en sus casas, el telegrama era el medio más rápido para transmitir alguna noticia o avisar sobre algún acontecimiento.

Quedé curiosa. ¿Para quién podría ser aquel telegrama y quién lo había enviado?

—Anna Beatrice —dijo mi padre—, parece que hay alguien con prisa para decirte alguna cosa.

Él me extendió el sobre que contenía un papel doblado. Leí las siguientes palabras: “Gracias por la carta. Ansioso por tener más noticias tuyas. Firmado: Gary”.

Quedé medio sin saber qué hacer pues sabía que estaba siendo observada por mi padre, pero en mi interior estaba más que feliz con la sorpresa de Gary.

—Es que le pregunté en la carta si le gustaría saber más sobre los descubrimientos que hice acerca de la señora Elena —intenté explicarme—. ¡Solamente que no me imaginaba que él me fuera a responder tan rápido!

Mi padre intentó parecer serio, pues se dio cuenta de cuán feliz estaba con aquella respuesta tan inesperada.

—El hijo de John MacPierson es un buen muchacho... Creo que es alguien cuya amistad te será muy benéfica.

–Be-né-fi-ca –repitió mi madre, dándole énfasis, solo por jugar con la palabra que mi padre había elegido–. Creo que lo que tu padre quiso decir es que él aprueba tu amistad con el hijo del señor MacPierson. En realidad tenemos mucho aprecio por toda aquella linda familia.

–Está bien... –dije, sintiendo mi rostro un poco colorado–. ¿Puedo retirarme ahora? Me gustaría cumplir con lo que le prometí a mi a-mi-go –terminé, imitando la forma en que mi madre había hablado.

Los dos estuvieron de acuerdo y me fui para mi dormitorio, aferrada al pequeño trozo de papel con letras chiquititas que había acabado de recibir.

Tres hojas de colores más. Pluma con tintero. Borrador. “Necesito pedirle a mi padre que me compre más de estas hojas de colores...”

Querido Gary:

¡De verdad eres sorprendente! Este es el primer telegrama que recibo en mi vida. ¡Qué bueno que me haya traído una noticia tan linda! No esperaba tener una respuesta tan rápida, pero me gustó mucho el método que elegiste.

He dedicado algún tiempo a la lectura en el parque que queda cerca de mi casa. Estoy sintiéndome como si fuese una amiga de Elena de White. Cada día descubro algo nuevo acerca de la vida de esta extraordinaria mujer.

No sé si ya te comenté que uno de mis textos preferidos en la Biblia es Jeremías 29:11, que dice: “Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de

paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis". Creo que ese texto se aplica especialmente a la vida de esta mujer especial.

¿Sabes? Dios estaba preparando a Elena, y comenzó a hacerlo mientras era apenas una niña.

Descubrí que Elena sentía una angustia secreta en su corazón. A pesar de que ella y su familia eran fieles metodistas y frecuentaban regularmente la iglesia, nutría un sentimiento extraño en relación con Dios. Comprendía que él era el Gobernante celestial, pero no conseguía imaginarlo como un Amigo. Elena se sentía perdida, y temía, incluso, que hasta su terrible condición física fuese un castigo divino.

Cuando tenía doce años, escuchó por primera vez a Guillermo Miller predicando sobre el regreso de Jesús. Las reuniones ocurrieron en la iglesia de la calle Casco, en la ciudad de Portland. Ella dice que las personas admiraban la claridad y la exactitud con la que el señor Miller explicaba la profecía y se impresionaban con el poder del mensaje. Aquel predicador estaba trayendo esperanza al corazón de las personas. Eso ocurrió en marzo de 1840.

En el verano de 1842, Elena y sus padres asistieron al campamento metodista en Buxton. Ella esperaba vivir una experiencia que trajera paz a su corazón; y un sermón en especial la ayudó mucho. El pastor habló exactamente sobre aquellos que oscilaban entre la esperanza y el miedo, que ansiaban ser salvos de sus pecados y recibir el amor perdonador de Cristo, pero que se sentían presos por la timidez y por el miedo a fallar. Él les aconsejó que se rindieran a Dios y disfrutaran de su misericordia sin demora. Esas palabras confortaron a Elena y le enseñaron algo sobre la salvación.

Al regresar de ese campamento, Elena decidió que se bautizaría en la Iglesia Metodista. El bautismo podía ser realizado por aspersión o por inmersión; ella eligió hacerlo por inmersión. Así, un domingo a la tarde, exactamente el día 26 de junio de 1842, ella y otras once personas fueron bautizadas en la Bahía de Casco. La paz llegó al corazón de Elena después de esa experiencia.

Por ese tiempo, Guillermo Miller volvió a Portland para una segunda serie de reuniones sobre el regreso de Jesús. Nuevamente, las reuniones ocurrieron en la iglesia de la calle Casco. Elena aceptó totalmente el mensaje del señor Miller. Sin embargo, ella continuaba intercalando períodos de alegría con momentos de profunda preocupación.

¿Te acuerdas, Gary, que te dije que Elena ya estaba preparada para algo especial? Eso comenzó a suceder en esta etapa de su vida. Dios la estaba cuidando para que ella desarrollara una relación personal con él.

Yo pensaba que Elena había sido elegida recién a los 17 años pero, por lo que he leído, Dios ya estaba actuando en su vida desde antes para que, cuando llegase el tiempo indicado, ella estuviera lista.

Fue entonces que ella tuvo dos sueños. En uno de ellos, ella estaba visitando el Templo en el cielo, y en el otro, fue conducida hasta Jesús. Él la recibió con una sonrisa y, colocando su mano sobre la cabeza de la futura mensajera, le dijo: "No tengas miedo". Entonces, él le dio un hilo verde, que representaba la fe. Esos sueños mostraron a Elena que era simple y fácil confiar en Dios.

Ahora, ella hizo lo que debía haber hecho antes: abrió su corazón a su madre. ¿Qué madre no se sensibilizaría ante una

situación como esta? Eunice amaba a su hija, y siempre había creído que había sido Dios quien había mantenido con vida a su pequeña hija.

La madre le sugirió que visitara a un joven pastor llamado Levi Stockman, que estaba predicando el mensaje del advenimiento en la ciudad de Portland. Este, al escuchar la historia, colocó cariñosamente su mano sobre la cabeza de Elena y le dijo, con lágrimas en los ojos: "Elena, ¡tú eres apenas una niña! Tu experiencia es bastante singular para alguien tan joven. Jesús debe de estar preparándote para algún trabajo especial. ¡Ve en paz! Vuelve a casa confiando en Jesús, porque él no retendrá su amor frente a cualquier ser humano que lo busque con sinceridad".

¿No te parece una experiencia impresionante, Gary? ¡Gracias a Dios que ese pastor tuvo la percepción suficiente para saber qué decirle! No tengo dudas de que Dios lo estaba conduciendo porque, además de ese consejo, dio a Elena una visión más clara de Dios, de acuerdo con lo que fue revelado por Jesús.

Hice una pausa para tomar uno de mis libros nuevos.

Mira lo que la propia señora Elena escribió posteriormente: "Durante los pocos minutos que pasé recibiendo instrucción del pastor Stockman, obtuve más conocimiento sobre el amor de Dios y su compasiva ternura que en todos los sermones y advertencias que he escuchado en mi vida".

Creo que fue aquí que la relación de Elena con Dios comenzó a tener un sentido especial para ella. Al llegar a su casa, le prometió al Señor que haría y sufriría todo lo que fuese necesario para obtener el favor de Jesús. Ella asumió un compromiso con Dios.

Esa noche, ella participó de una reunión de oración. Y cuando hizo su primera oración en público percibió que el peso y la angustia que había sentido por tanto tiempo se habían desvanecido.

Por un buen período de tiempo nada "complicó" su vida. Escribió que su único deseo era hacer la voluntad de Dios. Las imágenes de Jesús y del cielo estaban siempre en su mente. Quedó sorprendida y encantada con la comprensión de la obra de Jesucristo.

Y mira qué interesante, Gary: ella dice que su corazón sintió tanta paz y quedó tan repleto del amor de Dios que su mayor alegría pasó a ser meditar y orar...

¡Vaya! Tanto me entusiasmé con la historia que ni me di cuenta de que ya estaba por la tercera página. Creo que debo detenerme acá. Es posible que cada dos semanas recibas una carta mía. En la próxima, te voy a contar cómo fue la primera experiencia de Elena al hablar en público.

Y, si no es mucho, Gary, quería pedirte un favor. ¿Podrías investigar e intentar conseguir algunos detalles del tiempo en que la señora Elena y su esposo vivieron en Battle Creek? ¡Ya demostraste que tienes mucho talento para las investigaciones periodísticas!

¡Hasta la próxima!

Esperé hasta que la tinta de la última hoja se secó y la junté con las otras dos. Las doblé con cuidado y, antes de ponerlas dentro del sobre violeta, le coloqué una gota de mi perfume preferido, que tenía una fragancia muy suave. Cerré el sobre y tracé el nombre del destinatario: Gary R. MacPierson.



Excluidos...

El tiempo estaba pasando más rápidamente de lo que me hubiese gustado. Enseguida comenzarían las clases y tendría que regresar a la escuela. Me gustaba estudiar, pero prefería quedarme en casa, con mi madre. Yo la consideraba una mujer muy sabia; también me gustaba ayudarla en las tareas domésticas.

—Mama —le dije mientras le ayudaba a recoger la ropa de la sofa—, ¿sabías que la primera vez que la señora Elena dio su testimonio en público fue en una reunión de creyentes en la segunda venida de Jesús?

Como percibí su sorpresa, continué:

—Ella dijo que no consiguió guardar silencio porque estaba muy impresionada con el amor de Jesús; simplemente, las palabras fluyeron de sus labios. Fue como si estuviese en solitario, con Dios. No tuvo ninguna dificultad en expresar la paz y la felicidad que sentía. Había lágrimas en sus ojos, pero eran de gratitud por lo que Jesús había hecho por ella. ¿No te parece que es maravilloso? Eso fue en 1842; Elena era ¡apenas un poco más pequeña que yo! ¡En ese momento tenía catorce años!

—Por lo que veo —respondió mi madre mientras sacaba una pollera con viso verde—, estás yendo a fondo en tus investigaciones y tus lecturas. Yo creía que la señora de White había comenzado a dar sus testimonios en público a los 17 años, cuando Dios le dio aquella famosa visión después del chasco del 22 de octubre de 1844.

—¡Yo también creía lo mismo! —dije, mientras agrandaba mis ojos—. Pero cuenta, en uno de aquellos libros que estoy leyendo, que la primera vez que dio un testimonio sobre Jesús fue en aquella ocasión. Después de eso, las personas apreciaron tanto sus palabras que ella recibió varias invitaciones para que hablara en otras reuniones. Tenía una preocupación especial por sus amigos jóvenes, y ellos, normalmente, respondían positivamente a sus llamados.

Como me di cuenta de que mi madre estaba sumamente atenta a lo que decía, llevé el canasto con la ropa más cerca de donde ella estaba y comencé a doblar las más pequeñas, que recién habíamos descolgado.

—La joven Elena quedó muy decepcionada con la reacción de algunas personas de la Iglesia Metodista —continué diciendo—. En una ocasión, cuando estaba con su hermano Robert

participando de una reunión en la casa de un hermano de iglesia, ella habló de su experiencia, de su sufrimiento bajo el peso del pecado y de las bendiciones que ahora disfrutaba cuando decidió vivir de acuerdo con la voluntad de Dios. Ella mencionó la alegría que sentía al aguardar el regreso de Jesús. Pero ¿sabes cuál fue la reacción del dirigente de aquella reunión?

Mi madre movió la cabeza negativamente.

—Él se dirigió hacia Elena y le preguntó si no sería más provechoso vivir una larga vida de utilidad, haciendo el bien a los demás, antes que esperar que Jesús regresara rápido y destruyera a los pobres pecadores. ¿Habías pensado en una postura cómo esa? —no logré esconder mi indignación.

—¿Y cómo reaccionó la señora de White? —me preguntó mi madre.

—Ella dijo que no veía la hora de que Jesús volviera, para que él pusiera fin al pecado. Pero aquel líder continuó argumentando que creía que era mejor, simplemente, morir en paz que, estando vivo, pasar por el dolor de la transformación; él se refería al hecho de dejar de ser mortal, para ser inmortal. Con claridad, él dijo que prefería creer que Jesús recién regresaría después de miles de años, antes de pensar en que podría volver en sus días.

—Es extraño... Debe de haber sido difícil para Elena y su familia... —reflexionó mi madre, pensativa.

Le conté, entonces, que en otra reunión Elena habló nuevamente de su alegre expectativa de encontrarse con su Salvador, y de cómo esa esperanza la llevaba a buscar una vida de comunión con Dios. Nuevamente, hubo una discusión porque el responsable de la clase dijo que ella había recibido la santificación en el metodismo, y no en una teoría equivocada. Elena se llenó

de valentía y defendió aquello que creía. Habló sobre cómo la presencia de Jesús había traído paz, alegría y perfecto amor a su vida. Con su perfil más calmo, Robert también habló. Pero, ellos continuaron siendo mal comprendidos. En realidad, aquella fue la última reunión a la que los dos hermanos asistieron en la clase de los metodistas.

–No pasó mucho –seguí– antes de que la familia Harmon fue visitada por el pastor de la Iglesia Metodista de la calle Chestnut. El ministro alegó que ellos habían adoptado una nueva y extraña creencia que la Iglesia Metodista no podía aceptar. El padre de Elena se defendió, diciendo que estaban, sencillamente, siguiendo lo que la Biblia decía.

–Es verdad –dijo mi madre, mientras colocaba la última pieza de ropa en el canasto de las ropas limpias–. El propio Jesús había predicado sobre su segunda venida a sus discípulos. ¿Qué les respondió el pastor?

–Él sabía que no tenía cómo probar por la Biblia que la familia Harmon estaba equivocada; entonces, simplemente les aconsejó que se alejaran de la iglesia con discreción, para evitar la vergüenza de un juicio público.

–Anna, ayúdame a llevar adentro el canasto –me interrumpió mi madre.

No me había dado cuenta de que ya habíamos recogido y doblado toda la ropa.

–Claro, mama –respondí, mientras tomaba uno de los lados de aquel gran recipiente–. Así, aprovecho y busco en mi dormitorio el libro que habla sobre cómo fue la exclusión de la familia Harmon de la Iglesia Metodista. Elena describió aquella situación como muy traumática.

–Me imagino... Vamos, mientras buscas tu libro, voy a preparar una limonada bien fresquita para nosotras.

–¡Qué bueno! ¡Me encanta la limonada!

Fui hasta mi mesita de luz, y tomé el libro del que Gary me había hablado, *Life Sketches of James White and Ellen G. White* [Esbozos de la vida de Jaime y Elena G. de White]. Entonces fui a la cocina, donde mi madre estaba terminando de exprimir los limones. Respiré profundamente, y sentí el olor riquísimo de aquella fruta cítrica.

–Aquí está, mama –dejé el libro sobre la mesa y fui hasta el estante, para buscar dos vasos. Enseguida, mi madre y yo estábamos sentadas. Entre un sorbo y otro, le comencé a leer.

–Hasta subrayé esta parte que la propia señora Elena escribió para explicar por qué su padre no estuvo de acuerdo en hacer lo que el pastor había sugerido: “No deseábamos que otros hermanos pensarán que teníamos vergüenza de reconocer nuestra fe, o que éramos incapaces de sostener nuestra creencias a través de las Sagradas Escrituras”.

–Debe de haber sido una decisión difícil –comentó mi madre.

–El padre de la señora Elena fue muy valiente... –dije, demostrando que estaba de acuerdo-. La señora Elena describió cómo fue la reunión en la que ellos fueron removidos de la iglesia. Dice que pocas personas estuvieron presentes. Su padre era un hombre muy respetado, y hasta los opositores no tenían interés en que el caso fuese tratado frente a un gran número de miembros. Cuando preguntaron qué regla de fe habían transgredido, les fue dicho que ellos habían frecuentado otras reuniones y habían sido negligentes en relación con su asistencia regular a los

cultos de la iglesia. Les preguntaron si ellos estaban de acuerdo en abandonar las nuevas creencias y volver a seguir las reglas metodistas. Ya debes imaginarte la respuesta que dieron, ¿verdad?

—Sí. Creo que ellos tenían tanta seguridad en lo que creían que debieron de haber preferido ser borrados de la lista de miembros de la antigua iglesia —mi madre tomó un poco más de limonada y dejó el vaso sobre la mesa.

—¡Exactamente! Mira lo que la señora Elena escribió aquí: “Al domingo siguiente [septiembre de 1843, de acuerdo con los registros de la iglesia], el pastor que presidía la reunión [Charles Baker] leyó la exclusión de nuestros nombres; siete, en total. Declaró que no estábamos siendo excluidos por causa de cualquier tipo de error o de conducta inmoral, que nuestra reputación y carácter eran irreprochables, pero éramos culpados por caminar en dirección contraria a las reglas de la Iglesia Metodista. Él también declaró que la puerta ahora estaba abierta, y que todos los culpables de transgresiones semejantes deberían ser tratados de manera semejante”.

—¿Y muchos otros dejaron la Iglesia Metodista? —preguntó mi madre con interés.

—Eso no te lo sé responder —respondí, mientras recorría con la mirada el texto.

Encontré un párrafo que estaba marcado.

—Pero, aquí la señora Elena dice así: “Algunos cambiaron el favor de Dios por un lugar en la Iglesia Metodista”. Imagino que algunos desistieron de la creencia en la venida de Jesús por miedo a ser borrados ellos también de la lista de miembros de esa iglesia.

Cuando mi madre se levantó, me di cuenta de que iba a lavar los vasos y la jarra.

—Deja que los lavo, mama. Solo voy a llevar el libro a mi dormitorio y ya vuelvo.

—Gracias, Anna. Voy a aprovechar para calentar la plancha y planchar la ropa; es el momento justo para hacerlo.

Mi madre ya estaba saliendo, pero regresó:

—Me gustó mucho nuestra conversación. Realmente, te estás dedicando a esas lecturas, y eso te está haciendo bien. ¡Es bueno tener ejemplos dignos para imitar!

—¿Sabes, mama? Una vez dijiste que la señora de White era un vaso elegido por Dios. En el momento, no comprendí muy bien lo que quisiste decir, pero creo que ahora estoy empezando a entender...

Capítulo 10

El día que no debía terminar



Como le había prometido a Gary, continué enviando datos. En la siguiente carta, le relaté cómo había sido la exclusión de la familia Harmon de la Iglesia Metodista. Copié los mismos fragmentos del libro que le había leído a mi madre. Ahora, me estaba preparando para hablar sobre la experiencia que la señora Elena tuvo el año en que ella pensó que Jesús regresaría. Papel y tinta en mano. ¡Vamos a escribir!

73

Querido Gary:

Creo que esta es la última carta que te voy a escribir antes del inicio de clases. La próxima semana comienza

todo otra vez... Me gusta estudiar, pero debo confesarte que prefiero las vacaciones.

¿Estás preparado para las novedades que tengo para contarte sobre nuestra "amiga"? Acompáñame al año que, imagino, debió de haber sido el mejor y el peor de la vida de la señora Elena.

Después de que fueron excluidos de la Iglesia Metodista, Elena y toda su familia desearon aún más el pronto regreso de Jesús. Mira qué curioso lo que descubrí. Elena, su hermana gemela, Elizabeth, y Sara, la hermana mayor, comenzaron a trabajar en una casa de tejidos para obtener recursos y, de esa manera, adquirir folletos y libros que contenían el mensaje de la segunda venida de Jesús. Elena lograba ganar 25 centavos por día; muchas veces trabajando en la cama, por causa de su frágil salud. Ella quería hacer su parte para ayudar a dar a conocer el urgente mensaje.

Después de estudiar con cuidado la profecía de Daniel de los 2.300 años, los creyentes llegaron a la conclusión de que el regreso de Jesús sería alrededor del año 1843. Cuando algunos amigos insistieron a Guillermo Miller en que fuese más específico y preciso sobre el asunto, acabó definiendo el año religioso judío de 1843 como iniciándose el 21 de marzo de 1843 y finalizando el 21 de marzo de 1844. Las personas estuvieron animadas e intentaban prepararse. Nadie estaba preocupado en hacer ropas nuevas para ser llevadas al cielo. Los trajes que querían utilizar eran la pureza del alma y un carácter purificado del pecado por la sangre de Jesús. Pero, ese período transcurrió sin ninguna novedad. Fue la primera gran prueba por la que pasaron aquellos que aguardaban y creían en el retorno de Jesús en las nubes de los cielos. Hubo mucha burla de parte de los que no creían. En

aquel libro que me indicaste, Elena escribió: "Estábamos perplejos y abatidos; sin embargo, no renunciamos a nuestra fe. [...] Sentimos que habíamos cumplido nuestro deber, habíamos vivido a la altura de nuestra preciosa fe. Estábamos abatidos, pero no desanimados. Las señales de los tiempos declaraban que el fin de todas las cosas estaba muy próximo, debemos vigilar y estar prontos para la venida del Maestro en cualquier momento".

Este primer chasco fue considerado una prueba para revelar el corazón y el carácter de aquellos que decían amar la verdad. Sin embargo, algunos evidenciaron sentir, solamente, miedo de los juicios divinos, y que por eso habían abrazado esta causa.

Nadie sabía lo que todavía estaba por venir, Gary. No entendían exactamente qué podría haber estado equivocado. Hasta los profundos conocedores de la Biblia que no creían en la venida de Cristo estaban de acuerdo con los cálculos que el señor Miller presentaba. Podían ver que estaban correctos; aunque estos eruditos discordaran con respecto al evento que tendría lugar en aquel período.

Se revisaron las cuentas: no había ninguna equivocación. Los cálculos eran tan simples y claros que hasta los niños podían entenderlos. El tiempo comenzaba a contarse a partir del decreto del rey de Persia, en el año 457 a.C. Pero, había una cuestión que tenía que considerarse: la época en la que el decreto de Artajerjes para la restauración de Jerusalén entró en vigor fue en el otoño del año 457, y no al inicio del año, de acuerdo con lo que se imaginaban. Siendo así, los 2.300 años deberían terminar, también, en el otoño de 1844.

La profecía decía que, al final de los 2.300 años, el santuario sería purificado. Gary, ellos entendían que el Santuario

solamente podría ser la Tierra. Haciendo la relación con la ceremonia de purificación del Santuario que ocurría en Israel en el décimo día del séptimo mes, un ministro millerita, llamado Samuel S. Snow, llegó a la conclusión de que esa fecha correspondería al día 22 de octubre de nuestro calendario.

No entiendo nada del calendario judío, pero quien investigó las profecías estudió ese calendario profundamente y ¡podía dar garantías!

Bueno. Ahora ellos tenían el día y el año en el que el Santuario sería purificado: 22 de octubre de 1844. El día y el mes estaban relacionados con el día de la purificación del Santuario y con la época en que terminarían los 2.300 años. Simple, ¿verdad?

Todo comenzaba a tener sentido para ellos. Teniendo esos datos, estudiaron la parábola relatada por Jesús sobre la llegada del novio. Viendo a través de los símbolos, el pueblo de Dios era comparado con las vírgenes que esperaban. Algunas se durmieron y perdieron el evento. Sin embargo, ellos querían estar atentos. La venida de Jesús pasó a ser comparada con el "Clamor de medianoche".

Ahora, los creyentes se llenaron de coraje y de esperanza. Volvieron sus mentes con sinceridad al Señor, confesando sus pecados y buscando una relación viva y personal con Dios. Las cosas de este mundo ya no tenían valor alguno para ellos.

¿Sabes, Gary? Leí en la página 454 de *El conflicto de los siglos*, otro libro de la señora Elena, que ese fue el movimiento religioso más sincero y libre de imperfecciones humanas y de los engaños del enemigo de Dios desde los días de los discípulos.

Lee esta cita, también de *El conflicto de los siglos*, en la misma página: "Fueron enviados ángeles del cielo para despertar

a los que se habían desanimado y para prepararlos a recibir el mensaje. La obra no descansaba en la sabiduría y los conocimientos humanos, sino en el poder de Dios". Sin embargo, Gary, lo que más me llamó la atención fue la siguiente afirmación: "No fueron los de mayor talento, sino los más humildes y piadosos los que oyeron y obedecieron primero al llamamiento". Tengo la plena seguridad de que la señora Elena y su familia estaban en ese grupo. "Los campesinos abandonaban sus cosechas en los campos, los artesanos dejaban sus herramientas, y con lágrimas y gozo iban a pregonar el aviso. Los que anteriormente habían encabezado la causa fueron los últimos en unirse a este movimiento. Las iglesias en general cerraron sus puertas a este mensaje, y muchos de los que lo aceptaron se separaron de sus congregaciones".

Te puedo asegurar que quedé tan impresionada cuando leí eso que a la noche no conseguía dormirme. Imaginé el sentimiento de aquellas personas. Fueron tan sinceras...

Pero el 22 de octubre de 1844, un martes, comenzó y terminó como cualquier otro día en la historia. Algunos habían buscado lugares altos, desde donde pudieran ver el primer indicio de la llegada de Jesús. ¿A qué hora vendría? La mañana pasó, el mediodía también. La tarde transcurrió normalmente. Llegó la medianoche, y el Salvador no había llegado.

No pude evitar las lágrimas cuando leí la descripción de lo que aquellas personas sintieron e imaginé por lo que pasaron. Las palabras no eran suficientes para describir el chasco que experimentaron. La primera pregunta que me vino a la mente fue: "¿Por qué tuvo que ser así? Aquel día no debería haber terminado..."

En ese momento, me di cuenta de que estaba dominada por los sentimientos, y no por la razón.

Todo lo que sucedió estaba dentro de los planes perfectos de Dios. La profecía del apóstol Juan en Apocalipsis 10:9 hablaba de un librito que sería dulce en la boca, pero muy amargo en el estómago.

En el momento correcto, Dios mostró a sus hijos fieles lo que representó aquel Gran Chasco. Todavía había muchas cosas que ellos deberían comprender, como la cuestión de la existencia de un Santuario en el cielo y que la "purificación" de la que habla el profeta Daniel se refiere a ese Santuario, y no a la Tierra, y muchas otras aclaraciones que solamente trajeron bendiciones en el futuro. No todos disfrutaron de esto. Muchos desistieron en el primer minuto del 23 de octubre y dieron la espalda a Dios. Sin embargo, como dice la señora Elena, esa situación mostró el verdadero carácter de las personas. Me sentí muy feliz porque Dios, en su infinita sabiduría, había preparado a la señora Elena para que tuviera una reacción positiva frente a este momento tan crítico. Ella se dispuso a realizar de una forma aún más sincera aquello que Dios esperaba que hiciera.

Estoy llegando nuevamente al final de una carta más. Solo quería decirte una cosa más: no tengo dudas de que la señora Elena fue, como dijo mi madre, un vaso elegido por Dios; un vaso de barro, yo diría. Frágil, sin belleza exterior, pero muy útil porque se permitió ser utilizada totalmente por Dios. En la próxima carta, te voy a hablar un poco más sobre eso. ¿Puede ser?

¡Te deseo un feliz regreso a tus clases!

*Con cariño,
Anna Beatrice*

*PS.: Disculpa la gota de tinta; no forma parte de mi mensaje.
Te estoy avisando esto para que no te quedes intentando des-
cifrar alguna cosa... ¡Fue solamente un accidente! Con muchas
ganas de volver a verte...*

El tejido rojo y otras novedades



El día que llevé al correo la carta para Gary, llegó una correspondencia de él para mí. Había ido con mi madre hasta la tienda de tejidos del señor Medley, y me puse medio impaciente mientras ella hacía las compras. Quería llegar rápido a casa, para leer la carta de mi amigo.

—Anna, ¿qué te parece este corte? —mi madre me mostró un tejido oscuro— Parece apropiado y durable... ¿no?

Las palabras de mi madre me hicieron recordar algo que había leído recientemente sobre la opinión de la señora Elena respecto de los vestidos. En uno de los manuscritos que había sido impreso, decía que las mujeres

deberían vestirse con simplicidad, pero el material de los vestidos debía ser bueno, durable y apropiado para la época.

Mientras sentía el tejido en mis manos, miré alrededor y vi una tela que llamó mucho mi atención.

—¡Mira, mamá! —le dije, señalando un lindo corte rojo— ¿Por qué no llevas este de aquí?

El señor Medley extendió el tejido sobre el mostrador. De cerca, se podían observar unos detalles bien discretos, que hacían que la pieza fuese más bonita todavía.

—No sé... —mi madre pasó su mano sobre el tejido—. Nunca usé nada de ese color.

¡Ah! No perdí tiempo y le dije a mi madre algo que la dejó realmente sorprendida.

—¿Sabías que la señora de White dijo que sería interesante que las mujeres tuvieran por lo menos un vestido rojo?

—¿En serio? —mi madre parecía dudar de lo que había dicho.

—¡Sí, es verdad! —le respondí, riéndome—. Leí en algún lugar que la señora Elena siempre tenía algunos cortes de tejidos “sobrando” en su casa, que ella acostumbraba donar a las personas más necesitadas. Una de sus nietas contó que su abuela era práctica, y tenía mucho sentido común cuando daba consejos en relación con el vestuario. Cierta vez, ella le dio tres cortes de tejidos a una joven enfermera que tenía apenas algunas prendas. ¿Y sabes de qué color eran esas telas que le regaló?

—No sé; pero imagino que uno de ellos era rojo, ¿verdad?

—¡Exactamente! —respondí—. Una era roja, la otra tela era azul, y la tercera ¡era dorada!

—¡Vaya! —mi madre no consiguió esconder su sorpresa; esta información no era algo que esperaba.

Me sonreí, porque sabía que aquella era realmente una novedad para mi madre; también había tenido una reacción semejante cuando leí por primera vez sobre eso. Pero, esa era apenas una de las muchas sorpresas que estaba teniendo al buscar descubrir quién había sido realmente la señora Elena G. de White.

El señor Medley convenció a mi madre con respecto a la compra de aquel tejido; aliado a su costura impecable, resultaría en un bello y elegante vestido. Para mí, elegí un azul claro, que combinaba con una delicada prenda del mismo tono.

Al llegar a casa, fui a mi dormitorio. Abrí el sobre gris y observé el cuidado con que Gary había escrito. Su letra era firme y no había tachaduras. “¿Habrás escrito la carta y después la pasó en limpio?”, me pregunté.

Conté cuántas hojas había dentro del sobre. ¡Cuatro! “Hay que reconocerlo”, pensé, “esta vez él me superó”. Comenzaba dándome noticias de su familia. Me contó que su hermanita Vicky estaba contenta porque finalmente se le había caído su primer diente. También, me habló de los preparativos para el casamiento de Roger. Todo indicaba que la ceremonia ocurriría dentro de algunos meses; probablemente, al comienzos de 1916.

Pienso que será una ocasión apropiada para que nos encontremos nuevamente, escribió. Roger ya comenzó a organizar su lista de invitados, y el nombre de tu familia —sin duda alguna— ya está en ella.

Continué leyendo con avidez hasta que, en determinado momento, me detuve. Leí nuevamente el párrafo, para ver si había entendido bien.

La próxima carta que te envíe tendrá un nuevo encabezamiento. En lugar de Battle Creek, vas a leer "Berrien Springs". ¡Exactamente! Estoy yendo al Emmanuel Missionary College para completar mis estudios. He orado, y siento el deseo de prepararme para servir mejor al Señor. Espero que te pongas feliz con esta noticia. Mis investigaciones sobre la obra del matrimonio White en Battle Creek están bastante adelantadas. Pretendo escribirte sobre ellas cuando esté instalado en el colegio.

Otra buena noticia. Allá, en el colegio, tienen una biblioteca muy completa, y podré darte informaciones más precisas y exactas. ¡Ah! Esta es la dirección a la que me tienes que escribir las próximas cartas.

Tomé un pedazo de papel y copié la dirección para que me fuera más fácil localizarla luego.

Tus cartas me han inspirado. Aprecio el hecho de que compartas conmigo tus descubrimientos sobre la señora Elena. No sabía tanto sobre la infancia de ella. Y creo que tienes razón: Dios realmente la estaba preparando. Imagino lo difícil que debió de haber sido para ella y para las más o menos cien mil personas de diferentes denominaciones religiosas que tuvieron que enfrentar la decepción de no ver a Jesús regresar en las nubes de los cielos el día que ellos lo esperaban. Hoy sabemos que todo lo que sucedió estaba en el perfecto cronograma de Dios. Tenemos la seguridad de que toda aquella experiencia resultó en muchas bendiciones para los que permanecen fieles y continúan confiando en la dirección divina. En realidad, fue ese grupo de personas sinceras el que recibió las orientaciones que dieron origen a nuestra iglesia.

Es un verdadero privilegio conocer nuestra historia, ¿no te parece? Continúa escribiéndome, por favor... Cuando leo tus cartas, siento como si estuvieras cerca de mí, y eso me ayuda a soportar la nostalgia. ¡No demores en responderme!

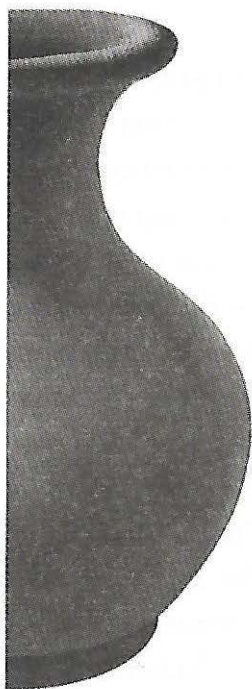
Leí nuevamente, en voz alta, las últimas frases de la carta y suspiré. ¡Qué lindo! Parecía que Gary había leído mis pensamientos. Nada sabía él que la carta que recibiría en pocos días hablaba exactamente del sentimiento de la señora Elena y de los demás que sufrieron el chasco de 1844.

Nuestras ideas también parecían estar completamente en armonía. Es claro que me puse muy feliz al saber que él iría a estudiar al Emmanuel Missionary College. Tuve la fuerte sensación de que Dios tenía planes muy especiales para Gary, así como los tuvo para la señora Elena y para todos aquellos que se habían dispuesto a servirlo de todo corazón.

Tomé la cajita de madera decorada donde ya estaban la otra carta, el telegrama y el pañuelo blanco que Gary me había prestado en el campamento. Saqué la tapa, y coloqué arriba la carta que había acabado de leer. Colocando la tapa otra vez en su lugar, pensé: "Creo que voy a necesitar una caja más grande..."

Capítulo 12

Una luz en el camino



Me quedé pensando en cómo la experiencia del chasco del 22 de octubre de 1844 debió de haber cambiado la vida de las personas; habrán quedado tan decepcionadas como los discípulos cuando Jesús murió. Sin embargo, de la misma manera en que los discípulos no quedaron sin respuestas, los fieles seguidores de Jesús tampoco fueron desamparados. Escribí a Gary hablando sobre Hiram Edson, y la visión que Dios le dio mientras atravesaba la plantación de maíz de su hacienda.

Hiram Edson vivía en Port Gibson, en el Estado de Nueva York, y había estado participado activamente del

movimiento adventista. Estaba entre aquellos que sufrieron el Chasco. Edson dice que, cuando Cristo no vino, él y las personas que habían ido a su hacienda para esperar a Jesús lloraron mucho, hasta el amanecer del día siguiente, el triste 23 de octubre. Fue un sufrimiento amargo. Sin embargo, algo en el corazón del señor Edson le decía que debía haber una explicación para lo que había ocurrido. Luego de orar con otros hombres en el granero a la mañana siguiente, salió de allí con la plena seguridad de que Dios estaba al cuidado de todo.

Acompañado por un estudiante de Teología llamado O. R. L. Crosier, Hiram Edson decidió visitar a otros hermanos para darles ánimo. No era momento para desanimarse; necesitaban tomarse fuertemente de Dios. Cuando estaban atravesando la plantación de maíz de la hacienda, Hiram Edson sintió que la mano de alguien lo tocaba. Se detuvo, pero no vio a nadie. De pronto tuvo una visión. ¿Qué fue lo que vio? A Jesús, el Sumo Sacerdote, que salía del Lugar Santo y entraba en el Lugar Santísimo del Santuario. Pero no era el Santuario terrestre, ¡era el Santuario del cielo! Ahora, las cosas comenzaban a tener sentido. La fecha no estaba equivocada. ¡No! Solo que el evento no era el que esperaban. No era el momento para que Jesús regresara a la Tierra, sino el tiempo para que comenzara su obra de juicio. Cuando el Juicio terminara, en ese momento sí volvería Jesús.

Solamente Hiram Edson tuvo la visión. Su compañero de caminata lo vio parado en medio de la plantación y le preguntó qué era lo que estaba haciendo. No había dudas de que aquella era la respuesta a la oración que ellos habían hecho más temprano aquella mañana.

La maravillosa noticia enseguida se difundió y trajo alivio a los sinceros hijos de Dios.

Jaime White, que ya era un joven predicador, supo de esa visión de Hiram Edson y le escribió una carta, junto con el capitán José Bates, intentando organizar una reunión para conversar más respecto de esta novedad. Desdichadamente, el señor Jaime no pudo ir, pero José Bates sí, y aprovechó para hablar con Hirman Edson sobre sus descubrimientos relacionados con la santidad del sábado. Este quedó totalmente convencido y comenzó a guardar, como también lo hacía el capitán, el séptimo día de la semana.

Me pareció interesante porque ese movimiento terminó cimentando las bases de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, que comenzó a existir como iglesia organizada recién en 1863.

Bueno, pero lo que quería realmente contarle a Gary era lo que pasó con la señora Elena después del gran chasco de 1844. En la carta, le dije:

¿Se habrá enterado la señora Elena de las noticias de Hiram Edson? Bueno, lo que sí sé es que Dios se reveló a ella en diciembre de 1844. Después del accidente, la salud de la señora Elena nunca más fue la misma; sin embargo, su salud estaba empeorando, y creía que era por causa del sufrimiento que ella había vivido recientemente. Tenía problemas para hablar; su voz era apenas como un susurro. Cuando estaba acostada, tenía muchas dificultades para respirar. Durante la noche no conseguía dormir, por causa de la tos, y frecuentemente sus pulmones sangraban. Todo indicaba que había contraído tuberculosis. La situación era tan crítica que ella no lograba ni siquiera alimentarse sola. Los



médicos y los amigos de la familia creían que no iba a poder resistir la enfermedad y que moriría en poco tiempo.

En esa condición, una gran amiga de la señora Elena, llamada Elizabeth Haines, que vivía en el sur de Portland, la invitó a pasar unos días en su casa. Esa sería una oportunidad para que su madre también tuviera un merecido descanso. La señora Elena no pudo rechazar tal invitación. ¡Deseaba tanto estar con su amiga y participar de una reunión de oración que había sido planificada para aquellos días! Así, la señora Elena, su amiga Elizabeth y tres jóvenes más se reunieron. Ellas estaban muy tristes y chasqueadas. Sin embargo, creían que Jesús, sin duda, regresaría.

Encontré esta historia en el libro *Primeros escritos*, en la página 14. La copio aquí. Mira cómo la señora Elena describió ese momento:

"Mientras estaba orando ante el altar de la familia, el Espíritu Santo descendió sobre mí, y me pareció que me elevaba más y más, muy por encima del tenebroso mundo. Miré hacia la Tierra para buscar al pueblo adventista, pero no lo hallé en parte alguna, y entonces una vez me dijo: 'Vuelve a mirar un poco más arriba'".

Te acuerdas de lo que ella vio, ¿verdad? Fue la famosa visión del clamor de medianoche. Ella dijo que el pueblo del advenimiento viajaba por un camino estrecho en dirección a la ciudad que quedaba en el extremo más apartado. Lo que llamó mi atención fue la luz que alumbraba el camino, para que nadie tropezara. Lo más bonito: Jesús iba al frente. Mirándolo a él, había seguridad para continuar avanzando. Pero, enseguida algunos quedaron cansados y desanimados porque creían que la ciudad estaba muy

lejos. Jesús los animaba y ellos continuaban, siendo guiados por la luz.

En la visión, algunos comenzaron a dudar de aquella luz y a decir que no era Dios quien los estaba guiando. Entonces la luz se apagaba, y ellos quedaban en la oscuridad, por lo que tropezaban y caían, y se salían del camino.

Aquellos que continuaban tuvieron la alegría de contemplar una escena indescriptible. No sabía, Gary, que la visión del regreso de Jesús le había sido dada a la señora Elena en esa ocasión. ¿Te acuerdas de la historia de la nubecita del tamaño de la mitad de la mano de un hombre que aparecía en el Oriente? Entonces, Dios le mostró esto a la señora Elena en su primera visión.

Ella cuenta que vieron esa nubecita que se fue aproximando y haciéndose cada vez más clara y brillante, hasta que se transformó en una gran nube blanca. Mira cómo lo describió ella: "Una gran nube blanca cuya parte inferior parecía fuego. Sobre la nube lucía el arco iris, y en torno de ella aleteaban diez mil ángeles cantando un hermosísimo himno. En la nube estaba sentado el Hijo del Hombre. Sus cabellos, blancos y rizados, le caían sobre los hombros; y llevaba muchas coronas en la cabeza. Sus pies parecían de fuego; en la mano derecha tenía una hoz aguda y en la izquierda llevaba una trompeta de plata. Sus ojos eran como llama de fuego, y escudriñaban de par en par a sus hijos".

Enseguida, ella describió el terrible silencio que se produjo cuando Jesús habló. Pero luego la alegría vino al corazón de los fieles cuando Jesús dijo: "Mi gracia les basta". Los ángeles tocaron y cantaron, mientras la nube se aproximaba a la Tierra. Y entonces, los justos muertos fueron despertados de su sueño y llevados con los vivos, para encontrarse con Jesús en los aires.

Gary, me imagino cómo fue para una jovencita de apenas 17 años tener una visión como esa... Una chica que estaba a punto de morir, que no se podía comunicar. Solo para que tengas una idea, ella recién consiguió escribir esta visión cerca de un año después. Dios la amparó, y sus manos se afirmaron más.

Esa visión trajo consuelo y esperanza no solamente a la señora Elena, sino también a las amigas que estaban con ella en esa reunión de oración. Algunos escucharon de su propia boca el mensaje que decía que Dios estaba guiando a su pueblo, y muchos llegaron a saberlo. Si continuaban confiando en la luz y mantenían la mirada fija en Jesús, llegarían en seguridad al hogar eterno.

Estuve reflexionando de qué manera esa visión sigue teniendo validez en la actualidad, pues observo que su mensaje es verdadero para nosotros hoy. Muchas veces, no tenemos respuestas inmediatas para nuestros chascos, pero Jesús continúa instándonos a que miremos un poco más arriba. Además de esto, mientras avanzamos en nuestro viaje rumbo al cielo, ese camino tiende a hacerse cada vez más estrecho. Y ¿cuál será nuestra elección? Me doy cuenta de que algunos de mis amigos han elegido andar por el camino más ancho, porque parece más fácil. Sin embargo, como la señora Elena vio en la visión, la luz se apaga para ellos y terminan perdiéndose en la oscuridad. No es para menos, siendo que Jesús dice que ¡él es la luz del mundo, el camino, la verdad y la vida!

En mis investigaciones, descubrí que esta fue la primera de aproximadamente dos mil visiones que la señora Elena recibió durante los setenta años que duró su ministerio como mensajera del Señor. Me alegro porque la luz continúa brillando frente a

los hijos de Dios. Aunque estrecho y difícil, el camino es seguro porque está iluminado por Jesús.

Estoy muy feliz con tu decisión de ir al Emmanuel Missionary College. ¡Creo que Dios está sonriéndote! ¿Cuándo dijiste que será el casamiento de Roger? ¿Se van a casar en Battle Creek o en la ciudad de Mary? Espero poder encontrarte en esa ocasión.

*Que lo pases bien, y ¡hasta la próxima!
Anna Beatrice.*

Capítulo 13

La silla vacía



Las vacaciones terminaron. Hora de regresar a la escuela. Me sentía privilegiada por estudiar en un ambiente agradable, con buenos profesores y la excelente compañía de mis compañeras.

Cuando la señora Bridget entró en la sala de clases aquella mañana, nos saludó con una gran sonrisa. Los lugares estaban todos ocupados, y ¡eso era una excelente señal! Miré alrededor, buscando nuevamente a Alicia. Habíamos estudiado juntas durante los últimos cuatro años y éramos bastante amigas. Sabía que ella había ido a pasar las vacaciones con los abuelos, en una hacienda en

el sur de Oakland, pero me llamó la atención su ausencia justo el primer día de clases.

Alicia siempre había sido muy aplicada en los estudios. ¿Qué podría haber sucedido? Nadie tenía noticias de ella.

En el recreo de las clases vi al padre de Alicia, el señor Adrián, conversando con la profesora. Tenía un semblante abatido y triste. Me aproximé a tiempo para escucharlo decir: "El médico dice que el caso es grave, porque la fiebre no está bajando..."

—Perdón, señor Adrián —dije en voz baja, intentando no parece mal educada—. ¿Hubo algún problema? ¿Por qué Alicia no vino a la escuela?

El hombre alto, con bigote oscuro y piel clara, se dio vuelta hacia donde yo estaba. Enseguida me reconoció como a una de las amigas de su hija.

—Hola, Anna Beatrice —su voz parecía conmovida—, justo estaba conversando con la señora Bridget sobre que Alicia no volvió muy bien de la casa de mis padres. Le estuvo faltando el aire y siente dolor en el pecho. Además, la fiebre es alta y la tos está empeorando su condición.

Él respiró profundamente. Cerró los ojos por un instante y luego los abrió lentamente.

—Por favor, ora por ella, Anna. Los médicos están haciendo lo que pueden, pero el tratamiento no está dando resultados.

—¡Sí, claro! Voy a orar por ella... —le respondí—. ¿Podría también hacerle una visita?

—¡Claro que sí! Seguro que Alicia estará muy feliz de verte a ti. ¿Quién sabe si eso la ayude a estar un poco más animada?

Acordamos en que hablaría con mis padres e iríamos a la casa del señor Adrián.

Casi no conseguí concentrarme en las otras clases aquel primer día. Solo pensaba en Alicia. Cuando regresé a casa, conté a mi madre la conversación que había tenido con el señor Adrián. Ella se dio cuenta de mi preocupación y se dispuso para acompañarme en la visita apenas mi padre llegara de su trabajo.

Hice mis deberes escolares y ayudé en la preparación de la cena. Cuando mi padre llegó, estaba todo listo y en orden. Estaba tan ansiosa por ver a Alicia que ni me di cuenta de cuán rápido estaba comiendo.

—Tu padre nos va a llevar en el carro, Anna —mi madre me hizo una caricia en la mano que tenía sobre la mesa.

Entonces, se dirigió a él y le dijo:

—¿Sabes, Alberto, si los médicos ya descubrieron lo que tiene Alicia?

—Escuché un comentario en la oficina de que están sospechando de neumonía —respondió mi padre con expresión triste.

Entonces, se limpió la boca con una servilleta y se levantó de la mesa para preparar el carro y el caballo.

Demoramos unos veinte minutos en llegar hasta la casa de Alicia. La señora Marta nos recibió y el señor Adrián ayudó a mi padre a acomodar el carro al lado de un árbol con grandes ramas verdes.

Fuimos conducidos hasta el dormitorio de Alicia. Apenas nos vio, se sentó en la cama mientras su madre le acomodaba las almohadas en la espalda.

—Hola, Anna... —dijo, intentando esbozar una sonrisa. Intentó hablar más, pero la tos le impidió continuar.

—Querida, intenta no esforzarte —le aconsejó la señora Marta.

Mirándonos, explicó que Alicia sintía mucho dolor en el pecho y que la tos empeoraba cuando hablaba.

En determinado momento, mi madre y la señora Marta se fueron a la sala, donde estaban mi padre, el señor Adrián y el pequeño Ricardo, de apenas cuatro años. Me quedé en el dormitorio, haciéndole compañía a mi amiga Alicia. Le conté cómo había sido el primer día de clases y que la profesora Bridget era atenta y bonita. Apenas sonrió. Pude entender lo que pasaba por su mente: ¿Acaso volvería rápidamente a la escuela? ¿Podría conocer a la nueva profesora?

Como Alicia no podía hablar mucho, intenté distraerla contándole sobre los libros que había comenzado a leer después del campamento de Richmond. También le hablé de Gary y de las correspondencias que ambos estábamos intercambiando. Mi amiga escuchaba todo con mucha atención. De vez en cuando, tomaba un vaso que estaba en la cabecera de su cama y bebía unos sorbitos de agua, poco a poco. En un momento mencionó, sin cansarse al hablar, que sus padres habían hablado de llevarla al hospital de Loma Linda, para recibir un tratamiento.

—¡Qué bueno! —le dije, demostrando entusiasmo—. Escuché decir que es un excelente hospital. Además, allá también funciona una conceputada escuela de Medicina. Parece que la novia de Roger, el hermano mayor de Gary, está terminado allí su curso de enfermería.

Conversamos un poco más, hasta que la señora Marta volvió para ofrecerme un trozo de torta de manzana que estaba sirviendo en la sala. Entendí que era el momento de dejar que Alicia descansara. Con un suave abrazo me despedí de ella y le dije que estaría orando para que todo fuera bien en Loma Linda.

Pocos minutos después, mi madre, mi padre y yo estábamos recorriendo nuestro camino de regreso.

—Existen grandes chances de que Alicia se recupere... —dijo mi madre—. Loma Linda se transformó en un referente en cuanto al tratamiento de varias enfermedades, entre ellas, la neumonía.

—¿Ustedes sabían que el predio del hospital de Loma Linda fue construido, originalmente, para que fuera un hotel de lujo? —mi padre consiguió llamar nuestra atención—. Gracias al coraje y al consejo de la señora de White, los administradores de la Asociación del Sur de California hicieron la compra de la propiedad, aunque no tenían la totalidad de los recursos económicos para hacerlo. Sin embargo, Dios proveyó el dinero para efectuar todos los pagos, tal y como la señora de White había dicho. El dinero para el pago de la primera cuota llegó a último momento cuando, excepto por la señora Elena de White, nadie más creía que sería posible cumplir con el compromiso. El cartero entregó una carta con el valor exacto que era necesario para el pago. Fue un paso de fe, pero fue apenas una de las muchas situaciones por las cuales se demostró que valió la pena confiar en el consejo de alguien que recibía orientaciones del propio Dios en relación con lo que se debía hacer. En visión, el Señor había mostrado a la señora de White que aquel era el lugar que la iglesia debía adquirir. Todas las veces que se siguieron sus consejos, la iglesia y sus instituciones prosperaron, y muchas personas hallaron su vida transformada.

—¡Es verdad, papa! —le dije con cariño en la voz—. Ella fue una mujer muy valiente y perseverante. Era una verdadera amiga de Dios, que conocía su voz y siempre estaba dispuesta a hacer lo



que él ordenaba. Creo que yo no tendría ni la mitad del coraje que tuvo ella... Solamente si Dios me capacitara...

Mi madre se sonrió después de lo que dije. Ella siempre decía que admiraba mi coraje y mi persistencia. Creo que por eso me identificaba tanto con la señora Elena.

—Al ver a Alicia con la salud tan comprometida —comentó mi madre—, me acordé de lo que la propia señora de White vivió, al enfrentar la tuberculosis y otras enfermedades que la acompañaron durante su ministerio. Sin embargo, peor que los dolores y los sufrimientos causados por las enfermedades, fue la tristeza que ella sintió como madre al tener que sepultar a dos de sus hijos.

Pensé en las palabras de mi madre. Ella sabía exactamente de lo que estaba hablando. Era un asunto poco comentado en casa, pero dos años antes de mi nacimiento mi madre había perdido a un bebé de apenas algunos días de vida; mi hermano más grande se llamaba Daniel. A pesar de que habían pasado más de 17 años, ese dolor estaba escondido en el corazón de mi madre.

—Imagino que debió de haber sido muy difícil para ella pasar por la experiencia de perder dos de sus queridos hijos —bajé la cabeza y también el tono de mi voz—. Recuerdo haber leído, creo que en uno de los libros que compré, que el hijito más pequeño, que se llamaba John Herbert, murió con apenas tres meses de vida, de erisipela. La señora tenía 33 años y sufrió mucho por la pérdida de su bebé. Ella dice en ese libro, creo que es el segundo tomo de *Spiritual Gifts*, que llegó a desmayarse en el funeral. Después de tres años, perdió también a su hijo más grande, Henry, su “dulce cantor”, como le gustaba llamarlo. ¿Pueden

imaginar eso? –pregunté, mirando bien a los ojos de mis padres–. ¡Henry era apenas un año más grande que yo! Se resfrió; y eso se transformó en una neumonía. Pero él no tuvo la misma suerte que Alicia, que sin dudas va a recibir una buena atención y un tratamiento adecuado en Loma Linda. Todo indica que los remedios que se usaban en la época solo sirvieron para empeorar el cuadro de salud del hijo de la señora Elena. Lo que impresiona es que, antes de que el hijo muriera, el señor Jaime y la señora Elena conversaban abiertamente con él sobre la muerte. El muchacho confesó sus pecados y se aferró bien fuerte de la promesa de la resurrección, en ocasión de la segunda venida de Jesús. Pidió ser enterrado con su hermanito, en Battle Creek...

Hice una pausa para contener mi emoción. Luego, continué:

–Porque quería estar junto con él cuando se despertaran en la mañana de la resurrección.

–Eso revela la madurez del muchacho –observó mi padre.

Y mi madre agregó:

–Creo que eso prueba cómo la señora Elena fue una buena madre. Ella tuvo que pasar mucho tiempo viajando, pero siempre fue una madre celosa y dedicada a sus hijos. Leí que cuando estaba fuera de casa, no dejaba de escribir a sus hijos, diciéndoles cuánto los amaba; y cuán importante era que ellos también colaboraban, pues estaban todos involucrados en la obra del Señor. Ella consideraba a sus hijos como su máxima prioridad. Se preocupaba por su crecimiento espiritual. Sin dudas, debieron de haber aprendido con ella a desarrollar una amistad íntima y personal con Jesús.

–Eso es tan cierto, mama, ¿sabes lo que Henry le dijo en los momentos finales de su vida?



Mi madre movió la cabeza negativamente:

–Dijo que encontraría a su madre en el cielo, en la mañana de la resurrección, pues tenía la plena seguridad de que ella estaría allí. Después de eso, llamó a sus padres, a sus hermanos y a sus amigos, y se despidió de cada uno con un beso. Sus últimas palabras fueron: “¡El cielo es dulce!”

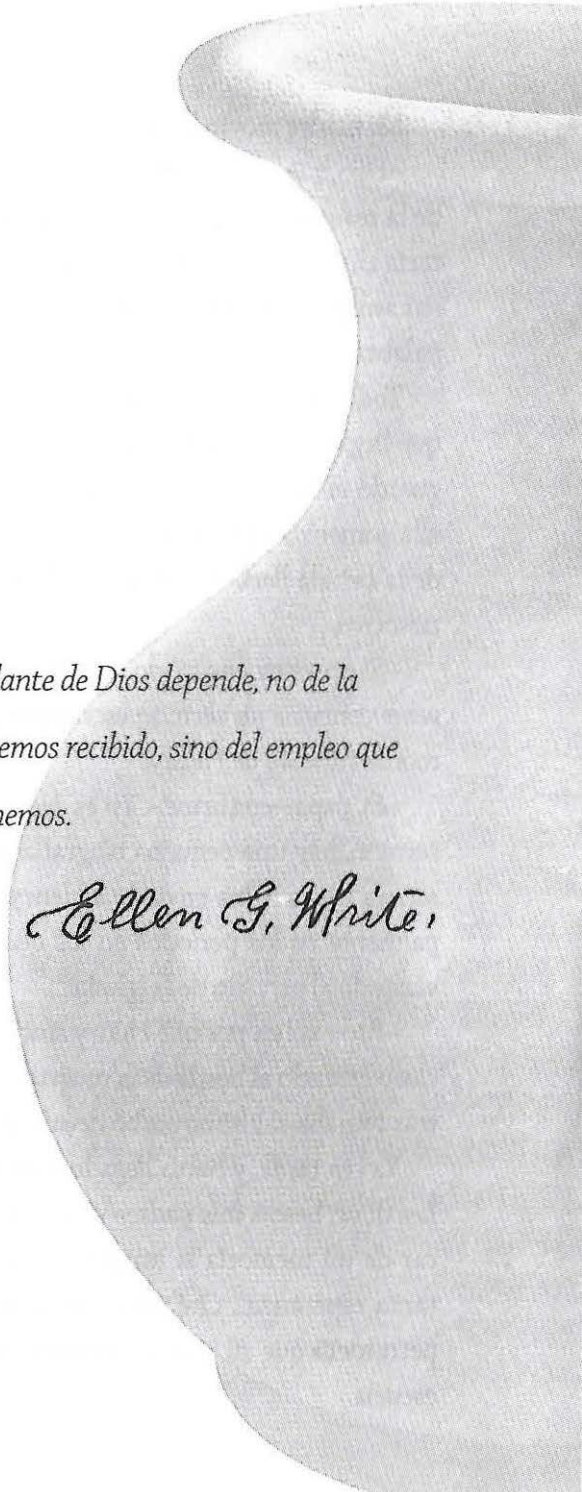
Todos estábamos emocionados. Fue con ese sentimiento que llegamos a casa. Mi padre colocó el caballo en el establo y guardó el carro. Mi mamá y yo fuimos hasta la cocina, donde ella comenzó a preparar un jugo con menta. Cuando el aroma de la bebida llenó el aire, mi padre entró y se sentó junto con nosotros.

–Si no estoy engañado –dijo él–, el libro *Consejos para los jóvenes* contiene un sermón escrito por Urías Smith para la ceremonia fúnebre de Henry.

–Sí, papa –confirmé–, así es. He leído ese libro y, además del sermón, hay una pequeña biografía de él y varias cartas que la señora Elena había enviado a Henry y a sus hermanos, principalmente en los períodos en los que ella y su esposo estaban viajando al servicio de la iglesia.

–Eso explica por qué Henry sintió tanta paz y confianza incluso estando al borde de la muerte –comentó mi madre, mientras tomaba el último sorbo de su jugo.

Ya era tarde, y había llegado el momento de irnos a dormir. Les di un beso a mis padres y fui a mi dormitorio. No podía sacar de mi memoria la imagen de Alicia. Tan pálida, pero con tanta esperanza... Oré para que Dios la cuidara y para que no permitiera que su silla continuara vacía en nuestra aula en la escuela.

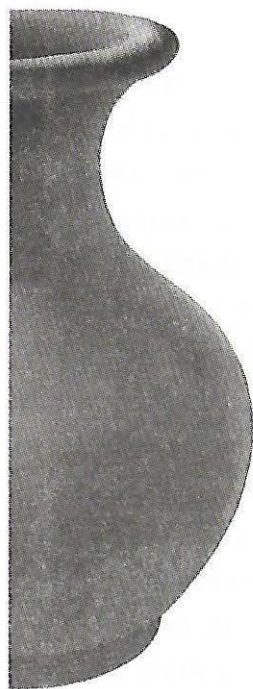


Nuestra situación delante de Dios depende, no de la cantidad de luz que hemos recibido, sino del empleo que hacemos de la que tenemos.

Ellen G. White,

Capítulo 14

Una cuestión de salud



Dos días después de nuestra visita a Alicia, la llevaron a Loma Linda. Supe que sería sometida a un tratamiento intensivo para la cura de la neumonía, tratamiento que incluía la hidroterapia.

Gracias a la luz concedida a la señora Elena sobre los principios de salud en el inicio de su trabajo como mensajera del Señor, muchos hábitos nocivos ya habían sido corregidos. Alrededor de 1848, por ejemplo, le fueron mostrados los perjuicios del uso del tabaco y del café. También se aconsejaba el aseo personal y la limpieza de los ambientes. Con relación a la alimentación, la señora

Elena no predicaba y escribía sobre eso, meramente, sino también llevaba a la práctica en su vida los consejos dados por Dios. A propósito, una de las características importantes de esta mujer inspirada es que ella solamente daba consejos, no importaba de qué área, después de que ella misma los hubiera practicado. Era coherente en todo lo que decía y hacía.

Había leído que el 5 de junio de 1863, el mismo año que sucedió la primera reunión de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, la señora Elena recibió una visión muy especial sobre el mensaje de la salud. Ella y el esposo estaban participando de un culto en Michigan, en la casa del hermano Hilliard, un viernes por la noche. Alguien había leído un capítulo de la Biblia y, enseguida, le pidieron a la señora Elena que hiciera la oración. Mientras ella oraba, recibió una visión muy abarcadora. Entre los consejos que recibió, estaba el uso del aire puro, el agua abundante (por dentro y por fuera) y la luz solar; y el ejercicio físico, como remedios naturales. Luego, fueron agregados el reposo adecuado, la temperancia, la alimentación saludable y la confianza en el poder de Dios. En esa ocasión, también le fue mostrado que el uso de algunas drogas comunes de la época era extremadamente perjudicial para la salud. ¿Sabes qué tipo de drogas eran esas? Estricnina, opio, mercurio, cloruro mercurioso, quinina. Hoy, ya se sabe que, en vez de ser remedios, estos productos son, en realidad, venenos.

Todas las instituciones médicas de los adventistas practican los principios de salud. Por eso sabía que Alicia estaba en buenas manos.

Me ofrecí a tomar apuntes de todo lo que se daba en clases y pasárselo a Alicia; así tendría menos problemas en su

aprendizaje. Ella era una muchacha muy inteligente, y conseguiría acompañar los estudios sin problemas.

Dividía mi tiempo libre entre pasar en limpio las anotaciones para Alicia, hacer mis deberes escolares, leer mis preciosos libros y mantener la correspondencia con Gary. En sus cartas, percibí que él estaba cada vez más entusiasmado con los estudios en el Emmanuel Missionary College. Estaba preparándose para ser un pastor y servir a la iglesia en tiempo completo.

Después de casi un mes en Loma Linda, Alicia volvió a Oakland. ¡Estaba totalmente curada! Era posible ver la salud estampada en su rostro. Su respiración era perfecta; y sus pulmones estaban libres de cualquier secreción o infección. No había ni un vestigio de la tos.

—¡Alicia! —la abracé con ganas cuando fue a mi casa a buscar las anotaciones de la escuela—. ¡Se te ve muy bien!

Ella retribuyó el abrazo. ¡Estaba tan feliz! Entonces, me contó cómo fue el tratamiento que le habían aplicado en Loma Linda y que había salvado su vida.

No pude aguantar en silencio y le hablé de cómo la señora Elena había sido responsable, también, por la fundación de las maravillosas instituciones de salud; y que incluso llegó a realizar préstamos particulares para la compra de algunas de ellas.

Alicia habló de las deliciosas comidas servidas en el hospital, especialmente los cereales de maíz, que habían sido creados por el doctor John Harvey Kellogg.

—Es una pena que un hombre con tantos talentos haya despreciado los consejos de la señora Elena y se haya apartado de los caminos de Dios por orgullo... —lamentó Alicia.

Estuve de acuerdo con mi amiga.

—¿Sabías, Alicia, que el doctor Kellogg fue como un hijo para los White? —sin dar tiempo para que mi (ahora saludable) amiga me respondiera, continué—: Fueron los White quienes lo ayudaron a pagar su curso de Medicina. En relación con el mensaje de salud, él actuaba de una manera súper correcta y fue un importante aliado de la señora Elena. Pero, a inicios de los años 1900, él comenzó a defender teorías extrañas, que casi dividieron al liderazgo de la iglesia; y la señora Elena tuvo que colocarse en contra de esas ideas.

—Creo que escuché alguna cosa con respecto a esa historia —dijo Alicia mostrando disposición para continuar conversando del tema—. Parece que llegó a escribir un libro con esas ideas, ¿no es verdad?

—Sí. El nombre del libro es *The living temple* [El templo viviente] y, en él, que el doctor Kellogg defendió el panteísmo. ¿Sabes?, aquella teoría que dice que Dios no es un ser personal, sino que es una misteriosa esencia que está en todo, incluyendo los elementos de la naturaleza. Para él, Dios es la propia naturaleza.

—No se puede entender cómo alguien con la capacidad que él tenía y tan dedicado a defender los principios de salud, se dejó llevar por ese tipo de ideas; y, además, optara por dejar de lado y no seguir los consejos de alguien que tenía un amor de madre por él.

Alicia hizo ese comentario mientras se arreglaba sus largos cabellos oscuros y dejaba su nuca libre por causa del calor que hacía.

—Creo que eso le causó mucha tristeza a la señora de White. Ella intentó de todas las maneras posibles hacer que él viera su error, pero el orgullo le impidió volver atrás. Además de esto, él

se resintió, creyendo que la señora Elena estaba apoyando a los pastores que no seguían totalmente el mensaje de salud; y decía que ella se estaba dejando influenciar por ellos. La señora Elena no estaba presente en el concilio en el que fue presentado el libro, pero ella escribió una larga carta, de siete páginas, dirigida al pastor Daniells –que era el presidente de la Asociación General en aquella época–, declarando las razones por las que ese libro no debía ser aprobado. Entre otras, mencionaba que ese texto era una trampa preparada por el enemigo de Dios. Mira qué interesante este detalle... –hice una pausa para dar un aire de suspenso–. La carta llegó exactamente en el momento en que el pastor Daniells más necesitaba orientación para tomar la decisión: ni antes ni después. El mensaje de la señora Elena fue leído en el concilio, y nadie más tuvo dudas en cuanto a lo que debía ser hecho. Aquella era una de las semillas del error que el enemigo de Dios quería desparramar entre los miembros de la iglesia; por lo tanto, el libro fue rechazado.

Alicia estaba absorta, escuchando con mucha atención todo lo que le estaba diciendo.

–Después de que el pastor Daniells escribió a la señora Elena agradeciéndole su carta, que había llegado en el momento exacto, ella le escribió lo que había sucedido. Durante varias noches, contó, no conseguía dormir. Parecía que un fardo pesaba sobre ella. Entonces, una noche, le fue presentada una escena en la que un navío estaba rodeado por una densa neblina. De pronto, el vigía gritó que había un iceberg justo al frente. Alguien con autoridad dijo que ellos debían enfrentarlo. Rápidamente, todos se empeñaron para que el navío golpeará con toda su fuerza el gigantesco bloque de hielo. El choque fue violento, pero el

iceberg se deshizo en varios pedazos y el navío pudo continuar. Hubo apenas pequeñas pérdidas, pero nada que no pudiera ser arreglado. El navío se recompuso de la colisión y continuó su camino.

—¡Vaya! —exclamó Alicia— ¿El doctor Kellogg era ese iceberg? Me encogí de hombros.

—Puede ser. O también podría ser la influencia que él tenía... Quién sabe... Su lucha dejó de ser por el mensaje de salud para transformarse en una disputa abierta por el poder. Lamentablemente, después de un tiempo él abandonó por completo la Iglesia Adventista del Séptimo Día y se transformó en un crítico de la señora de White.

—En el hospital de Loma Linda —dijo Alicia—, aprendí que necesitamos cambiar algunos hábitos en nuestra vida, por una cuestión de salud. Creo que la señora de White fue una de las personas que mayor sentido común demostró a la hora de presentar orientaciones para llevar una vida saludable.

—Sí, Alicia —estuve de acuerdo—. Y, ¿sabes?, la señora Elena entendió la importancia de esa cuestión y hasta su relación con el tema del Gran Conflicto.

Mi amiga me miró como asustada.

—¿Cómo que con el Gran Conflicto?

—Sé que parece extraño, pero tiene sentido —le respondí—.

Deja que te explique.

Fui hasta el estante y tomé un folleto que daba una explicación bastante interesante.

—Mira. Uno de los principios del tema del Gran Conflicto es que somos responsables por nuestras elecciones. ¿Qué está comprometido en la batalla entre el bien y el mal? Exactamente

de qué lado vamos a elegir estar. El mensaje de salud es tan importante como los demás mensajes que nos caracterizan como el pueblo que tiene una responsabilidad especial en los últimos días. Si tenemos un estilo de vida saludable, nuestra mente estará más abierta para asimilar las verdades que Dios desea que practiquemos.

—¡Ah! Ahora entendí... —el signo de interrogación desapareció del rostro de Alicia—. Si nuestra mente está más clara, podremos tener una mejor percepción de aquello que Dios desea comunicarnos, y podremos elegir siempre el lado correcto, el lado de Jesús, ¡donde encontramos la salvación!

Conversamos un poco más, y después le entregué las anotaciones de las clases. Ella me agradeció no solo por el favor, sino también por la agradable tarde que habíamos pasado juntas. ¡Qué bueno que, al día siguiente, la sala de clases iba a estar completa otra vez!

El amor está en el aire



Las cosas volvieron a la normalidad. Alicia, totalmente recuperada, enseguida pudo retornar a la escuela, y nosotros alabamos a Dios por la restauración de mi amiga. Cada día ella se sentía mejor. No perdía la oportunidad de hablar a las personas con respecto al tratamiento que había recibido en el hospital de Loma Linda, y cuánto la estadía en aquel lugar la había ayudado a entender la importancia de desarrollar hábitos saludables para prevenir enfermedades y mantener la salud.

Ahora tenía un poco más de tiempo libre, y aproveché para ponerme al día con mis correspondencias con Gary.

Coincidentemente, cuando él mencionó que el casamiento de Roger sería en breve, hacía poco tiempo que había leído sobre el casamiento de Elena y Jaime White. Creí que sería interesante escribirle, contándole algunos detalles de cómo Dios había unido a aquella pareja de pioneros. No soy muy romántica, pero aprecio una buena historia de amor. En el caso del señor Jaime y la señora Elena, fue impresionante cómo Dios los unió y cómo uno completó la vida del otro. Acostumbraba decirse que la señora Elena era la evangelizadora y que el señor Jaime era el organizador. Formaban un equipo perfecto en el trabajo de dar a conocer el mensaje que Dios les había confiado.

Cuando escuchó por primera vez a la joven Elena hablar en público, el señor Jaime reconoció que ella era una sierva de Dios. Ni por un momento dudó de que Dios la había elegido como su mensajera. Por su parte, Dios mostró a la señora Elena que Jaime era una persona sensata y confiable. Después de la primera visión y de la orden que Elena había recibido de parte de Dios de que contara a las personas lo que había visto, Jaime comenzó a acompañarla. Justamente para evitar comentarios malintencionados, Elena nunca salía en sola con él. Siempre realizaban los viajes en compañía de Sara, su hermana mayor, y de otras fieles amigas. El señor Jaime acostumbraba conducir el trineo o el carro, dependiendo del clima. Él hacía los arreglos para las reuniones, ayudaba con el equipaje... y, además, protegía a Elena para que ningún mal le sucediera. Su presencia representaba una gran ayuda. A pesar de todo esto, los "complicadores de plantón" hicieron su trabajo, y la mamá de Elena se preocupó tanto con los chismes y los comentarios que mandó un recado a su hija, pidiéndole que regresara a casa.

Jaime era un hombre íntegro, de carácter, y sabía que algo tenía que hacerse.

En la carta que escribí a Gary, describí cómo fue el pedido de casamiento que el señor Jaime le hizo a la señora Elena. Si bien creo que fue más una propuesta que un pedido, fue más o menos así.

Jaime buscó a Elena y le dio un breve discurso. Él le dijo: "¿Sabes, Elena? Por causa de esos comentarios, voy a tener que apartarme de ti por un tiempo. Tal vez consigas arreglarte de alguna otra manera, para realizar tu tarea. O, sino... debemos casarnos".

¡Así de simple! Me imagino la sorpresa, y tal vez la sonrisa velada en el rostro de la joven Elena, que a esa altura tenía 18 años. El señor Jaime era seis años más grande que ella. Pienso que ellos ya debieron de sentir alguna atracción el uno por el otro, pues habían pasado prácticamente un año juntos en esa rutina de viajar para que Elena diese testimonio de la visión a las personas. Creo que, en su fuero más íntimo, el señor Jaime no quería mucho entregar a Elena a los cuidados de otra persona. A su vez, ella ya sentía tanta confianza en él que no le importaría pasar más tiempo a su lado. Algo que leí, y me pareció muy bonito, fue que ellos llevaron el tema primero al Señor, y solamente después dieron ese paso que los transformó en compañeros para toda la vida; solamente después de tener la aprobación divina.

El día 30 de agosto de 1846, Jaime Springer White recibió a la señorita Elena Gould Harmon como su legítima esposa, en la ciudad de Portland, Maine. Ella pasó a firmar como Elena G. de White. Como toda muchacha de mi edad, sentí curiosidad en

cuanto a los detalles de la ceremonia de casamiento. Busqué en todas mis referencias, pero todo lo que encontré fue una foto del certificado de casamiento, firmada por el juez de paz Charles Harding. Todo indica que hubo apenas una ceremonia. Nada de vestido de novia pomposo, flores o iglesia decorada...

Los recién casados eran muy pobres y no tenían ni siquiera una casita donde pudieran vivir. Así que fueron a vivir con los padres de Elena en Gorham, Maine. En realidad, pasó algún tiempo hasta que ellos tuvieran un hogar fijo, pues pasaban la mayor parte del tiempo viajando y predicando dondequiera que fuesen invitados.

Llamé la atención de Gary a un detalle: Jaime y Elena de White comenzaron a guardar el sábado recién después de leer un folleto escrito por el capitán José Bates sobre esa cuestión. Se llamaba *The Seventh Day Sabbath, A Perpetual Sign* [El sábado del séptimo día, una señal perpetua], y tenía 46 páginas. Cerca de seis meses después, en abril de 1847, mientras estaban reunidos un sábado en la casa de unos amigos, Elena recibió una visión en la que vio la Ley de Dios dentro del Santuario celestial. Alrededor del cuarto Mandamiento había una luz que lo destacaba; eso confirmó la importancia de la observación del sábado ya desde el inicio del movimiento adventista. Ahora, ellos predicaban sobre el regreso de Jesús y también sobre el sábado.

Además de ser una madre cuidadosa, la señora Elena era una esposa amorosa, compañera y leal. Así escribí a Gary:

Perdí la cuenta de cuántas cartas y notitas encontré en mis referencias que fueron escritas por ella para sus hijos y para su esposo. Había una nota muy cariñosa que ella había escrito



apenas dos días después que él había partido de viaje. Decía que ella y los chicos estaban sintiendo la ausencia de él, especialmente en los momentos en que se reunían cerca del hogar a la noche y en la mesa para las comidas. ¡Qué bonito!, ¿no?

Ella cuenta que una vez recibió una postal de él con las breves palabras: "Battle Creek, 11 de abril. Hace dos días que no recibo una carta tuya. Jaime White". Eso demuestra que, incluso estando de viaje, no perdían el contacto uno con el otro.

Ellos se llevaban muy bien. Pero, como todos los matrimonios, también tuvieron algunos pequeños puntos de divergencia. Sin embargo, nunca permitieron que cualquier cuestión los apartara uno del otro, ni del deber que reposaba sobre ellos.

En una de las cartas, la señora Elena le pedía perdón por haber dicho o escrito algo que hubiese lastimado al esposo. No era raro que ella se disculpara. Cuando se equivocaba, siempre manifestaba su deseo de ser semejante a Jesús y reflejar su imagen.

También le recordé a Gary cómo la señora Elena, después de recibir una visión, había incentivado a su esposo para que comenzara la publicación de un pequeño periódico, que fue llamado *The present truth* [La verdad presente]. Comenzaría siendo pequeño, pero crecería y se transformaría en una corriente de luz que daría vuelta al mundo. Fue inevitable no pensar en nuestras grandes y modernas editoriales. La profecía se había cumplido. A veces imaginaba cuánto más lejos podría todavía llegar la literatura adventista.

Fue un comienzo difícil porque, además de la falta de experiencia en esa área, no había recursos financieros. Fue con mucho sacrificio que consiguieron el dinero para pagar la impresión

de la primera edición del periódico, que fue de mil ejemplares. Con la bendición de Dios, el material fue distribuido y así tuvo inicio la obra permanente de publicaciones, en julio de 1849. Quedé sorprendida al leer que, algunos días después, la señora Elena tuvo a su segundo hijo, Jaime Edson. Como si no fuesen suficientes todas las dificultades, ella además estaba embarazada. Sin embargo, nada impidió que el matrimonio White continuase con el sueño de distribuir el mensaje como si fueran hojas del otoño.

Dios nunca dejó que faltaran los recursos y, por la fe, avanzaron. Después de un tiempo, el señor Jaime alquiló una casa vieja en la ciudad de Rochester, donde pasó a funcionar la imprenta, que también era la residencia de quienes trabajaban allí y de la familia White. En aquel tiempo, el trabajo era casi todo artesanal. La costura, el corte y colocar las direcciones en los ejemplares eran todos trabajos realizados a mano. No tenían ni siquiera una guillotina, y el refilado de los márgenes era realizado por Urías Smith con una navaja afilada.

Cuando pienso en ese comienzo, tan humilde, y en las facilidades que tenemos para producir la riqueza de materiales hoy, en 1915, me emociono. ¡Qué privilegio tener tantos libros disponibles con el mensaje de la salvación! Eso fue posible gracias a hombres y a mujeres que creyeron en los planes de Dios y dedicaron la vida para que esos sueños se realizaran.

Terminé la carta escribiéndole lo siguiente:

Mi querido amigo, creo que Elena y Jaime White no tuvieron un matrimonio perfecto, porque ellos no eran perfectos. Eran seres humanos sujetos a fallas, como todos nosotros. Pero es bonito

darse cuenta de que se complementaban. Queda claro que Dios los unió y dirigió sus vidas para que ambos cumplieran su misión.

Estuvieron casados durante 35 años y, entonces, el señor Jaime falleció y la señora Elena perdió así a su gran compañero. Los largos años de excesivo trabajo mental y físico se habían cobrado la salud del señor Jaime, que se fue debilitado. El día 6 de agosto de 1881, después de una vida entera dedicada a la obra de Dios, el pastor Jaime White descansó, cuando tenía sesenta años. Fue sepultado en el cementerio Oak Hill, en la ciudad de Battle Creek. La señora Elena tuvo que continuar su obra en solitario. Sin embargo, Dios la amparó en cada momento. Muchas veces sintió la soledad, pero no desanimó. Sabía que habría una recompensa al final y que valía la pena luchar por ella. Jesús estaba a su lado y ella necesitaba continuar.

Mira lo que ella dijo en cuanto a su esposo: "Aunque esté muerto, siento que él es el mejor hombre que haya puesto los pies en zapatos de cuero". Por su parte, el señor Jaime solía referirse a la señora Elena como su "diadema de júbilo".

Espero que Roger y Mary tomen al matrimonio White como ejemplo. Ya falta poquísimo para el casamiento de ellos, ¿verdad?

Aprendí una lección importante: la elección del compañero de la vida es un asunto que debe ser llevado a Dios. Solo él puede orientarnos para que tengamos, como diría la señora Elena, no solamente lo que es bueno, ¡sino lo mejor!"

Capítulo 16

Purificados por el fuego



En menos de dos semanas recibí una carta de Gary. Él agradeció lo último que le había contado sobre la señora Elena y me dijo que tenía una sorpresa para mí, pero que recién me la daría cuando nos encontráramos en el casamiento de Roger, que estaba previsto para tres meses más adelante. La invitación oficial debería llegar en breve, pues la fecha de la ceremonia ya había sido elegida: 6 de febrero de 1916.

Entre otras cosas, Gary me contó que no sabía muy bien cómo andaban los preparativos porque, además de estar un poco lejos de la familia, en Berrien Springs, el casamiento sería en Riverside, el lugar donde vivía la familia de la novia.

“Qué suerte que va a ser en Riverside”, pensé. Estaba rogando que fuese en la ciudad de los padres de Mary, porque sería un poco más fácil convencer a mi padre para que vayamos; por lo menos, quedaba en California. Además, podríamos aprovechar para hacer una visita a la tía Glenda; ella vivía en Bakersfield, que quedaba en camino a Riverside, y de esta manera el viaje no se haría tan largo. Cuando encontrase un momento apropiado, les daría esa idea a mis padres. No quería perder ni un minuto más para continuar leyendo la carta de Gary.

Para que no te sientas tan ansiosa hasta ese momento, escribió él, estoy enviándote una investigación sobre el trabajo de la señora Elena en Battle Creek. Creo que estos datos te ayudarán a entender el escenario en el que ella y su esposo estuvieron inmersos, y cómo la obra que realizaron en mi ciudad natal fue de gran importancia. También vas a percibir lo trágicas que fueron las consecuencias para los líderes de la iglesia cuando no prestaron la atención necesaria a los consejos de la señora Elena en relación con los procedimientos de nuestras instituciones en Battle Creek. Pero eso lo vas a descubrir por ti misma cuando leas las cuatro largas páginas anexas. Espero haber alcanzado tus expectativas, mi querida amiga.

Luego de miré las hojas de fino papel y ver cuántas eran, tomé del armario una manta liviana. El invierno ya daba sus primeras señales y el día estaba bastante fresco. Me senté en el confortable sofá que estaba en el escritorio de mi padre, y cubrí mi falda y mis pies con el suave tejido. Entonces, comencé la lectura. Era notable cuán cuidadoso era Gary al escribir.

Querida Anna Beatrice:

Cumpliendo mi parte, te presento una reseña sobre el período en que el matrimonio White vivió en Battle Creek, así como el relato de los acontecimientos que tuvieron lugar en un pasado no tan distante, y que modificaron completamente la historia de mi simple y sencilla ciudad.

Voy a tomar como punto de partida la mudanza de la imprenta de la casa alquilada en la ciudad de Rochester, estado de Nueva York, a Battle Creek, en noviembre de 1855. A pesar de las dificultades para mantener la impresión del periódico *The Present Truth* [La verdad presente], el equipo coordinado por Jaime y Elena de White avanzaba por fe. La señora Elena quedó tan animada con la mudanza a Battle Creek que se refirió a ese período como el tiempo en que el Señor comenzó a cambiar la suerte de ellos. Para comenzar, agradecía por las instalaciones de la imprenta, que ahora funcionarían en una pequeña casa construida por los amigos que apoyaban el trabajo allí, en la ciudad. Quedaba en la esquina sudeste de las calles Washington y Principal, en el extremo oeste de la ciudad.

Además de propietario, el señor Jaime pasó a ser también el administrador de la humilde editorial. Una asociación fue formada para compartir con él ese pesado fardo. La mudanza les hizo bien a todos. Los trabajadores estaban felices y, por primera en algunos años, pudieron recibir un salario regularmente y alquilar sus propias habitaciones. La familia White, compuesta en la época por Jaime, Elena y tres hijos: Henry (de ocho años), Edson (de seis) y Willie (de apenas un año y seis meses), más las dos señoritas que ayudaban en la casa, Clarissa Bonfoey y Jennie

Fraser, pudieron –finalmente– tener un hogar. No necesitaban más compartir el espacio de la casa con la imprenta, ni con todo el equipo de trabajo. Al inicio, vivían en un chalet alquilado; pero después consiguieron comprar dos lotes en la calle Wood, donde construyeron la casa en la que vivieron por seis años.

Aquí es importante destacar un detalle sobre la señora Elena, que creo que te va a gustar saber. Está relacionado con la creatividad y la economía que siempre la caracterizaron. Ellos vivían en una casa nueva, pero el dinero era escaso y faltaban algunos muebles y accesorios. Por ejemplo, solamente había alfombras en la sala y en el piso inferior, y en el dormitorio del frente del piso superior. El suelo de la cocina tenía apenas dos capas de tinta marrón. Y el suelo de las otras piezas de la casa no tenía ni alfombras ni pintura. Ahí surge la sorpresa: cuando no estaba viajando o escribiendo, a la señora Elena le gustaba distraerse trenzando y cosiendo alfombras de tiras. Posiblemente ella aprendió ese arte con su madre, Eunice, pues dos de sus hermanas también hacían este tipo de alfombras.

Miré hacia el suelo del escritorio de mi padre, y contemplé una alfombra de tiras coloridas que la abuela había hecho y le había dado de regalo a mi madre el invierno pasado. Imaginé a la señora Elena sentada tranquilamente haciendo alfombras de tiras. Pero un dato que Gary me dio me hizo admirar aún más a la madre de la señora Elena. Había leído que a la señora Elena le gustaba cuidar del jardín en época de primavera y verano, y ese era también un pasatiempo que su mamá tenía. Creo que la madre de la señora Elena fue una bendición para su vida, y la influenció de varias maneras positivas.

No pude dejar de reírme cuando leí el párrafo siguiente de la carta. Gary mencionó que el señor Jaime no apreciaba mucho ese “don artístico” de su esposa, pues él se preocupaba por su salud y pensaba que, en vez de coser alfombras, ella debía descansar en sus raros momentos libres. Hasta llegó a componer un “himno”, que decía más o menos así: “Cuando Jesús regrese y nos lleve al cielo, allá no habrá alfombras de retazos, no habrá alfombra de retazos...” Pero fue justamente con la venta de aquellas alfombras que, algún tiempo después, pudieron ser pagados los gastos de un tratamiento de salud del pastor Jaime.

Gary describió con precisión cómo la obra creció en Battle Creek en ese período y las tres importantes instituciones (la Review and Herald, el Sanatorio y el Colegio de Battle Creek) fueron establecidas, en gran parte, gracias a las visiones de la señora Elena y al talento del pastor Jaime como organizador.

Seguí el emocionante relato de cómo, aun después de haberse mudado de Battle Creek, la señora Elena continuó preocupándose por quienes vivían allí, y aconsejándolos. La comunidad de adventistas creció mucho por causa de las instituciones y, finalmente, hubo una gran centralización del poder, lo que provocó la decadencia espiritual en la región. Varias veces, alrededor de mediados de la década de 1880, la señora Elena aconsejó que las instituciones salieran de Battle Creek. Solo los administradores del colegio la escucharon, razón por la cual ahora funciona en Berrien Springs. El Emmanuel Missionary College era exactamente el antiguo Colegio de Battle Creek. Pero el Sanatorio y la Review continuaron allí, contrariando los consejos dados por inspiración divina. Incluso mientras vivía en Australia, la señora de White siguió enviando cartas de advertencia a Battle Creek.

Cruzando la información que tenía sobre el desentendimiento que surgió por causa de las “nuevas ideas” del doctor Kellogg con los datos del período en que la señora Elena más alertó a los líderes de Battle Creek, me fue posible constatar que el Sanatorio se incendió exactamente en ese tiempo. Era obvio que Dios estaba profundamente triste por lo que estaba ocurriendo allí. Había personas muy capacitadas, pero que estaban más inclinadas a hacer lo que ellas consideraban correcto antes que seguir lo que la luz divina indicaba.

Gary me contó que a fines de 1901, cuando la señora Elena ya había regresado de Australia después de un período de nueve años en el exterior, ella preparó un testimonio de advertencia que fue presentado en una reunión de los administradores de la *Review*. A pesar de haberse transformado en una gran editorial, con los equipos más modernos de todo el Estado de Michigan, la *Review* tenía deudas. Por causa de esto, aceptaba imprimir trabajos comerciales cuyo contenido era perjudicial, más allá de que solo pasara por las manos de los empleados. La carta era prácticamente una sentencia. Ella decía: “Tengo casi recelo de abrir la *Review* [la revista oficial de la iglesia en la época] y leer la noticia de que Dios purificó la editora por el fuego”.

Fue muy triste leer que, un año después, el 30 de diciembre de 1902, la *Review and Herald* se incendió. La causa del incendio no pudo ser detectada. Irónicamente, aquel mismo día, como el seguro debía ser renovado, el inspector de incendios había examinado el cableado y todas las otras fuentes que podrían representar un riesgo, y no había encontrado problema alguno. El informe oficial decía que estaba todo en orden. El origen del incendio era obvio: el desagrado de Dios.

El temor de la señora Elena se transformó en realidad. Al día siguiente, recibió una llamada telefónica del gerente de la Pacific Press, editorial que queda en California, informándole lo que había ocurrido. La noticia no sorprendió a la señora de White. Pocos días antes, ella había tenido una visión en la que había visto una espada de fuego sobre Battle Creek. La espada se movía en una dirección y después en otra.

El sanatorio de Battle Creek se incendió en febrero, y la Review and Herald en diciembre del mismo año, en 1902.

Esta vez, los dirigentes decidieron seguir los consejos de la señora de White y descentralizaron las instituciones. La Review and Herald y la sede de la Asociación General se mudaron a Takoma Park, en Maryland; y allí fue construido, también, el Hospital Washington. El Sanatorio se reconstruyó en Battle Creek.

El informe de Gary terminaba con las siguientes palabras:

¿Por qué era tan seguro seguir los consejos de aquella señora ya anciana? Porque ella estaba tan conectada con Dios que él transmitía sus mensajes por medio de ella. Elena G. de White era la mensajera del Señor.

Anna, creo que nunca fue tan apropiado para nuestro tiempo el versículo bíblico de 2 Crónicas 20:20; aquel que dice: "¡Confíen en el Señor, y serán liberados! ¡Confíen en sus profetas y tendrán éxito!"

No tuve dudas de que Gary sería un excelente ministro. Y, por qué no decirlo, ¡un escritor con un futuro promisorio!



Vaso de barro

Necesité controlarme mucho para no insistir a Gary que me revelara la sorpresa antes de tiempo. Decir a una muchacha curiosa como yo que necesitaría esperar era, de cierta manera, un tipo de tortura. A veces, me sorprendía a mí misma imaginando qué podría ser. En otras correspondencias que intercambiamos, intenté arrancarle alguna pista, pero Gary siempre cambiaba de asunto y solamente me decía que no tenía que preocuparme tanto con eso, y que debía tener un poco de paciencia. Solamente me decía una cosa: ¡A ti te va a gustar mucho! Para mí, eso era como echar más leña a la hoguera.

Lentamente, los días fueron pasando y el final de 1915 llegó. Había sido un año especial. En el auge de mis quince años, lo consideré el mejor de mi vida. Nunca había pensado que un acontecimiento triste, como el fallecimiento de la señora Elena, podría llevarme al descubrimiento de cosas profundas y tan llenas de significado. Leer sobre la vida de aquella mujer inspirada me dio una nueva visión de lo que significa servir a Dios. También, fue maravilloso poder compartirlo con Gary. Él demostró ser un amigo de verdad, y el "viaje" al pasado se transformó en una aventura mucho más divertida y feliz porque él no solamente me acompañó, sino además se involucró en mis sueños y colaboró para que yo no perdiera algún momento importante de la trayectoria de la señora Elena.

Como Gary había dicho antes, el día 20 de diciembre de 1915 llegó la invitación oficial para el casamiento de Roger, junto con una muy bonita tarjeta de Navidad de la familia MacPierson.

Mis padres se animaron con la idea de hacer ese viaje a Riverside, e hicieron planes para salir antes y pasar por lo menos dos días en casa de la tía Glenda, en Bakersfield. Fue la oportunidad de conocer a mi primito recién nacido. La tía Glenda era la hermana más joven de mi madre, y tenía un bebé de apenas cuatro meses. Ella le había puesto el nombre de Daniel, como mi hermano fallecido, pues sabía lo que eso significaba para mi madre. Me di cuenta de que mi madre se emocionó con el homenaje. Escuché cuando las dos hermanas conversaron sobre la esperanza de la pronta venida de Jesús. Mi madre dijo que aguardaba con ansiedad el momento de recibir, de los brazos de un ángel, a su bebecito, que crecería y se transformaría en un feliz miembro del Reino de Dios.

La estadía en la casa de la tía Glenda fue esencial para recargar las energías y recuperarnos del cansancio de haber pasado tantas horas sentados en un tren. Todavía quedaba un largo recorrido que hacer hasta Riverside. Pero todo ocurrió de la mejor manera. Fuimos recibidos por la familia del señor Hazel, un amigo de mi padre desde hacía mucho tiempo. Gracias a su cortesía, pudimos recomponernos y prepararnos para participar del casamiento. A propósito, ¡mi madre estaba muy elegante con su vestido rojo! Mi padre la llenó de elogios.

Llegamos media hora antes del horario de la ceremonia. ¡La decoración era increíble! Los pasillos habían sido adornados con delicadas flores del campo. Cada detalle revelaba el buen gusto, y también la condición financiera, de los padres de Mary. Pero, mis ojos estaban atentos para observar otra escena. Vi cuando Roger llegó con sus padres y con la pequeña Victoria, y comenzó a saludar a los invitados. Quedé intrigada... ¿dónde estaba Gary? Sentí una punzada de tristeza en el corazón. ¿Habría conseguido llegar a tiempo? Discretamente, comencé a buscarlo alrededor. Mientras daba la vuelta hacia el pasillo central, sentí una mano que suavemente me tocaba el hombro. ¡Era él! Creo que no pude esconder mi alegría, pues sentí que mis ojos brillaron.

—¿Cómo está mi dulce y curiosa amiga? —Gary extendió la mano para saludarme.

La ansiedad por verlo había enfriado mis manos. A su vez, su mano estaba tan calentita que sentí que el calor de la suya pasaba a la mía.

—Mejor ahora —respondí, con una sonrisa franca—. Estaba preocupada, pensando que tendría que esperar algunos meses más para saber cuál es la sorpresa de mi amigo “casi” pastor.

Gary sonrió y se sentó a mi lado. ¡Me parecía tan adulto! Vestía un traje con un corte impecable. Sobre el cuello blanco de la camisa aparecía una discreta corbata, que ayudaba a componer su imagen. Estábamos sentados cerquita, y me pregunté si imaginaba lo que yo estaba pensando. Él apenas me miraba y se sonría. Tenía en sus manos un sobre grande, hecho con un material más resistente que el papel común. Tuve la impresión de que aquel sobre contenía algo relativo a la sorpresa que había preparado para mí.

La ceremonia comenzó en el horario previsto, y mi atención rápidamente fue atraída por la novia. Había algo diferente en ella... Había imaginado que Mary iba a exagerar en los adornos de su vestido. ¡Pero, no! Ella había elegido un modelo simple y discreto, confeccionado con una prenda delicada, que le daba un toque especial. Mi madre comentó en voz baja que el clima en Loma Linda parecía que le había hecho muy bien a Mary. Estuve totalmente de acuerdo.

Después de la predicación del pastor, del intercambio de votos de los novios y de la bendición final, los invitados fuimos conducidos a un amplio salón en el que fue servido el almuerzo. Gary pidió permiso a sus padres y vino a sentarse en nuestra mesa.

—¿Qué tal si terminamos con el misterio? ¿Quieres? —me preguntó al entregarme el sobre—. Puedes abrirlo ahora; si tú quieres, claro.

Tomé el sobre en mis manos y comencé a abrirlo muy lentamente. Saqué el contenido. Eran varias páginas manuscritas, prendidas en el costado con una cinta roja. En la primera hoja había un título destacado, con letras casi dibujadas: "Vaso de

barro". Enseguida, debajo, con letras menores, se leía: "Apariencia frágil. Contenido valioso".

Abrí los ojos y moví la cabeza. ¿Sería lo que estaba pensando?

—¿Escribiste un libro sobre la señora Elena G. de White y le diste ese título? —le pregunté, todavía sin creer lo que estaba viendo.

—¡Sí! —me respondió, dejando que su sonrisa revelara sus dientes blancos y perfectamente alineados.

Entonces, Gary me contó que un par de semanas atrás estaba asistiendo a una clase, y el profesor comenzó a hablar del apóstol Pablo y de cómo Dios lo había usado para realizar un importante trabajo entre los judíos; pero, especialmente, entre los gentiles, como eran llamados los que no seguían las tradiciones judías. Había leído el texto de 2 Corintios 4:7,¹ que utilizaba exactamente la expresión "vaso de barro". El profesor hizo la aplicación a la vida útil del apóstol Pablo y a la conciencia que él tenía de su dependencia de Dios al llevar el mensaje de salvación a las personas.

—En ese mismo instante me acordé de que habías utilizado esa misma expresión con referencia a la señora de White en una de tus cartas —explicó Gary—. Creí que sería un lindo título para un libro que hablara sobre ella. Con todas las cartas que me enviaste y algunas informaciones más que reuní en mi investigación en la biblioteca del colegio, fue posible producir este libro "artesanal".

—¡Vaya! —estaba encantada—. ¡Conseguiste sorprenderme de verdad!

¹ "Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la extraordinaria grandeza del poder sea de Dios, y no de nosotros".

—No tengo la pretensión de publicarlo —dijo Gary con modestia—. Quería, solamente, que tuvieras un registro de tus cartas y de mis investigaciones.

—Por lo que estoy viendo aquí —miré las páginas con cariño—, parece que formamos un excelente equipo!

Dije eso porque, en la parte inferior de la primera página, Gary había colocado nuestros nombres como autores, como si lo hubiésemos escrito en sociedad.

Habría preferido que aquellos momentos que pasé con Gary jamás terminaran. Me sentía tan bien cuando estaba con él... Sin embargo, todo tiene un momento para finalizar, incluso lo que es bueno. A la tarde, ya estábamos listos para comenzar nuestro viaje de regreso. La familia de Gary todavía pasaría unos días en la casa de los padres de Mary. Le prometí a Gary que continuaría escribiéndole, y que siempre que descubriera algo nuevo que no estuviese en “nuestro” libro, haría el debido registro; así, tendríamos material para una “edición ampliada”. Él creyó que era una buena idea, imaginando que estaba apenas jugando con la idea. Aproveché el viaje para comenzar la lectura del libro inédito y exclusivo. Contemplé nuevamente la primera página, en la que estaban escritos nuestros nombres. Me pareció que combinaban bien: Anna Beatrice Ferguson y Gary MacPierson.

Cada página que leía confirmaba la admiración que sentía por Gary. Su talento literario me impresionaba. El texto estaba bien escrito, y había sido redactado de manera apropiada y correcta. No se veían errores gramaticales ni ortográficos. Él había conseguido sintetizar las ideas, y su estilo de escribir hacía que la lectura fuese muy agradable.

En el texto de presentación, usó las palabras de la propia señora Elena para describir el proceso que exige la producción de un vaso de barro: “El alfarero toma el barro en sus manos y le da forma conforme a su voluntad. Lo soba y lo trabaja. Lo despedaza y lo vuelve a juntar. Lo moja y lo seca. Lo deja estar por unos momentos, sin tocarlo. Cuando se pone del todo flexible, sigue adelante con la obra de formar una vasija. Le da forma, y sobre la rueda lo afina y le da lustre. Lo seca al sol y lo cuece en el horno. Así se convierte en una vasija útil. De la misma manera, el Alfarero Maestro desea amoldarnos y formarnos. Hemos de ser en sus manos lo que es el barro en las manos del alfarero. No intentemos hacer la obra del alfarero. La parte que nos toca es la de entregarnos en las manos del Alfarero Maestro, para ser amoldados” (*El ministerio de curación*, 2007, p. 228).

Y agregó el siguiente texto de un manuscrito de la señora Elena: “El alfarero no puede modelar y moldear para honra lo que nunca ha sido colocado en sus manos” (*Manuscrito 55*, 1900).

Gary escribió: “Uno de los mejores ejemplos de la utilidad de un ser humano puede ser visto en la vida de la querida señora Elena G. de White. Como un vaso de barro, frágil en su apariencia, ella demostró que, cuando dependemos del poder de Dios y no de nuestras propias fuerzas, podemos cargar un tesoro valioso, que desborda de nuestro interior y enriquecerá a la humanidad”.

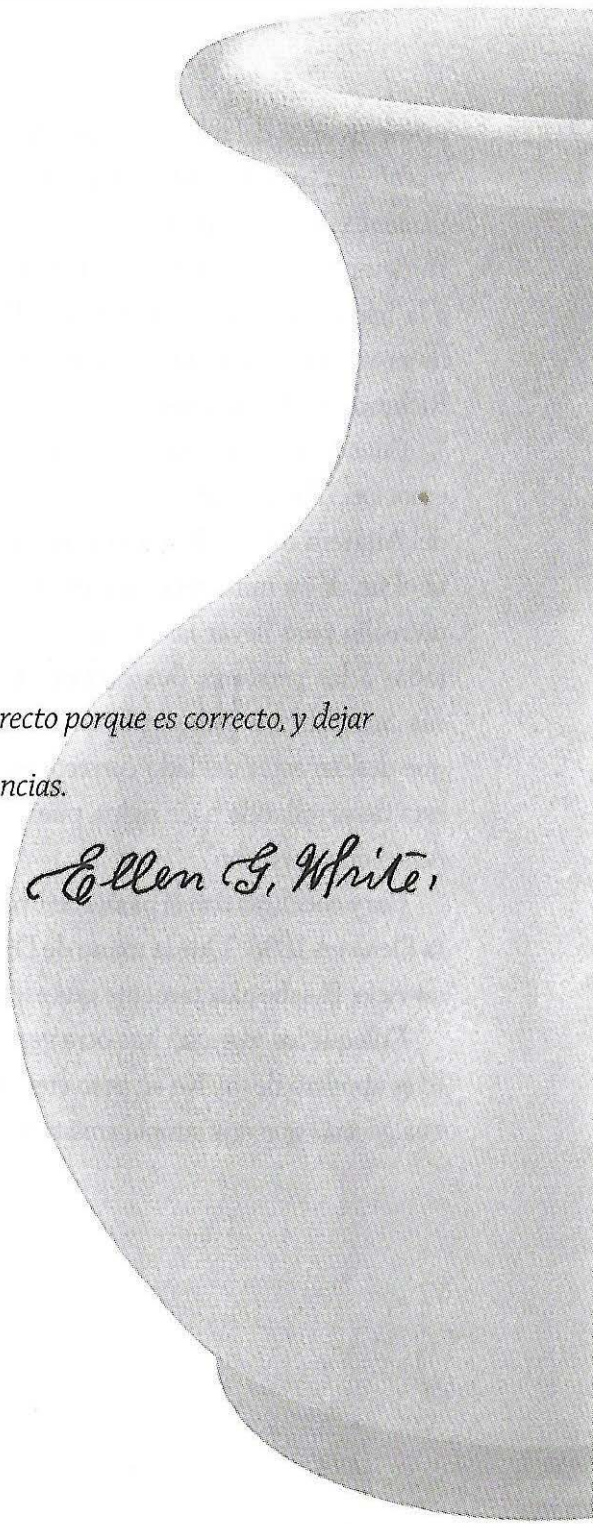
A continuación, hizo una bonita descripción del llamado de la señora Elena cuando todavía era una muchachita. Habló del gran chasco que los milleritas sufrieron cuando esperaban la venida de Jesús para el 22 de octubre de 1844; abordó los

primeros años del ministerio de ella como mensajera del Señor y profetisa para los últimos días; transmitió un poco de los sentimientos que marcaron la vida de la mujer que hizo historia en su tiempo; los testimonios y los consejos que dieron dirección a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, hasta concluir con su muerte; y los detalles de los funerales realizados en Elmshaven, Richmond y Battle Creek.

Cuando leí la última página del manuscrito me embargó la emoción. “Elena G. de White fue un vaso de barro en las manos del Alfarero divino. Ella dependió de Dios desde el inicio hasta el fin de su ministerio, por eso se transformó en un valioso utensilio para llevar las verdades que necesitaban ser presentadas a las personas. Sus consejos sirven para todas las épocas. Sus palabras siempre serán actuales y útiles para aquellos que desean estar del lado correcto en el Gran Conflicto que se está desarrollando hace siglos, pues le fueron transmitidas por Aquel que es eterno”.

Gary concluyó con el pasaje de una carta escrita por la señora Elena en 1898: “Que la mano de Dios trabaje el barro para su servicio. Él sabe exactamente qué especie de vaso quiere”.

Coloqué los manuscritos otra vez en el sobre. Un sentimiento se apoderó de mí. No sé, pero creo que lo que siento por Gary es algo más que una simple amistad...



*Debemos elegir lo correcto porque es correcto, y dejar
con Dios las consecuencias.*

Ellen G. White,

Capítulo 18

Misión cumplida



Quiero contarte lo que sucedió durante los años siguientes, después de que Gary escribió “nuestro” libro.

Continuamos escribiéndonos cartas y nuestra amistad. Cuando cumplí 17 años, Gary nos dio una sorpresa (él es especialista en eso): viajó hasta Oakland a fin de pedirle permiso a mi padre para que formáramos un compromiso. Mi padre estuvo de acuerdo, pues siempre había considerado a Gary un buen muchacho. Aunque nunca habíamos dejado de conversar sobre la querida señora Elena, ahora nuestras cartas comenzaron también a incluir los detalles de la ceremonia de nuestro casamiento,

que sería el día 20 de julio de 1919. Mientras tanto, terminé mis estudios secundarios y preparé mi ajuar, y Gary se transformó en un pastor.

En una linda tarde de verano, decenas de amigos y familiares nos honraron con su presencia en nuestro casamiento, que fue realizado al aire libre, en Oakland.

Gary había sido invitado a trabajar como editor en la Pacific Press, y yo haría la revisión de las pruebas. Por eso, enseguida después de casarnos, nos mudamos a Mountain View.

De ser una pareja, pasamos a ser una familia con el nacimiento de nuestros tres hijos. Actualmente, Guillermo tiene doce años, Jaime tiene ocho y la pequeña Elena, cuatro. Sin dudas, te imaginarás por qué pusimos esos nombres a nuestros niños.

Continuamos firmes en nuestro propósito de realizar nuestra parte para compartir el mensaje de salvación. Los libros han cumplido su papel como los torrentes de luz que están iluminando al mundo, como le fue mostrado a la señora de White en su primera visión respecto de la obra de las publicaciones. Gary y yo nos sentimos felices por estar inmersos en esta misión.

“Nuestro libro”, como llamamos al manuscrito que Gary preparó cuando éramos más jóvenes, fue publicado algunos años después de nuestro casamiento. Como yo había realizado un diario con anotaciones curiosas en relación con la vida de la señora Elena, ampliamos el original para la publicación y el resultado quedó muy interesante.

A propósito, realicé mi sueño de conocer los lugares históricos en los que se desarrolló la obra adventista, incluyendo Battle Creek, en Michigan, y Elmshaven, el hogar de la señora

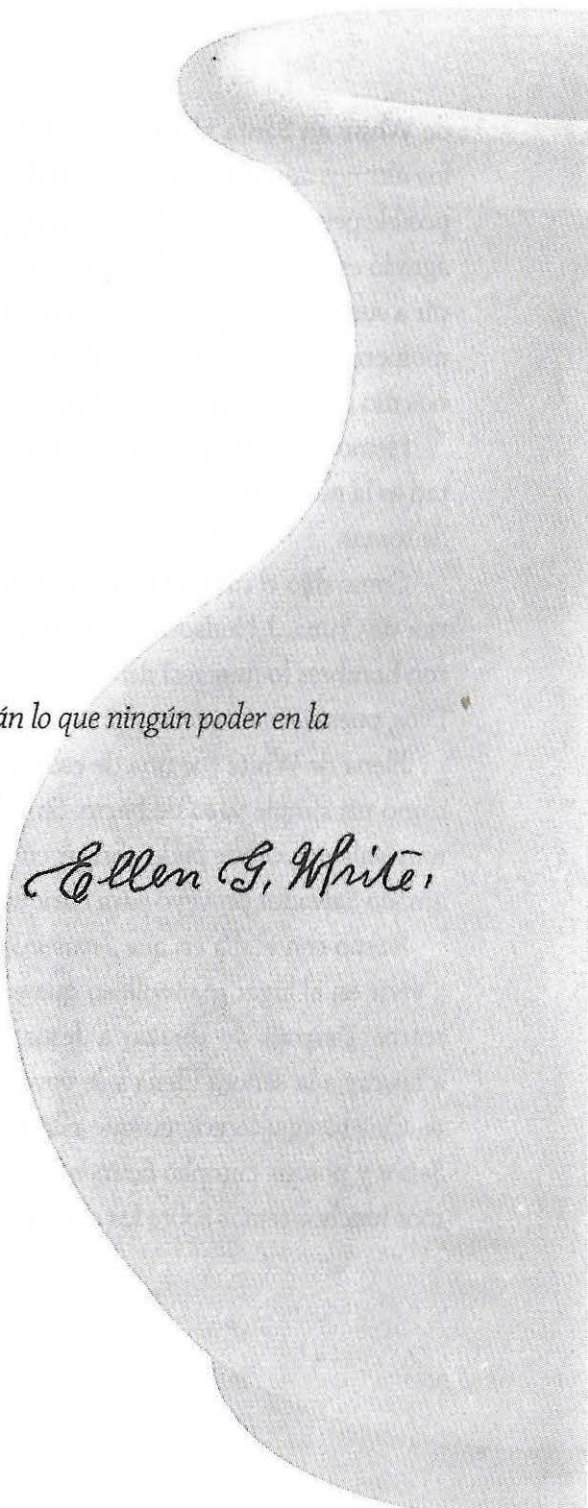
de White en Santa Helena, California. La casa en la que pasó los últimos años de su vida está perfectamente conservada, y es posible percibir el cuidado y el buen gusto en la decoración. Me agradó especialmente el hogar, alrededor del que le gustaba reunirse a sus nietos y cocinar palomitas de maíz, mientras pasaban momentos agradables juntos. Ese viaje fue un regalo que Dios nos dio a mi familia y a mí, por el cual estoy muy agradecida.

Hemos aprendido que depender de Dios y hacer su voluntad es la mejor elección que un niño, un joven o un adulto puede tomar.

Como dijo el misionero inglés que llevó el evangelio al interior de China, J. Hudson Taylor: "Todos los gigantes en la fe fueron hombres [o mujeres] débiles que hicieron grandes cosas por Dios, pues contaron con su presencia".

Elena de White fue una de esos gigantes. En apariencia, era como un simple vaso de barro. Sin embargo, ese vaso se hizo muy valioso porque pudo abrigar en su interior el tesoro que el amado Salvador proveyó para enriquecer a la humanidad.

Sueño con el día en que Jesús vuelva a la Tierra y nos lleve a vivir en el lugar maravilloso que ya está preparado para nosotros. Después de abrazar a Jesús, mi querido Salvador, voy a buscar a la señora Elena y le voy a dar un abrazo muy fuerte. Quiero agradecerle porque ella aceptó ser la mensajera del Señor y porque cumplió fielmente su misión. ¡Creo que tendremos muchos temas sobre los que podremos conversar!



*La oración y la fe harán lo que ningún poder en la
Tierra puede realizar.*

Ellen G. White,

Apéndice 1

Conociendo el vaso por dentro y por fuera



El libro *Mensajera del Señor*, escrito por Herbert E. Douglass, y publicado en el mundo hispano por las editoriales ACES-PPPA-IADPA, es una de las mejores obras de referencia para los que desean de verdad saber quién fue Elena G. de White. Además de ser Doctor en Teología, el autor fue profesor de Espíritu de Profecía en seminarios, director de colegio, editor asociado de la *Revista Adventista* [versión en inglés] y editor de libros de la Pacific Press. El libro mencionado surgió como resultado de un amplio proyecto de investigación sobre una profetisa de los últimos días, y es riquísimo en su contenido.

A continuación, les presento un breve resumen de algunos tópicos abordados en el libro y que están relacionados con la historia de Anna Beatrice. Entre paréntesis se indica el número de la página en la que se encuentra la información o el texto. A veces, cuando queramos agregar datos, serán mencionadas otras fuentes; pero, siempre que no se especifiquen estas otras fuentes, me refiero a *Mensajera del Señor*.

Recomiendo que leas la obra completa del Pr. Douglass. Sin duda alguna, nuevos horizontes se te abrirán y tú entenderás por qué Elena de White fue verdaderamente un vaso elegido por Dios.

[Lo que aparecerá a continuación y hasta el final del libro, sobre todo el Apéndice 3, fue adaptado para la versión castellana de este libro, *Vaso de barro*.]

Características personales

Estatura: Elena de White tenía 1,57 metro de altura (págs. 62, 102).

En los últimos años de vida, la señora Elena fue descrita como “pequeña y frágil”, “estructuralmente baja... de compleción un tanto robusta, pero no obesa” (pág. 126).

“Sus vecinos de Napa Valley se acordaban de ella como ‘la pequeña señora de cabello blanco, que siempre hablaba muy amorosamente de Jesús’” (*Heartwarming Stories of Adventist Pioneers* [Relatos inspiradores de pioneros adventistas], t. 2, pág. 56).

Semblante: Recordada como teniendo “facciones redondeadas y llenas”, “dejaba escapar de vez en cuando una sonrisa

dulcísima”; algunos “reparaban en su nariz, pero rápidamente lo olvidaban, creyendo que ella era realmente bella, digna”, y todos concordaban en que “el rostro parecía iluminársele” (pág. 126).

Ojos: Ella tenía “bellos ojos castaños [o marrones, pardos] y una mirada distante”, “una mirada leal”, “penetrante”, “sus ojos eran grandes y se volvían más grandes cuando se ponía seria o estaba emocionada, y disminuían cuando ella sonreía” (pág. 126).

Cabello: Había unanimidad sobre el cabello de Elena de White. “Usaba una red sobre el cabello bien arreglado”, “con un estilo simple de peinado”, “cabello oscuro y siempre partido, y peinado hacia atrás con sencillez, terminado en una trenza anudada en la parte posterior del cuello” (pág. 126).

Vestimenta: Algunas personas se refirieron al tejido de su ropa describiéndolo como “seda negra o terciopelo”, “una ropa de dos piezas”, y que “el vestido no parecía adornarla, [sino que] ella parecía adornar el vestido”. Para acentuar el negro, la señora Elena usaba muchas veces puños y cuellos de color blanco. Otros accesorios mencionados son una “cadena de oro para el reloj”, junto con un “reloj de plata en algún bolsillo, y un prendedor sencillo” (pág. 126).

Actitud al predicar: Los centenares de entrevistados recuerdan a la señora Elena de la misma forma: Usaba pocos gestos, no balanceaba ni los brazos ni las manos, y tenía un “porte natural y gentil, y maneras afables”. En la mayoría de los casos, ella predicaba sin ayuda de anotaciones, aunque en algunas

ocasiones leía algún manuscrito. Con la Biblia abierta, hablaba con tal poder y lógica que cautivaba a sus auditorios (pág. 126).

Timbre de voz: Era agradable y persuasivo. Según el médico S. P. S. Edwards, ella tenía una voz que servía “tanto para conversar” como “para hablar en público”. En la conversación, ella era una *mezzosoprano*, con un “tono dulce, no monótono, sino especialmente evidente por causa de su dulce sonrisa y el toque personal que ella ponía en lo que decía”. Cuando predicaba, la señora Elena impostaba la voz, usando el diafragma, y su voz se transformaba en “un contralto profundo con un maravilloso poder de repercusión... Podíamos escucharla siempre” (págs. 125, 126).

Ella llegó a predicar para un público de veinte mil personas sin cualquier tipo de equipamiento para amplificar su voz, y todos pudieron escucharla (pág. 124).

Preocupación constante por los otros: “Sus vecinos y compañeros de viaje eran bendecidos por sus útiles iniciativas. En realidad, la constante y servicial preocupación que ella sentía por el bienestar espiritual de los otros se transformó en una característica definida en su vida” (págs. 70, 71).

Ávida lectora: Apreciaba las revistas religiosas. Después de que Urías Smith, veterano redactor de la *Review and Herald*, terminaba de leer los periódicos que llegaban a su escritorio, él se los pasaba a la señora Elena para mantenerla informada al respecto de la marcha de los acontecimientos religiosos y políticos (pág. 73).

Cuando los hijos de los White eran jóvenes, su madre les leía muchas revistas religiosas; buscaba historias con enseñanzas morales que pudieran ser apropiadas para el sábado. Recortaba los artículos provechosos y los pegaba en cuadernos de recortes (pág. 111).

Sensible: Era “una mujer extraordinariamente sensible, abierta a todas las emociones humanas. La capacidad que ella poseía de verbalizar sus diversas experiencias indica una aptitud poco común para la empatía, ya sea por una experiencia triste o por una alegre” (pág. 73).

Experimentada en el desánimo, la pobreza y la soledad: “Sus palabras de consejo, muchas veces de reprobación, eran frecuentemente combatidas con chismes y calumnias. Eso la afectaba físicamente” (pág. 74).

En el inicio de la vida de casados, la pobreza era tanta que para comprar una pieza de tejido con el fin de hacer una simple ropa para el primer hijo, “ella estuvo obligada a cortar el suplemento de leche por tres días” (págs. 74, 75).

Ella sabía de lo que estaba hablando cuando aconsejaba a las personas a “andar por fe contra todas las apariencias”. Aunque enfrentó dificultades, la señora Elena se mantuvo firme. Era considerada por su familia la alegría de la casa, y sus vecinos y compañeros de trabajo también la apreciaban mucho y la consideraban una fuente de aliento (pág. 76).

Económica y generosa: “Elena de White era económica porque deseaba contribuir tanto como le fuera posible con las

personas muy carentes de dinero y con las crecientes necesidades de la recientemente formada Iglesia Adventista del Séptimo Día” (pág. 81).

“Algunas mujeres, percibiendo que ella manifestaba buen gusto y economía cuando compraba, frecuentemente querían la ayuda de ella para realizar sus propias compras” (pág. 103).

Paciente: No se quejaba ni criticaba a quienes no seguían sus consejos (pág. 83).

Cuidadosa en relación con el ejemplo personal que daba:

“Mientras Elena estuvo en Europa (1885), alguien le regaló un reloj de oro. Eso, sin embargo, se transformó en tema de conversaciones, de tal manera que, para no ser mal comprendida o que ello se transformara en una piedra de tropiezo, ella lo vendió” (pág. 87).

Valiente y perseverante: La señora Elena se preocupaba especialmente por la salud de su esposo, e hizo todo lo que estaba a su alcance para que él se recuperara del agotamiento nervioso del cual, a veces, era víctima. Ella fue enfermera, confidente, terapeuta natural y nutricionista de su esposo.

No cualquier persona podría enfrentar falsas acusaciones y constantes calumnias y, a pesar de todo, mantener la valentía y la disposición para proseguir sin desviarse del foco (pág. 87).

Tacto y bondad: La señora Elena siempre revelaba estas nobles cualidades al dar consejos y en su trato con diferente tipo de personas (págs. 89-92).

Portavoz de Dios: “Con su magnífico don de predicar y su aptitud para dirigir auditorios, induciéndolos ora a un razonamiento sólido ora a la más profunda emoción, ella parecía bastante segura de sí misma como mensajera del Señor y, sin embargo, no llamaba la atención sobre ella ni enaltecía su propia autoridad. La única cosa que hacía era colocarse como portavoz de Dios, pensando solo en su Palabra e intentando exaltar solamente a Jesús, con el fin de que pudiésemos contemplarlo únicamente a él” (pág. 125).

Buen humor: Ella era una persona con buen humor. Veamos solo dos situaciones, entre varias otras posibles, que comprueban esa característica: “La Sra. de White sabía cómo lidiar con situaciones públicas potencialmente embarazosas. Su hijo Guillermo muchas veces acompañaba a su madre en los trayectos de predicación. Durante un sermón de sábado, en Santa Helena, California, Guillermo se sentó en la plataforma mientras la madre hablaba. Percibiendo la onda de risas reprimidas en la congregación, la Sra. de White se dio vuelta y encontró al hijo durmiendo. Ella pidió disculpas con un toque de humor: ‘Cuando Guillermo era un bebé, yo acostumbraba traerlo a la plataforma y dejarlo durmiendo en una cesta debajo del púlpito, y él nunca perdió el hábito’” (pág. 95; ver, además, Glen Baker, “The Humor of Ellen White” [El humor de Elena de White], *Adventist Review* [Revista Adventista], 30 de abril de 1987).

“En sus últimos años en Elmshaven, Elena recibía tratamientos de fricción con guantes fríos. Eso significaba quedar dentro de una bañera mientras alguien le aplicaba agua fría y después la friccionaba con guantes para aumentar la circulación

sanguínea. Dos veces por semana ella recibía una fricción con sal (fomento salino). Cierta día, sintiendo una diferencia en el líquido, mojó el dedo y lo llevó a sus labios. ¡La enfermera había usado azúcar por equivocación! Con buen humor, la Sra. Elena hizo la siguiente observación: 'Estabas intentando endulzarme, ¿no?' " (pág. 95).

Hijos

Henry [Enrique] Nichols (1847-1863) murió de neumonía a los 16 años.

James [Jaime, Jacobo, Santiago] Edson (1849-1928) aprendió con el padre el oficio de impresor cuando tenía 14 años. Se transformó en un popular escritor y compositor adventista. El trabajo perseverante que realizó en favor de los negros en los Estados del Sur fue inigualable. Su taller gráfico dio origen a la antigua Southern Publishing Association.

William [Guillermo] Clarence (1854-1937) tenía una notable capacidad administrativa. Fue elegido para diferentes y pesadas responsabilidades en el liderazgo de la iglesia. Después de la muerte de su padre, él se transformó en el compañero de viajes y consejero de confianza de su madre. Después la muerte de la señora Elena, en 1915, fue nombrado secretario del Patrimonio White y supervisó sus actividades por más de dos décadas.

John [Juan] Herbert nació en 1860 y murió tres meses después, de erisipela (pág. 48).

Hobbies

Cultivar jardines y árboles frutales, coser y trenzar alfombras de tiras, entre otras actividades domésticas (págs. 102, 103).

Rutina

Guillermo C. White recordó un típico programa de actividades en la época en que los White se encontraban en su casa en Battle Creek: "Con muy pocas variantes, el programa de la familia White era algo parecido a esto: A las seis de la mañana todos se levantaban. Muchas veces mamá ya estaba escribiendo durante dos o tres horas, y la cocinera estaba ocupada en la cocina desde las cinco. Alrededor de las seis y media, el desayuno estaba listo. Mamá acostumbraba mencionar, mientras estábamos en la mesa desayunando, que había escrito seis, ocho o más páginas y, algunas veces, nos leía –a la familia– algunas porciones interesantes de lo que había escrito.

"Papá, algunas veces, nos hablaba sobre el trabajo en el que estaba empeñado, o nos relataba incidentes interesantes relacionados con el progreso de la causa en el Este y el Oeste. A las siete todos nos reuníamos en la sala de visitas para el culto matutino...

"Después de que papá salía de casa, a mamá le gustaba pasar una media hora en su jardín de flores, durante esas partes del año en que las flores pueden ser cultivadas. A nosotros, sus hijos, se nos estimulaba a trabajar con ella. Después, ella acostumbraba dedicar tres o cuatro horas a escribir. Sus tardes estaban generalmente ocupadas con varias actividades: coser, remendar,

tejer, zurcir y trabajar en su jardín de flores, con ocasionales viajes a la ciudad para realizar compras o visitar a enfermos” (págs. 108, 109; ver Guillermo C. White, “Sketches and Memories of James and Ellen White” [Anécdotas y recuerdos de Jaime y Elena de White], *Review and Herald*, 13 de febrero de 1936).

Fuerza en el Señor

Después de un viaje de tres meses por los Estados del Este en 1891, y poco antes de partir con destino a Australia, ella escribió: “Hablé 55 veces y escribí 399 páginas... El Señor es quien me ha fortalecido, bendecido y sostenido por su Espíritu” (pág. 109).

Principal énfasis en la vida

Obtener y pintar un cuadro preciso del carácter de Dios (pág. 68).

Temas generales

Sus mensajes públicos, de acuerdo con los oyentes, se centraban en el gozo, en animar a los desalentados y en la presentación de los encantos de un amante Señor. La conclusión de un sermón típico sería: “Esta vida es un conflicto, y tenemos un adversario que nunca duerme, y que está en constante vigilancia para destruir nuestra mente y, seduciéndonos, apartarnos de nuestro precioso Salvador, que por nosotros dio la vida. ¿Tomaremos la cruz que nos fue dada o continuaremos en la satisfacción egoísta y perderemos la eternidad de la bienaventuranza?”

La predicación de Elena de White se basaba, con frecuencia, en Isaías, en el Antiguo Testamento, y en el evangelio de Juan, en el Nuevo Testamento. Los capítulos del Nuevo Testamento más usados por ella fueron Juan 15 (“Yo soy la vid...”), 2 Pedro 1 (la escalera del crecimiento cristiano) y 1 Juan 3 (“Qué gran amor...”) (pág. 127).

Lema constante

“¡Adelante!” (pág. 82).

Lista de deseos

Ser semejante a Jesús, practicar sus virtudes, encontrarse entre aquellos que tendrán su nombre escrito en el libro y serán rescatados, recibir la recompensa del vencedor y el tesoro en el cielo, estar con Jesús por los interminables siglos de la eternidad, conocer cada vez más la Palabra de Dios y sus obras, tener un hogar junto a los redimidos, y que otros también lo tengan (pág. 72).

Testimonio de alguien que conoció a la señora Elena

“Mis recuerdos de la Hna. White son que jamás en mi vida conocí a una mujer que pareciera tan completamente consagrada al Señor Jesús. Él parecía ser para ella un amigo personal que ella conocía, amaba y en quien confiaba. Ella encontraba una gran alegría en hablar sobre Jesús; y todas las personas más jóvenes estaban de acuerdo en que hubo por lo menos una joven

que vivió muy próxima al Señor y que, de manera sincera y práctica, intentó, de todo corazón, seguir a Jesús” (pág. 71).

Revisión de los textos

Durante su ministerio, la señora Elena contó con la ayuda de asistentes de edición. A veces, buscaba la ayuda de quienes no eran sus auxiliares inmediatos. Ella explicó ese procedimiento a W. H. Littlejohn en 1894: “Examino detenidamente mis publicaciones. Deseo que nada sea impreso sin un minucioso examen. Obviamente, yo no dejaría que personas sin experiencia cristiana y aptitud para apreciar el mérito literario fuesen colocadas como jueces de aquello que es necesario que sea colocado delante del pueblo como forraje limpio, totalmente cribado. Sometí todos mis originales de *Patriarcas y profetas* y del tomo 4 [de *The Spirit of Prophecy* (Espíritu de Profecía)] a la apreciación y crítica de la comisión editorial. Puse también esos originales en las manos de algunos de nuestros pastores para que los examinaran. Cuanto más los criticaran, tanto mejor sería para la obra”.

Cuando ella escribía sobre asuntos médicos, sus ayudantes de oficina le pedían a especialistas en medicina que revisaran los originales atentamente. “Deseo que en todo cuanto lean, ustedes reparen en los lugares en los que el pensamiento es expresado de manera que reciba la crítica específica de médicos, y que bondadosamente nos den el beneficio de su conocimiento en relación con la forma de expresar el mismo pensamiento de la manera más precisa”.

Independientemente de la persona de quien recibía ayuda para la redacción, la señora Elena siempre realizaba una lectura

del texto en su forma final: "Encuentro de mañana, bajo mi puerta, varios artículos copiados por las hermanas Peck, Maggie Hare y Minnie Hawkins. Me corresponde hacer una lectura crítica de todo... Todo artículo que escribo para que sea preparado por mis obreras, tengo siempre que leerlo antes que sea enviado para su publicación" (págs. 110, 111).

Última visión

Aconteció el 3 de marzo de 1915. En resumen, la señora Elena relató lo siguiente a su hijo Guillermo: "Hay libros de vital importancia que no son leídos por nuestros jóvenes. Son dejados de lado porque no les parecen tan interesantes como ciertas lecturas livianas... Debemos elegir libros que los estimulen a la sinceridad de vida y los lleven a abrir la Palabra... No espero vivir mucho más. Mi trabajo está casi terminado. Diles a nuestros jóvenes que quiero que mis palabras los animen en la importancia de la vida que será más atractiva a las inteligencias celestiales, y que su influencia sobre otros debe ser ennoblecedora" (págs. 72, 73).

Últimas palabras

"Yo sé en quién he creído".

Se las dijo a su hijo Guillermo y a su enfermera Sara (pág. 73).

Último escrito conocido

Una carta, fechada el 14 de junio de 1914 (pág. 65).

Certificado de defunción

"Miocarditis crónica. Factor contribuyente primario: Astenia resultante de la fractura intracapsular del fémur izquierdo (13 de febrero de 1915). Factor contribuyente secundario: Arterioesclerosis" (pág. 65).

Pensamientos marcadores

Confianza en Dios: "Hay, en la vida de todas las personas, emergencias en las que no se puede seguir la vista ni confiar en la memoria o la experiencia. Todo lo que podemos hacer es simplemente confiar y esperar. Honramos a Dios cuando confiamos en él, pues él es nuestro Padre celestial" (*Biography of Ellen G. White* [Biografía de Elena G. de White], t. 2, págs. 432, 433; ver, además, *El camino a Cristo*, págs. 95-97, edición de bolsillo).

Oración: "Cuando el pueblo de Dios ore fervorosa y sinceramente, individual y colectivamente, Dios responderá. Grandes cosas sucederán entre el pueblo de Dios. Y el mundo sentirá el impacto cuando el Espíritu Santo venga para habilitar y fortalecer a su pueblo" (*La oración*, pág. 4).

Oración de los padres: "Cuando los padres oren e intenten lidiar de la manera más sabia con sus hijos, ángeles celestiales trabajarán en su favor" (*Review and Herald*, 12 de julio de 1906).

Felicidad: "Yo no espero recibir toda mi felicidad en el más allá. Experimento felicidad ya mismo a lo largo de mi camino.

Sin embargo, tengo pruebas y aficciones; pero fijo la mirada en Jesús. Es en los lugares estrechos y difíciles donde él está precisamente a nuestro lado. Podemos comulgar con él y colocar nuestras cargas sobre el Ser que las lleva todas y decir: 'Oh Señor, no puedo llevar por más tiempo estas cargas'” (*Mente, carácter y personalidad*, t. 2, págs. 576).

Educación de los hijos: “ ¡Oh! –dicen algunas madres–, mis hijos me molestan cuando procuran ayudarme’. Así me pasaba a mí con los míos, pero ¿piensan que se los dejaba saber? Alaben a sus hijos. Enséñenles, renglón tras renglón, precepto sobre precepto. Esto es mejor que leer novelas, andar de casa en casa o seguir las modas del mundo” (*El hogar cristiano*, pág. 262).

El propio sufrimiento: “Pero en todo esto hubo un lado positivo. Mi Salvador parecía estar bien cerca de mí. Yo sentía su santa presencia en mi corazón, y quedaba agradecida. Esos meses de sufrimiento fueron los meses más felices de mi vida por causa de la compañía de mi Salvador... Comprendí que, como hilos de oro, cosas preciosas se habían entretrejado en todas estas penosas experiencias” (*Manuscrito 75*, 1893).

Ropas: “Sigan las costumbres en el vestir hasta donde ellas estén de acuerdo con los principios de la salud. Que nuestras hermanas se vistan con simplicidad, como muchas hacen, teniendo las vestimentas de material bueno y durable, apropiado para esta época, y no permitan que la cuestión del vestuario les llene la mente” (*Manuscrito 167*, 1897).

Sentido común: “Dios quiere que tengamos sentido común, y que razonemos con sentido común. Las circunstancias alteran las condiciones. Las circunstancias cambian la relación de las cosas” (*Mensajes selectos*, t. 3, pág. 247).

Futuro: “Cuando creamos realmente que Dios nos ama y quiere ayudarnos, dejaremos de acongojarnos por el futuro” (*El discurso maestro de Jesucristo*, pág. 85).

Una de las citas más apreciadas: “Presenta a Dios tus necesidades, tristezas, gozos, cuidados y temores. No puedes agobiarlo ni cansarlo... Ninguna cosa es demasiado grande para que él no la pueda soportar; él sostiene los mundos y gobierna todos los asuntos del universo... Ninguna cosa que de alguna manera afecte nuestra paz es demasiado pequeña como para que él no la note” (*El camino a Cristo*, pág. 100).

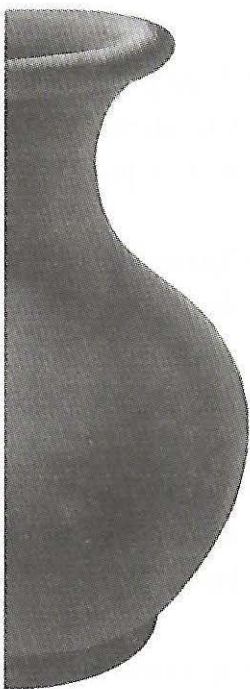
Frases de oro:

- “Yo puedo hacer prácticamente todo, cuando tengo que hacerlo” (*Carta 95*, 1886).
- “Aquellos para quienes Dios es lo primero, lo último y lo mejor son las personas más felices del mundo” (*Mensajes para los jóvenes*, pág. 27).
- “Sean calmos como una tarde de verano, pero inmutables como las montañas eternas” (*Carta 216*, 1903).

- “Si los pensamientos son correctos, entonces, como resultado, las palabras también serán correctas” (*Nuestra elevada vocación*, pág. 114).
- “La hora de la necesidad humana es la hora de la oportunidad de Dios” (*Testimonios para la iglesia*, t. 4, pág. 521).
- “La oración es el aliento del alma” (*Obreros evangélicos*, pág. 268).
- “No nos transformemos... en personas infelices por causa de los fardos de mañana” (*Signs of the Times*, 5 de noviembre de 1902).
- “El secreto del éxito estriba en la unión del poder divino con el esfuerzo humano” (*El colportor evangélico*, pág. 109).
- “Si entregamos nuestra vida a su servicio, nunca podremos hallarnos en una posición para la cual Dios no haya hecho provisión” (*Obreros evangélicos*, pág. 277).
- “El mundo juzgará al Salvador por las vidas de sus seguidores” (*Cada día con Dios*, pág. 351).
- “Las palabras bondadosas en la intimidad del hogar se asemejan a los rayos del sol” (*Hijos e hijas de Dios*, pág. 254).
- “Después de que mi pluma y mi voz no puedan ser escuchadas más, entonces mis escritos hablarán” (*Manuscript Releases*, t. 16, pág. 134).



Contexto y escenario



Hechos curiosos extraídos de la biografía de Elena de White



Le correspondió a Arturo White, hijo de Guillermo y nieto de la señora Elena, el privilegio de escribir la biografía de ella. Para tener una idea de cuán rica fue su vida, fueron necesarios seis tomos para abarcar apenas lo principal de su trayectoria. A continuación presentamos algunas curiosidades acerca de esta mujer extraordinaria, desde su infancia hasta la ceremonia de su entierro. Las

referencias originales y las posteriores son citadas de manera breve para no quebrar la secuencia del texto, y, en algunos casos, fueron adaptadas [ver al final del libro la descripción de los seis tomos escritos por Arturo White; aquí se lo citará con el título general de *Biography of Ellen G. White* [Biografía de Elena G. de White]. ¡Disfruta de la lectura!

Curiosidades sobre su infancia, adolescencia y juventud

Caída de las estrellas

Apenas dos semanas antes del sexto cumpleaños de la señora Elena, el periódico *Portland Advertiser* relató: “Los madrugadores contaron... que el cielo en la mañana de ayer [13 de noviembre], antes de amanecer, quedó lleno de meteoritos y trazos luminosos, rayando el firmamento en todas direcciones. El cielo, dicen algunos, parecía estar en llamas; otros agregan que las estrellas parecía que se estaban cayendo” (15 de noviembre de 1833).

A unas centenas de kilómetros de allí, en Low Hampton, Estado de Nueva York, un hacendado y antiguo oficial del ejército, llamado Guillermo Miller, estaba apenas comenzando su nueva carrera como predicador. Él le contaba al mundo lo que había descubierto en las profecías: que Cristo volvería en poco tiempo; ¡sí!, dentro de diez años. La primera obra publicada de Miller fue un folleto de 64 páginas, en 1833. Ese fue el año en que él recibió su licencia de predicador, y sus viajes, predicaciones y correspondencias aumentaron rápidamente.

Cerca de allí, en la ciudad de Gorham, la pequeña Elena dormía tranquilamente mientras las estrellas caían. Ella no sabía nada sobre Guillermo Miller y su mensaje y, en noviembre de 1833, probablemente, estaba apenas empezando la escuela. Es lógico asumir que, como cualquier otra niña saludable, ella estaba aprovechando sus momentos libres para aprender más sobre las cosas a su alrededor (*Biography of Ellen G. White*, t. 1, pág. 19).

Preocupación por las ardillas

La pequeña Elena acostumbraba jugar con sus hermanos en los bosques. Una de sus actividades era juntar las nueces que habían caído en el suelo. A veces encontraban los escondites en que las ardillas guardaban sus nueces y, para que los pobres animalitos no se quedaran sin tener qué comer en el invierno, Elena siempre llevaba con ella una bolsita con granos de maíz. Ella tomaba las nueces, pero las sustituía con maíz. Era una manera de “disculparse” con las ardillas y hacer provisión de alimento para ellas (*Relatos inspiradores de pioneros adventistas*, t. 1, pág. 89).

Sacando a la vaca del pantano

Para la mayoría de las familias sencillas de aquellos días, la leche era provista por una vaca de la familia. No sabemos si esta historia aconteció en Gorham o en Portland; lo que sí sabemos es que, bien temprano en su vida, Elena aprendió a ordeñar; y también se corrobora que ella trataba muy bien a los animales.

Un atardecer, cuando fue al campo de pastoreo a buscar a la vaca para ordeñarla, no la encontró por ningún lugar. La

pequeña Elena comenzó a llamar a la vaca. Mientras buscaba, ella escuchó algo. Para su tristeza, la vaca estaba en el medio de un arroyo, literalmente atascada. Sin perder tiempo, ideó un plan de acción para sacar a la vaca de ese lugar. Extendió un poco de pasto verde en dirección de la boca del animal, que quedó feliz por tener alguna cosa para comer. Después de que la vaca sintió el gusto del alimento, Elena le ofreció una vez más pasto, pero lo dejó a una distancia que el animal no conseguía alcanzar, a menos que se moviera. Con la otra mano libre, ella se aferró del cuerno más cercano de la vaca y la llamó: “Ven, Bossy, ven”, mientras movía el montoncito de pasto. Ansiosa por disfrutar de su comida, la vaca hizo un esfuerzo extraordinario para conseguir salir del lugar donde estaba atascada. En poco tiempo, Elena y la vaca estaban recorriendo el camino de regreso al establo (*Biography of Ellen G. White*, t. 1, pág. 20).

Por arriba del tronco

A veces la señora Elena contaba experiencias de su infancia. Cierta vez, por ejemplo, ella y su hermana gemela atravesaban un bosque. Elena saltaba de aquí para allá pero, en un momento, su hermana, que era un poco más rellenita y pesada, y le costaba saltar, tuvo dificultades para pasar por sobre un tronco. Entonces, dijo: “Ayúdame a pasar por arriba de este tronco”, y Elena la ayudó. Años más tarde, al contarle esta historia a una enfermera llamada Delia Walker-Lovell, la señora Elena dijo: “Desde entonces vengo ayudando a las personas a pasar por arriba de los troncos”. Era su especial placer y una de sus características personales el ayudar y cuidar a las personas (*ibíd.*, págs. 20, 21).

Disciplina

En 1901, señora Elena escribió acerca de la disciplina que modeló su carácter ya en los primeros años de su vida.

“Cuando era niña, y mi madre me pedía que realizara alguna tarea, algunas veces yo comenzaba a quejarme y me iba. Pero, ella me llamaba otra vez y me pedía que repitiera lo que yo había dicho. Y yo se lo repetía. Entonces, mi madre comenzaba a mostrarme cómo yo era parte de la familia, una parte de la empresa; que era tanto mi deber cumplir mi parte de las responsabilidades como era deber de mis padres cuidar de mí. Ella tomaba esta cuestión muy en serio. Yo tenía mis momentos para divertirme, pero puedo garantizar que no había tiempo para la pereza ni espacio para la desobediencia en nuestro hogar” (Manuscrito 82, 1901).

Recuerdos del hogar

La mamá de la señora Elena, Eunice, amaba las flores. El jardín siempre florecido dejaba el ambiente del hogar más alegre. Y el interior de la casa estaba equipado para la fabricación de sombreros (*Biography of Ellen G. White*, t. 1, pág. 24).

Primeros años escolares

Fue probablemente en el otoño de 1833 que la señora Elena comenzó a asistir la escuela, un poco antes de cumplir seis años. Hasta podría haber sido antes pues, en aquel tiempo, los niños

podían entrar en la escuela con cinco años o menos. La escuela quedaba en la calle Brackett, a unas cuatro o cinco cuerdas de la casa de los Harmon.

En 1836 la construcción de madera fue sustituida por una estructura de ladrillo de dos pisos, y fue en ese lugar que la señora Elena pasó su último año de escuela. En Portland, había clases tanto en el verano como en el invierno y, una vez que el año escolar comenzaba, el ritmo era bien exigente. Sin embargo, Elena amaba estudiar y tenía grandes expectativas de obtener una buena educación y llegar a ser alguien en la vida.

Los libros recomendados para aprender lectura y ortografía eran de Samuel Worcester (tres tomos), pero nunca había ejemplares suficientes para todos los alumnos. Aun así, Elena progresaba rápidamente y, en poco tiempo, la profesora comenzó a pedirle que leyera las lecciones para el resto de la clase. Ella subía las escaleras para estar con los alumnos más avanzados; luego, a veces, le pedían que bajara para leerles a los alumnos más pequeños.

Años después, mientras viajaba en tren con su esposo, la señora Elena leía en voz alta un artículo que ella había escrito y juntos lo iban corrigiendo. En eso, una señora se inclinó en dirección a ellos, le tocó el hombro y le preguntó:

—¿Usted es Elena Harmon?

—Sí —le respondió ella—. Pero ¿de dónde me conoce?

—Reconocí su voz —respondió la señora—. Asistí a la escuela de la calle Brackett, en Portland, y usted acostumbraba leernos las lecciones. Podíamos comprender mejor las lecciones cuando las leía usted que cuando lo hacía otra persona (*ibid.*, págs. 25, 26).

Sobre el accidente

Cuando Elena sufrió el accidente, alguien, intentando ayudar, la cargó hacia dentro de una tienda próxima. Cuando recuperó el sentido, ella percibió que su ropa estaba llena de sangre y que el piso también había quedado sucio. Como no había atención de emergencia, un cliente de la tienda, desconocido para ella, se ofreció a llevarla hasta su casa en su carruaje. Temiendo ensuciar el carro con sangre, la muchacha agradeció pero dijo que estaba mejor y que podía ir caminando. Desde pequeña, la señora Elena tuvo mucho respeto y consideración por los otros. Nadie había percibido cuán grave había sido la herida. Con la hermana y la amiga, ella comenzó a caminar hacia su casa, pero enseguida se desmayó, pues estaba muy débil por causa de la pérdida de sangre. Con dificultad, las dos compañeras la cargaron hasta la casa. Elena no se acordaba de nada después del accidente. La madre le contó que ella quedó en coma durante tres semanas. Nadie creía que ella pudiera sobrevivir, excepto su mamá. Tal vez por intuición materna, ella sentía que su hija no moriría.

Por la descripción de los síntomas, Elena sufrió una grave conmoción cerebral con un posible traumatismo craneano. No solo los huesos de la nariz fueron quebrados, sino también algunos del rostro. Los médicos que fueron llamados no dieron ninguna esperanza de recuperación; creían que no había nada que pudiese hacerse en favor de la pobre muchacha.

Cuando recobró la conciencia, Elena no tenía ni idea de lo que había acontecido. Parecía que había estado en un sueño profundo y no se acordaba del accidente; todo lo que sabía era que

se sentía muy débil. Cuando escuchó a una de las vecinas decir que sentía pena por la muchacha y que casi no la había reconocido, Elena le pidió a su madre un espejo. Al respecto de esa experiencia, ella escribió:

"Cada rasgo de mi rostro parecía que había cambiado. Lo que vi era más de lo que podía soportar. El hueso de mi nariz había sido quebrado. La idea de convivir con mi infortunio por el resto de mi vida era insoportable. No podía sentir placer en la vida. Sentí el deseo de no vivir, pero no tenía el coraje de morir, porque no me sentía preparada".

Como el padre de Elena estaba en viaje de negocios por Georgia en ocasión del incidente, la madre soportó sola el peso causado por el accidente. Amigos que la visitaron, le aconsejaron a la Sra. Eunice que denunciara al padre de muchacha que había "destruido" la vida de su hija. Pero Eunice estaba en paz, y respondió que si tal actitud pudiera traer de regreso la salud y la apariencia de Elena, valdría la pena, pero como eso era algo imposible, era mejor no crear enemigos.

Médicos fueron consultados para saber qué se podía hacer para reparar el problema en la nariz de Elena. Uno sugirió que tal vez un hilo de plata pudiese ser pasado por la nariz para intentar resolver la cuestión de la fractura, pero la muchacha no podría soportar el dolor del procedimiento. En aquel tiempo todavía no existía la anestesia.

Aproximadamente cincuenta años después del accidente, en una visita a Portland, la señora Elena tuvo la oportunidad de reflexionar sobre el acontecimiento:

"Visité el lugar en el que ocurrió el accidente... Esa desgracia que por un tiempo pareció tan amarga y tan difícil de soportar, demostró ser una bendición disfrazada. El golpe cruel que me robó las alegrías de la Tierra fue el medio para que dirigiera mi mirada al Cielo. Yo nunca podría haber conocido a Jesús si la tristeza que nubló mis primeros años no me hubiese llevado a buscar bienestar en él"

Y agregó:

"Cierta vez leí sobre un pajarito que, en su jaula, a plena luz del día y escuchando la música de otras aves, no aprende la canción que el dueño intenta enseñarle. Aprende un pedacito de esta, un trino de aquella, pero nunca una melodía definida y completa. Pero, entonces, el dueño cubre la jaula y la coloca donde el pájaro solo escuchará el canto que él le pretende enseñar. En las tinieblas, el pájaro intenta varias veces reproducir ese canto, hasta que lo aprende y por fin lo entona con perfecta melodía. La jaula puede ser descubierta y el conseguirá cantar a plena luz. No se olvidará jamás de la melodía que le fue enseñada en la oscuridad. Es así como Dios actúa con sus hijos. Él tiene un canto para enseñarnos y, cuando lo hayamos aprendido en medio de las sombras de la aflicción, podremos cantarlo para siempre (Biography of Ellen G. White, t. 1, págs. 25-31 [Adaptado])."

Instrucción religiosa

Los Harmon eran miembros de la Iglesia Metodista de la calle Chestnut. Elena, su hermana gemela y los otros miembros

más de la familia recibieron la primera instrucción religiosa de diversos pastores (la mayoría no permanecía más que uno o dos años en esa congregación). La iglesia tenía asientos en la galería y en el piso principal, donde probablemente los Harmon se sentaban. Había también bancos de madera sin respaldo para los adoradores menos importantes, que pagaban una tasa anual de un dólar para reservar un lugar.

Robert Harmon era considerado un pilar de la iglesia, un exhortador. Esto significa que a veces, se levantaba al final del sermón para dar, como era costumbre entre los buenos metodistas, una respuesta improvisada de laico al desafío planteado en el sermón.

También estaban las reuniones de clases metodistas. Eran menos formales que los cultos de los domingos. Se hacían en la casa de algún hermano y la asistencia era de más o menos diez personas.

Ese tipo de reuniones, con testimonios, consejos, confesiones, palabras de ánimo y alabanzas servía para incentivar a los jóvenes a que se expresaran y desarrollaran su fervor religioso. La asistencia a esas reuniones era considerada obligatoria por todos los buenos metodistas. Fue en ese ambiente que la señora Elena enfrentó las luchas en su experiencia religiosa cuando era una niña (*ibid.*, págs. 32, 33 [Adaptado]).

Las conferencias de Guillermo Miller

En marzo de 1840, cuando apenas tenía doce años, Elena asistió a las conferencias de Guillermo Miller sobre el regreso de Jesús. Esta es la descripción que ella hizo:

“Esas conferencias producen un gran efecto, y la Iglesia Cristiana, en la calle Casco, donde el señor Miller las presentó, se llena día y noche. No existe agitación en esas reuniones, sino que una profunda reverencia permea la mente de quienes escuchan sus discursos. No solo se despertó un gran interés en la ciudad, sino también en las personas del campo, quienes se reúnen día tras día, trayendo sus cestas con meriendas, y permaneciendo de mañana hasta que termina la reunión de la noche.

“El Sr. Miller enfatizó las profecías, comparándolas con el relato bíblico que anuncia que el fin del mundo está cerca. Asistí a las reuniones en compañía de mis amigos y escuché las extrañas doctrinas del predicador. Cuatro años antes de esto, en mi camino a la escuela, había recibido un pedazo de papel que contenía el cálculo de un hombre de Inglaterra que estaba predicando que la Tierra sería consumida dentro de treinta años a partir de esa fecha. Ahora yo estaba escuchando los más solemnes y poderosos sermones anunciando que Cristo volvería en 1843, apenas unos pocos años después de esa fecha. El predicador describía las profecías con tanta precisión que la convicción alcanzaba el corazón de los oyentes. Mostraba los períodos proféticos y presentaba pruebas que fortalecían su posición. Entonces, sus solemnes y poderosas apelaciones y advertencias a los que no estaban preparados dejaban a la multitud fascinada” (ibíd., págs. 34, 35 [Adaptado]).

Sobre la reacción de los oyentes y la influencia del trabajo del Sr. Miller en la ciudad de Portland, la señora Elena observó:

“Las personas en la ciudad quedaron convencidas del mensaje. Reuniones de oración fueron organizadas y hubo un despertar

general entre las varias denominaciones, porque todas ellas sentían, en mayor o en menor grado, la influencia que emanaba de la enseñanza de la breve vuelta de Jesús”.

Hay relatos que dicen que el señor Miller conseguía mantener a sus oyentes atentos mientras él hablaba durante una hora y media o dos. A veces, hacía de cuenta que un opositor y un investigador de la verdad estaban conversando. De manera bien natural, él elaboraba las preguntas y daba las respuestas. Aunque él era serio, algunas veces hacía reír al auditorio (*ibíd.*, págs. 34, 35 [Adaptado]).

Biblias

Uno de los principales vendedores de Biblias informó que, desde que el hermano Guillermo Miller había llegado, había vendido más Biblias en un mes que en los cuatro meses anteriores (*ibíd.*, pág. 26; citado en *The Midnight Cry*, pág. 78).

La segunda visita de Guillermo Miller a Portland

Después del bautismo de Elena en la Iglesia Metodista en 1842, Guillermo Miller volvió a Portland para una segunda serie de reuniones sobre el pronto regreso de Jesús a esta Tierra. Igual que antes, las reuniones tuvieron lugar en la Iglesia Cristiana de la calle Casco. La señora Elena escribió:

“Esa segunda temporada provocó aún más agitación en la ciudad que la primera. Las diferentes denominaciones, con pocas

excepciones, cerraron las puertas de sus iglesias en oposición al Sr. Miller. Muchos discursos fueron proferidos desde diferentes púlpitos intentando exponer el supuesto fanatismo del conferencista. Pero, las multitudes de ansiosos oyentes continuaban asistiendo a las reuniones. Muchos no conseguían entrar porque el ambiente estaba –literalmente– repleto. La congregación quedaba sorprendentemente quieta y atenta” (ibíd., págs. 37, 38; también en Life Sketches of James and Ellen White [1880], págs. 148, 149).

Ella describió, también, la conducta de Guillermo Miller y su manera de predicar:

“Su manera de predicar llamaba la atención no por causa de los floreos o la oratoria, sino por su claridad al trabajar con hechos sorprendentes que sacaban a los oyentes de su estado apático. Él confirmaba sus declaraciones y teorías con la Biblia. Había poder en sus palabras, y era perceptible que decía la verdad.

“Era cortés y simpático. Era capaz de dejar el púlpito para encontrarle un lugar a alguien que necesitaba sentarse. Con justicia, era llamado ‘Papá’ Miller, a causa de sus maneras gentiles y su preocupación por los otros. Era un orador elocuente y sus conferencias eran apropiadas y poderosas” (ibíd., pág. 38; ibíd., pág. 149).

“Guillermo Miller poseía grandes dotes intelectuales, disciplinadas por la reflexión y el estudio; y a ellas añadió la sabiduría del Cielo al ponerse en relación con la Fuente de la sabiduría. Era un hombre de verdadero valor, que no podía menos que imponer respeto y granjearse el aprecio dondequiera se estimaran la integridad de carácter y el valor moral. Al unir verdadera bondad

de corazón a la humildad cristiana y el dominio de sí mismo, era atento y afable con todos, y estaba siempre listo para escuchar las opiniones de los demás y pesar sus argumentos. Sin apasionamiento ni agitación, examinaba todas las teorías y doctrinas a la luz de la Palabra de Dios; y su sano juicio y profundo conocimiento de las Escrituras le permitían refutar el error y desmentar la falsedad” (Cristo en su Santuario, págs. 71, 72).

La cuestión de la inmortalidad del alma

Por ese tiempo Eunice, la madre de Elena, y una de sus hermanas asistieron a una reunión en la que se presentó el estado mortal del hombre. Fue explicado que, cuando muere, el hombre no va al cielo ni al infierno, sino que vuelve a ser polvo, de donde fue formado. Cuando el asunto fue mencionado en casa, Elena quedó muy preocupada y escribió:

“Escuché esas nuevas ideas con un intenso y doloroso interés. Cuando quedé sola con mi madre, le pregunté si ella realmente creía que el alma no era inmortal. La respuesta fue que ella temía que esa cuestión hubiera sido un error tal como otras cuestiones”.

“Pero madre”, le dijo Elena, “¿usted realmente cree que el alma duerme en la sepultura hasta la resurrección? ¿Usted cree que los cristianos, cuando mueren, no van al cielo ni que los pecadores van al infierno?”

La madre de Elena le respondió que la Biblia no daba pruebas de que existiera un infierno ardiente. Si hubiera un lugar así, sería mencionado en las Escrituras.

Elena consideró muy extraña esta idea, porque creía que si los pecadores no sintiesen miedo del infierno, tal vez nunca buscarían al Señor.

“Si esa es una verdad bíblica”, le respondió la madre, “en vez de impedir la salvación de pecadores, ese sería el medio para conquistarlos para Cristo. Si el amor de Dios no induce al rebelde a rendirse, los terrores un infierno eterno tampoco los conducirán al arrepentimiento” (*Biography of Ellen G. White*, t. 1, págs. 45, 46; y *Life Sketches of Jaime and Ellen White* [1880], págs. 170, 171).

Algunos meses después, la propia Elena escuchó un sermón sobre el sueño de los muertos y creyó que debía ser verdad.

“A partir del momento en el que la luz sobre el sueño de los muertos aclaró mi mente, el misterio que encubría la resurrección se desvaneció, y ese gran evento asumió una nueva y sublime importancia” (*Life Sketches of Jaime and Ellen White* [1880], pág. 171).

Paso a paso, la señora Elena fue siendo conducida a la comprensión de las verdades bíblicas, verdades que se transformarían en las piedras fundamentales de la Iglesia Adventista del Séptimo Día (*Biography of Ellen G. White*, t. 1, pág. 46).

Sobre el gran chasco

En el libro *El conflicto de los siglos*, páginas 401 a 403 (versión en tapa azul), Elena de White describió sus impresiones sobre el chasco sufrido el 22 de octubre de 1844:

“Sin embargo, Dios cumplió su propósito benéfico al permitir que la advertencia del juicio fuese proclamada precisamente como lo fue. El gran día era inminente y, en la providencia de Dios, el pueblo fue probado tocante a un tiempo definido con el fin de revelarles lo que había en sus corazones. El mensaje tenía por objetivo probar y purificar a la iglesia. Los hombres debían ser inducidos a ver si sus afectos estaban puestos en las cosas de este mundo o en Cristo y el Cielo. Ellos profesaban amar al Salvador; ahora debían probar su amor. ¿Estarían dispuestos a renunciar a sus esperanzas y ambiciones mundanales, y dar la bienvenida con gozo al advenimiento de su Señor? El mensaje tenía por objetivo capacitarlos para discernir su verdadero estado espiritual; fue enviado misericordiosamente para despertarlos con el fin de que buscasen al Señor con arrepentimiento y humillación.

“Además, si bien el chasco era el resultado de su propia interpretación errónea del mensaje que daban, sería trastocado para bien. El corazón de quienes habían profesado recibir la advertencia iba a ser probado. En presencia de su chasco, ¿se apresurarían a renunciar a su experiencia y a abandonar su confianza en la Palabra de Dios, o con oración y humildad procurarían discernir en qué puntos no habían comprendido el significado de la profecía? ¿Cuántos habían obrado por temor, o por impulso y arrebatado? ¿Cuántos eran de corazón indeciso e incrédulos? Muchos profesaban amar el advenimiento del Señor. Al ser llamados a sufrir las burlas y el oprobio del mundo, y la prueba de la dilación y del chasco, ¿renunciarían a su fe? Por no poder comprender inmediatamente los tratos de Dios para con ellos, ¿rechazarían verdades sostenidas por el testimonio más claro de su Palabra?

“Esta prueba revelaría la fortaleza de aquellos que, con verdadera fe, habían obedecido lo que creían ser la enseñanza de la Palabra y del Espíritu de Dios. Ella les enseñaría, como sólo tal experiencia podía hacerlo, el peligro de aceptar las teorías e interpretaciones de los hombres, en lugar de dejar a la Biblia interpretarse a sí misma. La perplejidad y el dolor resultantes de su error producirían en los hijos de la fe la corrección necesaria; los inducirían a profundizar aún más el estudio de la palabra profética. Aprenderían a examinar más cuidadosamente el fundamento de su fe, y a rechazar todo lo que no estuviera fundado en la verdad de las Escrituras por muy amplia que fuese su aceptación en el mundo cristiano.

“A estos creyentes les pasó lo que a los primeros discípulos: lo que en la hora de la prueba les parecía oscuro a su entendimiento, les sería aclarado después. Cuando vieran el ‘fin del Señor’ sabrían que, a pesar de la prueba resultante de sus errores, los propósitos del amor divino hacia ellos habían estado cumpliéndose firmemente. Merced a tan bendita experiencia aprenderían que el ‘Señor es muy misericordioso y compasivo’; que todas sus sendas ‘son misericordia y verdad, para los que guardan su pacto y sus testimonios’ [Sant. 5:11; Sal. 25:10].”

Sobre la primera visión

Elena era una muchacha tímida, y estaba muy atemorizada de lo que las personas pensarían y de que no aceptasen sus palabras al contarles la visión. Pero, ella quedó sorprendida porque el mensaje fue aceptado de buen grado. Los chasqueados creyentes ansiaban un mensaje de esperanza. Toda vez que se

sentía temerosa, Dios le mostraba que estaba con ella y que, por tanto, no había motivos para temer.

En cierta ocasión, “al ser invitada para relatar su visión de diciembre en Poland, Maine, a fines de enero de 1845, estaba afónica. Sin embargo, después que comenzó a hablar, todas las promesas que Dios le hiciera de ser siempre su fuerza se cumplieron. Ella habló con alto y buen volumen por aproximadamente dos horas sin fatigarse. Esa experiencia de fuerzas restauradas en el púlpito, frente a los ojos de quienes vieron la maravillosa transformación de la debilidad en poder, se repitió muchas veces a lo largo de todo su extenso ministerio” (*Mensajera del Señor*, pág. 63).

Algunos hechos de su vida adulta

Las visiones

A lo largo de los setenta años de su ministerio, la señora Elena recibió cerca de dos mil visiones. Sobre ellas, ella dice lo siguiente:

“A veces soy llevada muy lejos en lo futuro, y se me muestra lo que ha de suceder. Luego, otra vez, se me muestran cosas que han ocurrido en el pasado. Después de que salgo de la visión, no recuerdo inmediatamente todo lo que he visto y el asunto no es tan claro delante de mí hasta que escribo. Entonces, la escena surge delante de mí tal como fue presentada en visión y puedo escribir con libertad. A veces las cosas que he visto están ocultas de mí

después de que salgo de la visión, y no puedo recordarlas hasta que soy llevada delante de una congregación donde se aplica la visión. Entonces, vienen con fuerza a mi mente las cosas que he visto. Dependo tanto del Espíritu del Señor para relatar o escribir una visión como para tenerla. Es imposible que yo recuerde cosas que me han sido mostradas a menos que el Señor las haga surgir delante de mí en el momento que a él le place que yo las relate o escriba” (Mensajes selectos, t. 1, pág. 41).

La visión más larga de Elena duró cuatro horas y ocurrió en 1845. Una persona malintencionada preparó una trampa: su idea era intentar probar que las visiones de ella no eran de origen divino. Sin embargo, Dios alertó a la señora Elena. En esa ocasión, ella fue tomada en visión delante de algunas personas. Alguien de esa familia dijo que había escuchado decir que, si las visiones fuesen de otro origen que no fuera divino, una Biblia podría detener a la persona. Así que, una Biblia grande y pesada fue colocada sobre el tórax de Elena. Esto fue lo que aconteció:

“Inmediatamente después de que la Biblia fue colocada sobre Elena, ella se paró, caminó hasta el centro de la sala, con la Biblia abierta en una de las manos, y la levantó lo más alto que pudo. Con la mirada fija mirando hacia arriba, declaró de forma solemne: ‘El testimonio inspirado de Dios’. Después continuó por un largo tiempo, mientras la Biblia permanecía levantada con una de sus manos, teniendo la mirada fija hacia lo alto y no a la Biblia. Ella daba vuelta las páginas con la otra mano y, colocando el dedo sobre ciertos pasajes, pronunciaba correctamente las palabras con voz solemne” (Los que vieron... y creyeron, pág. 27).

Seguramente, con esa experiencia, se dispó cualquier duda sobre si la señora Elena G. de White era mensajera del Señor.

La visión del gran conflicto

Sin dudas, una de las mayores contribuciones de la señora Elena como mensajera del Señor para los últimos días fue la comprensión clara e inequívoca del tema del gran conflicto.

En marzo de 1858, el matrimonio White estaba en Ohio realizando reuniones en las que se predicaba sobre el advenimiento. El domingo se le pidió al pastor Jaime que diera el sermón en el funeral de un joven recién fallecido. Ellos estaban reunidos en la escuela pública de Lovett's Grove. Después del sermón fúnebre, la señora Elena se sintió impresionada para decir algunas palabras de alivio a los familiares. Sin embargo, fue tomada en visión durante dos horas. Allí recibió el mensaje del conflicto entre Cristo y Satanás. Tuvo un panorama completo de los acontecimientos y fue orientada a escribir sobre ellos. También se le advirtió que el enemigo intentaría impedir que ella escribiera.

De hecho, dos días después, el enemigo intentó quitarle la vida para que ella no cumpliera el propósito divino de escribir. La señora Elena sufrió un grave derrame y algunas partes de su cuerpo quedaron paralizadas. No obstante, todavía con dificultades, ella perseveró y Dios la sostuvo. Cinco meses después de esa visión, ella concluyó el primer libro, de 209 páginas, que recibió el nombre de *Spiritual Gifts*, tomo 1. En la actualidad, la Serie de "El Gran Conflicto" está compuesta por cinco libros cuyo asunto abarca desde el origen del pecado y la caída de Lucifer hasta la victoria final de Cristo. Los títulos son:

Patriarcas y profetas, Profetas y reyes, El Deseado de todas las gentes, Los hechos de los apóstoles y El conflicto de los siglos.

Testimonios

Elena de White recibió mensajes que debían ser transmitidos a personas específicas. La reacción frente a los testimonios determinaba si la persona corregiría sus acciones y se colocaría del lado correcto o no. Los que siguieron sus consejos y atendieron a sus advertencias se transformaron en colaboradores. Otros prefirieron asumir una actitud orgullosa y no soportaron la reprobación. Estos se transformaron en los peores críticos de la mensajera del Señor y, con toda seguridad, en personas más infelices.

Mira lo que hizo que la señora Elena se transformara en una mensajera valiente para transmitir esos mensajes, ya desde el mismo inicio de su ministerio:

"Era muy difícil para Elena relatar las reprensiones sencillas y, a veces agudas, que Dios le daba para ciertas personas, y en ocasiones trataba de suavizar el mensaje y ablandar la censura. Luego agonizaba pensando si había expresado el mensaje correctamente, o si había hecho todo lo que podía por la persona. A menudo sentía que la muerte era mejor que tener otra visión con consejos para otros.

"En respuesta a su estrés agonizante, Dios le envió un mensaje especial en una visión: Vio a Jesús mirarla con el ceño fruncido y luego darse vuelta y alejarse de ella. ¡Jesús se había alejado de ella! ¡No lo podía soportar! Así sería la experiencia de

los perdidos cuando clamaran a las montañas que cayeran sobre ellos. Entonces, el ángel le habló y la puso sobre sus pies. Se le mostró lo que sucedería si no entregaba fielmente los mensajes de Dios.

“Una compañía se presentó ante mí, cuyas ropas y cabellos estaban rasgados y cuyos semblantes eran la misma imagen de la desesperación y el horror. Se acercaron a mí y tomaron sus vestimentas y las refregaron contra la mía. Miré mi ropa y vi que estaba manchada con sangre’.

“El ángel le aseguró que ese escenario no se había desarrollado aún; era sólo una advertencia de que, si fallaba en entregar los consejos que Dios le enviaba, la sangre de los que se perderían sería sobre ella. Dándose cuenta del terrible destino que sería eso, voluntariamente entregó los mensajes que Dios le había enviado, a pesar de sus sentimientos. La gracia de Dios era suficiente para ella” (Relatos inspiradores de pioneros adventistas, t. 1, págs. 103, 104).

El testimonio más corto presentado por ella fue un telegrama enviado en 1907 al pastor de la Iglesia de Battle Creek. El mensaje contenía apenas dos versículos bíblicos: Filipenses 1:27 y 28, y la firma de la señora Elena. Más que suficiente para solucionar el problema. Se puede leer la historia completa en *Los que vieron... y creyeron*, página 121.

Alérgica a los analgésicos

La señora Elena era alérgica a los analgésicos, pero tenía un método infalible para soportar el dolor. En 1893, mientras

estaba en Nueva Zelanda, sufrió serios problemas en los dientes y necesitó ser atendida por un dentista. La historia está registrada así en su diario el 5 de julio:

“La hermana Caro [la dentista] llegó anoche, está aquí en casa. Me encontré con ella de mañana, en el desayuno. Ella me preguntó: ‘¿La hermana está triste por verme?’ Le respondí: ‘Es claro que es un placer para mí encontrarla a usted, mi hermana Caro. Sin embargo, no tengo tanta seguridad con respecto a encontrar a la señora Doctora Caro, mi dentista.’ A las 10 estaba en la silla, y en poco tiempo ocho dientes fueron arrancados. Quedé contenta de que el trabajo hubiera terminado. No rechacé el tratamiento ni gemí... Yo le había pedido al Señor que me diera fortaleza y gracia para soportar el doloroso proceso, y sé que el Señor escuchó mi oración. Después de que los dientes habían sido arrancados, la hermana Caro temblaba como una hoja de álamo. Sus manos estaban trémulas y sentía dolores... Era porque había tenido miedo de causarle algún dolor a la hermana White... Pero, ella sabía que debía realizar aquella intervención y continuó” (Biography of Ellen G. White, t. 4, pág. 98).

El diario concluye la historia con la paciente transformándose en “enfermera”, cuando la señora Elena llevó a la Dra. Caro a una silla cómoda y le proveyó algo para refrescarla.

Kellogg y el panteísmo

La obra médico misionera ocupó un papel importante en la Iglesia Adventista del Séptimo Día. En el plan divino, era un

medio para aliviar el sufrimiento de los enfermos y familiarizarlos con el Salvador, preparándolos para la segunda venida de Cristo.

John Harvey Kellogg fue un médico brillante, totalmente comprometido con el mensaje de la salud de acuerdo como era presentado por la señora Elena. Jaime y Elena White creían tanto en su talento profesional que ayudaron a pagar su carrera de Medicina. Alrededor de 1895, en Battle Creek, el Dr. Kellogg hospedó en su casa al Dr. A. H. Lewis, adepto al panteísmo y tenido en alta estima entre los Bautistas del Séptimo Día. Desde entonces, el Dr. Kellogg pasó a defender la idea de que Dios era una esencia y, como tal, estaba dentro del ser humano y en todo, incluyendo la naturaleza. Incluso llegó a usar algunos textos de la Elena de White para defender este concepto.

Desde el inicio, ella identificó esas nuevas enseñanzas como semillas del error. La cuestión se hizo muy seria porque el Dr. Kellogg consiguió influenciar a otros médicos, pastores y profesores en Battle Creek, y esa idea equivocada se diseminó entre los adventistas de otros lugares.

Varias veces, la señora Elena llamó la atención del Dr. Kellogg con relación al error que él estaba ayudando a diseminar, pero él no se convenció. Llegó al punto de escribir un libro titulado *The Living Temple* [El templo viviente], en el que sutilmente defendía este concepto pagano, basado en el hinduismo. Cuando el sanatorio de Battle Creek se incendió, él ofreció sacar una tirada de su libro para ayudar, con el dinero de la venta, a cubrir los gastos de la reconstrucción. Sin embargo, no fue aceptado a causa del contenido de la obra. A pesar de eso, insistió en hacer una tirada particular, y encomendó la impresión a la Review and Herald.

Un hecho curioso es que, cuando la Review and Herald se incendió en diciembre de 1902, las chapas del libro del Dr. Kellogg estaban justamente en preparación para ser impresas; y también fueron consumidas por el fuego. Dios no podría haber utilizado medios más eficaces para mostrar su desagrado y dejar en claro que las ideas del Dr. Kellogg eran contrarias a las verdades de la Biblia y del Espíritu de Profecía.

Infelizmente, después de que su libro fuera rechazado por los líderes de la iglesia en el Concilio Otoñal de 1903, él se rebeló y, posteriormente, abandonó los caminos divinos.

Sobre Jaime White

Jaime White tuvo un papel esencial en la vida de Elena. Además de ser su compañero, fue de gran apoyo para su ministerio. Nunca dudó del origen de los mensajes que ella presentaba. He aquí unas palabras sobre él, que nos dan una idea de quién fue el hombre que Dios eligió para estar al lado de su mensajera.

“Conocido por su persistencia y sano juicio, Jaime era considerado un líder de confianza por parte de sus hermanos adventistas del séptimo día. Él no era apenas un estratega, sino que luchaba como un guerrero en el campo de batalla. Inició la obra de las publicaciones de la iglesia a partir de cero, fomentó la organización de la iglesia y desarrolló el sistema educativo cuando otros veían en eso apenas un sueño. Su robusta fe y contagiosa alegría conmovían al público que lo escuchaba. Fondos económicos y apoyo aparecían. Su extraordinario talento comercial salvó a la denominación de muchas dificultades.”

“En ocasión de la muerte de Jaime White, el redactor del Battle Creek Journal (que acompañaba de cerca los emprendimientos del Pr. White) escribió: ‘Él fue un hombre del temple de los patriarcas, un hombre cuyo carácter fue moldeado en el crisol de los héroes. Si poseer claridad lógica para formular una creencia, si poseer poder para contagiar a otros con el propio celo e impresionarlos con las propias convicciones, si poseer la capacidad ejecutiva para establecer un grupo religioso e imprimirle forma y estabilidad, si poseer capacidad para moldear y dirigir el destino de grandes comunidades es la marca de la verdadera grandeza, el Pr. White tiene, con plena certeza, el derecho a ese nombre, pues él no posee apenas una de esas calidades, sino todas ellas en un grado señalado’” (Mensajera del Señor, pág. 53).

Ángeles

En cierta ocasión, en el inicio de su ministerio, la señora Elena necesitó dar un testimonio en el que revelaba la verdadera condición espiritual de alguien que estaba intentando desacreditarla diciendo mentiras con respecto a ella. La situación la dejó tan desanimada que enfermó gravemente. Dios le dio una visión en la que le afirmaba que, además de su ángel designado para su guarda, ella tendría un ángel más para fortalecerla y animarla cuando fuese necesario. Por primera vez, ella vio la gloria de la Tierra Nueva. Esa visión fue publicada en el periódico *The Present Truth* [La Verdad Presente], por Jaime White, en noviembre de 1850.

Cuando la señora Elena estaba en Australia, participando de la primera reunión campestre realizada en Brighton, algunos

jóvenes intentaron complicar la buena marcha de las reuniones. Actuaban como vándalos, y hasta llegaron a destruir varias carpas. Querían hacerle alguna travesura a la señora Elena, y pensaron en tirar al suelo la carpa donde ella se alojaba. Pero, el plan llegó a los oídos de los organizadores y se llamó a la policía. Un oficial de origen irlandés, alto y fuerte, fue designado para montar guardia frente a la carpa de la oradora. Se cuenta que cierta noche, mientras realizaba su ronda, vio un rayo de luz sobre la carpa de la señora de White. Cuando se aproximó, vio que la luz, en realidad, tenía forma de ángel. Quedó tan impresionado con la escena que decidió participar de las reuniones y terminó convirtiéndose al adventismo. Pidió su salida de la corporación policial, fue bautizado y se transformó en un activo miembro de la iglesia local. Muchos otros se convirtieron debido a su testimonio.

La siguiente historia fue contada por Grace White Jacques, nieta de la señora Elena. Se la escuchó al Pr. Arturo G. Daniells, en esa época presidente de la Asociación General, cuando él estuvo de visita en Elmshaven.

"Fue recibido en la puerta de entrada e invitado a pasar directamente al escritorio de la Sra. de White, en el parte superior de la vivienda. Él subió la escalera curva, mientras admiraba la vista desde la ventana de vidrio de colores, y el zaguán de abajo. Cuando entró al escritorio, ella lo saludó y le preguntó: '¿Vio usted al ángel?' Con una mirada atónita, él le hizo entender que no. Sorprendida, la señora Elena observó: ¡Oh! Pasó al lado de él en el corredor, exactamente cuando usted se detenía ante la puerta" (Heartwarming Stories of Adventist Pioneers [Relatos inspiradores de pioneros adventistas], t. 2, pág. 59).

El tabernáculo de los diez centavos

En 1878, la organización adventista estaba muy concentrada en Battle Creek. El Pr. Jaime White era el presidente de la Asociación General cuando sintieron la necesidad de tener una iglesia más grande.

“Con los miembros regulares, más 400 alumnos del colegio, y pacientes, visitas y empleados del sanatorio, era imperioso disponer de un espacio mayor. Además de todo esto, había una desesperada necesidad de un local con espacio adecuado para la realización de las muchas asambleas de la Asociación General y otras reuniones que se desarrollaban en Battle Creek.

“Se trazaron planes para un predio que acomodara a tres mil personas en ocasiones especiales. Con vistas al financiamiento de un proyecto de esta magnitud, apelarían a la iglesia en general. La propuesta fue presentada a través de una serie de artículos en la *Review and Herald*, sugiriendo que el dinero fuese recolectado ‘a través de contribuciones mensuales de cualquier persona, hombres, mujeres y niños, que consideraran un placer contribuir para una casa de esas características’. También se sugería que la cantidad de las contribuciones mensuales fuese de diez centavos por cada colaborador... Que ellos, y todos los otros que pudieran hacerlo, pagasen un dólar o más cada uno, como adelanto, durante el mes de julio de 1878...

“[y] que la futura casa de culto, por razón de la forma de recaudar los fondos para su construcción, fuese denominada *Dime Tabernacle* [Tabernáculo de los Diez Centavos].

“El plan tuvo un éxito espectacular, con la participación entusiasta de niños y adultos. El ‘Tabernáculo de los Diez Centavos’

estuvo a disposición de la iglesia desde su dedicación, en 1879, hasta el incendio que lo destruyó en 1922” (Heartwarming Stories of Adventist Pioneers [*Relatos inspiradores de pioneros adventistas*], t. 1, págs. 161, 162).

En esa iglesia se realizaron las ceremonias fúnebres de Jaime White (en 1881) y de Elena de White (en 1915).

Profetisa verdadera

Profeta es alguien llamado para transmitir un mensaje. La Biblia presenta varios ejemplos de profetas, tales como Elías, Eliseo, Jeremías y Juan el Bautista, entre otros. A continuación, mostramos algunas características físicas que pueden acompañar a los profetas cuando están en visión. Los profetas...

1. Tienen conciencia de que un ser sobrenatural se comunica con ellos, y tienen un profundo sentido de indignidad.
2. Frecuentemente pierden las fuerzas.
3. A veces se caen al suelo como en un sueño profundo.
4. Escuchan y ven acontecimientos en lugares remotos como si estuviesen realmente presentes.
5. A veces no consiguen hablar pero, cuando sus labios son tocados, logran hacerlo sin problemas.
6. Muchas veces no respiran.
7. No tienen conciencia de lo que acontece a su alrededor, aunque tengan los ojos abiertos.
8. A veces, durante la visión, reciben fuerza suplementaria.
9. Reciben fuerza y aliento renovados al finalizar la visión.

10. Ocasionalmente sufren algún tipo de lesión física temporal como secuela de la visión.

No todas estas características físicas acompañan cada visión. Además, pueden ser falsificadas. Por eso, los fenómenos físicos no deben ser utilizados como evidencia única para probar la autenticidad de un profeta. Aunque las Santas Escrituras no las presentan como pruebas, la presencia de tales características debe ser considerada normal en quienes dicen “hablar en nombre del Señor”. Aunque los aspectos físicos sean útiles al tomar en consideración las credenciales de un profeta, otros criterios son mucho más confiables (*Mensajera del Señor*, pág. 28 [Adaptado]).

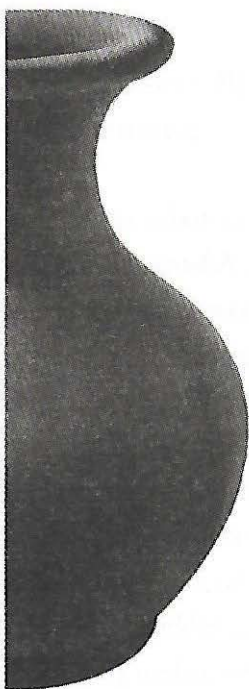
La Biblia orienta sobre lo que son consideradas pruebas de un verdadero profeta. En forma bien resumida, estas son las cuatro pruebas por las que el profeta debe pasar.

1. Sus predicciones necesitan cumplirse (Deut. 18:21, 22). Solo en casos de profecías condicionales, ellas podrían no cumplirse (ver Jer. 18:7-10; Deut. 28; Jonás 3:3-5, 10).
2. Lo que él [el profeta] dice debe estar en armonía con la Biblia (Deut. 13:1-4).
3. Su vida (los “frutos”) debe estar de acuerdo con lo que predica (Mat. 7:15-23).
4. Sus palabras deben tener como foco a Jesús y no a él mismo (1 Juan 4:2).

Podemos decir que la señora Elena G. de White encajó perfectamente en esos criterios. Por lo tanto, es una verdadera profetisa de Dios para los últimos días.

Apéndice 3

Libros de Elena G. de White



Se calcula que Elena de White pudo haber escrito, a lo largo de su vida, cerca de 100.000 páginas a mano, incluyendo cartas, diarios, artículos, folletos y libros. Sería el equivalente a unos 25 millones de palabras.

Hasta su muerte, en 1915, había ya publicados 24 libros originales de su autoría, y otros 2 estaban en proceso de publicación. Después, muchos otros materiales surgieron como compilación de sus escritos.

Actualmente, Elena de White es considerada la autora estadounidense con más obras traducidas a otras lenguas, y una de las más recordadas por la diversidad de los temas abordados.

Su extensa vida literaria muestra el poder de Dios actuando por medio de ella. Después del accidente, cuando todavía era una niña, Elena perdió la firmeza de las manos y no pudo escribir más. Sin embargo, en el inicio de su ministerio, en visión, le fue dicho que escribiera lo que había visto. Ella obedeció y su mano quedó nuevamente firme. Mira cómo la señora Elena describe esta experiencia:

"El Señor me dijo: 'Escribe las cosas que te voy a transmitir'. Comencé a hacer esta obra cuando era muy joven. La mano, que era débil y temblaba por causa de las enfermedades, quedaba firme inmediatamente después de que tomaba la pluma, y desde las primeras veces he sido capaz de escribir. Dios me dio la habilidad de escribir... La mano derecha difícilmente tenga alguna sensación desagradable. Nunca se cansa. Rara vez tiembla"
(Biography of Ellen G. White, t. 1, págs. 91, 92).

A continuación presentamos una lista [en orden alfabético] con los libros de esta querida escritora, en castellano y en inglés, así como el año de la primera edición. Los títulos en negrita son de las obras originales. Las siglas MM indican que son meditaciones matinales.

Aclaración: Este cuadro esquemático fue adaptado del trabajo original en portugués para la presente edición de esta obra (*Vaso de barro*) en castellano; y no es definitivo en lo que respecta al castellano. El incendio sufrido por la ACES destruyó la mayor parte de los registros documentales que habrían sido valiosísimos para confeccionar esta lista, por lo que, en los

próximos años, se seguirá investigando para poder ofrecer mayor exactitud en los datos, sobre todo de los inicios de la editorial. Los que están sin fecha (s.f.) se sabe que fueron parte de las primeras publicaciones ofrecidas a la feligresía. Y quedaron muchos otros libros fuera de esta lista, pues sería demasiado larga.]

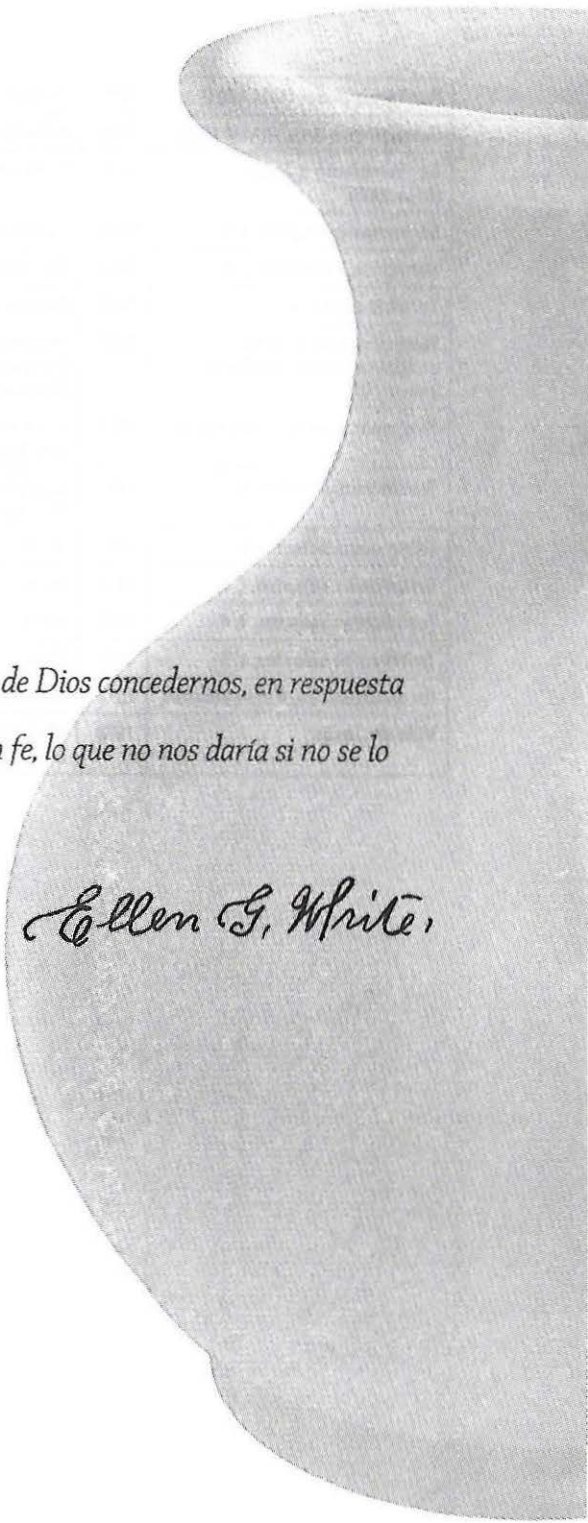
LIBROS EN CASTELLANO		LIBROS EN INGLÉS	
Título	1º edic.	Título	1º edic.
A fin de conocerle (MM 1965)	1964	That I May Know Him	1964
Alza tus ojos (MM 1983)	1982	The Upward Look	1982
Cada día con Dios (MM 1980)	1979	This Day With God	1979
Cartas a jóvenes enamorados	1989	Letters to Young Lovers	1983
Conducción del niño	1964	Child Guidance	1954
Conflicto y valor (MM 1971)	1970	Conflict and Courage	1970
Consejos para la iglesia	1995	Counsels for the Church	1991
Consejos para los maestros, padres y alumnos	1948	Counsels to Parents, Teachers, and Students Regarding Christian Education	1913
Consejos sobre el régimen alimenticio	1969	Counsels on Diet and Foods	1938
Consejos sobre la obra de la Escuela Sabática	1954	Counsels on Sabbath School Work	1938
Consejos sobre la salud	2008	Counsels on Health	1923
Consejos sobre mayordomía cristiana	1978	Counsels on Stewardship	1940
Cristo en su Santuario	1980	Christ in His Sanctuary	1969
Cristo triunfante (MM 2000)	1999	Christ Triumphant	1999
De la ciudad al campo	1977	Country Living	1946
Desde el corazón (MM 2013)	2012	From the Heart	2012
Dios nos cuida (MM 1992)	1991	Our Father Cares	1991
El camino a Cristo	s.f. / 1949	Steps to Christ	1892
El colporteur evangélico	1956	Colporteur Ministry	1953
El conflicto de los siglos	s.f. / 1945	The Great Controversy	1888/ 1911

El Deseado de todas las gentes	s.f. / 1947	The Desire of Ages	1898
El discurso maestro de Jesucristo	1975	Thoughts from the Mount of Blessing	1896
El Espíritu de Profecía y los gremios	s.f.	Counsels from the Spirit of Prophecy on Labor Unions and Confederacies	s.f.
El evangelismo	1949	Evangelism	1946
El hogar adventista/cristiano	1972	The Adventist Home	1952
El ministerio de curación	1975	The Ministry of Healing	1905
El ministerio de la bondad	1963	Welfare Ministry	1952
El ministerio de las publicaciones	1999	The Publishing Ministry	1983
El ministerio médico	2002	Medical Ministry	1932
El ministerio pastoral	1997	Pastoral Ministry	1995
El otro poder	1996	Counsels to Writers and Editors	1946
El verdadero reavivamiento. La mayor necesidad de la iglesia	2011	True Revival. The Church's Greatest Need	2011
En los lugares celestiales (MM 1968)	1967	In Heavenly Places	1967
Eventos de los últimos días	1992	Last Day Events	1992
Exaltad a Jesús (MM 1989)	1988	Lift Him Up	1988
Fe y obras	1984	Faith and Works	1979
Fundamentos de la educación cristiana	2015	Fundamentals of Christian Education	1923
Hijas de Dios: Mensajes especiales para la mujer	2015	Daughters of God: Messages Especially for Women	1998
Hijos e hijas de Dios (MM 1956)	1955	Sons and Daughters of God	1955
Joyas de los testimonios, t. 1	1951	Testimony Treasures, t. 1	1949
Joyas de los testimonios, t. 2	1956	Testimony Treasures, t. 2	1949
Joyas de los testimonios, t. 3	1959	Testimony Treasures, t. 3	1949
La ciencia médica y el Espíritu de Profecía	s.f.	Medical Science and the Spirit of Prophecy	1966
La edad dorada	2004	The Retirement Years	1990
La edificación del carácter y la formación de la personalidad	1955	The Sanctified Life	1889
La educación	1958	Education	1903
La educación cristiana	1928	(Compilación de la DSA a partir de diversas fuentes originales)	1927
La fe por la que vivo (MM 1959)	1958	The Faith I Live By	1958

La historia de la redención	1980	The Story of Redemption	1947
La iglesia remanente	1979	The Remnant Church	1950
La maravillosa gracia de Dios (MM 1974)	1973	God's Amazing Grace	1973
La música: Su influencia en la vida del cristiano	2006	Music: Its Role, Qualities, and Influence	1996
La oración	2006	Prayer	2002
La segunda venida y el cielo	2005	Heaven	2003
La temperancia	1969	Temperance	1949
La verdad acerca de los ángeles	1997	The Truth About Angels	1996
La voz: Su educación y uso correcto	1995	The Voice in Speech and Song	1988
Lecciones de la vida de Nehemías	2012	Lessons from the Life of Nehemiah	1989
Liderazgo cristiano	2002	Christian Leadership	1985
Los hechos de los apóstoles	1977	The Acts of the Apostles	1911
¡Maranata: El Señor viene! (MM 1977)	1976	Maranatha, The Lord is Coming	1976
Meditaciones matinales (MM 1953)	1952	My Life Today	1952
Mensajes para los jóvenes	1953	Messages to Young People	1930
Mensajes selectos, t. 1	2015	Selected Messages, t. 1	1958
Mensajes selectos, t. 2	2015	Selected Messages, t. 2	1958
Mensajes selectos, t. 3	2015	Selected messages, t. 3	1980
Mente, carácter y personalidad, t. 1	1989	Mind, Character and Personality, t. 1	1977
Mente, carácter y personalidad, t. 2	1990	Mind, Character and Personality, t. 2	1977
Notas biográficas de Elena G. de White	1995	Life Sketches of Ellen G. White	1915
Nuestra elevada vocación (MM 1962)	1961	Our High Calling	1961
Obreros evangélicos	1957	Gospel Workers	1901
Palabras de vida del gran Maestro	1976	Christ's Object Lessons	1900
Patriarcas y profetas	1985	Patriarchs and Prophets	1890
Primeros escritos	1987	Early Writings of Ellen G. White	1882
Profetas y reyes	1987	Prophets and Kings	1917
Promesas para los últimos días	2000	Promises for the Last Days	1994

Recibiréis poder (MM 1996)	1995	Ye Shall Receive Power	1995
Reflejemos a Jesús (MM 1986)	1985	Reflecting Christ	1985
Ser semejante a Jesús (MM 2005)	2004	To Be Like Jesus	2004
Sermones escogidos, t. 1	2015	Sermons and Talks, t. 1	1990
Sermones escogidos, t. 2	2015	Sermons and Talks, t. 2	1990
Servicio cristiano	1959	Christian Service	1925
Testimonios acerca de conducta sexual, adulterio y divorcio	1993	Testimonies on Sexual Behavior, Adultery, and Divorce	1989
Testimonios para los ministros	1961	Testimonies to Ministers and Gospel Workers	1923
Testimonios selectos, t. 1	1942	(Compilación de la DSA a partir de originales existentes)	1942
Testimonios selectos, t. 2	1927	Ídem.	1927
Testimonios selectos, t. 3	1934	Ídem.	1934
Testimonios selectos, t. 4	1937	Ídem.	1937
Testimonios selectos, t. 5	1932	Ídem.	1932
Un ministerio para las ciudades	2012	Ministry to the Cities	2012
Vida de Jesús	1970	Christ Our Saviour / Story of Jesus	1896/ 1900





*Forma parte del plan de Dios concedernos, en respuesta
a la oración hecha con fe, lo que no nos daría si no se lo
pidiésemos así.*

Ellen G. White,

Álbum de fotos



© Ellen G. White Estate, Inc.

Elena G. de White - 1864

* Imágenes cedidas por el Ellen G. White Estate, Inc.



Retrato de la familia White, en 1865: Elena, Guillermo, Jaime y Edson.



Retrato de los hermanos White, en 1862: Henry (izquierda), Edson (al medio) y Guillermo (derecha).



Eagle Lake, Minnesota, reunión campestre, en 1875: Jaime y Elena White, y Urías Smith, entre otros en la tribuna.



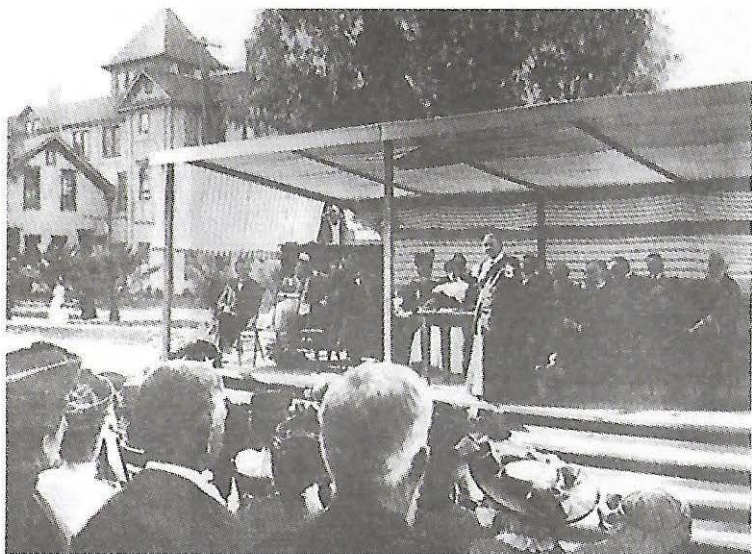
Elena de White
y su hermana
gemela,
Elizabeth Bangs,
en 1878.



Emma White, en 1876: Edson White se casó con Emma McDearmon cuando él cumplió 21 años. Emma sirvió al lado de Edson. Ella murió en 1917. Edson vivió hasta 1928.



Mary Kelsey White: primera esposa de Guillermo C. White. Murió de tuberculosis a los 33 años.



Elena de White hablando en Loma Linda en 1906.



Elena de White en Elmhaven, California, en 1915: Ella está en la cama, en el balcón superior.

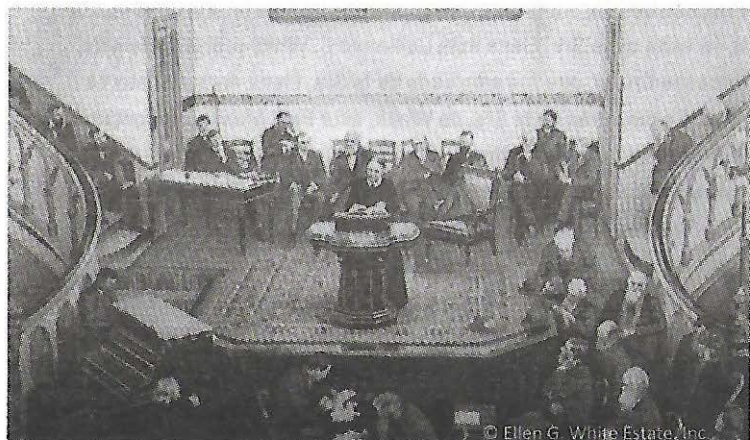


Asistentes de Elena de White en Elmshaven, en 1913. De pie (de izq. a der.): Harold Bree, Maggie Hare-Bree, Mary Stewart, Paul Mason, Arthur W. Spalding, Helen Graham, Tessie Woodbury, Alfred Carter, May Walling, Effie James. Sentados (de izq. a der.): Dores Eugene Robinson, Ralph W. Munson, Elena de White, Guillermo C. White, Clarence C. Carter.

A la izquierda de la Sra. de White (mirando de frente), está el Pr. Ralph Munson, un misionero que volvió de Singapur y estaba ayudando a seleccionar materiales de sus escritos para traducir y publicar en malayo. El hombre a la izquierda del Pr. Munson es Dores Eugene Robinson, pastor y esposo de Ella, integrante del equipo editorial de la Sra. de White. A la derecha de la Sra. Elena está Guillermo C. White y, al lado de este, Clarence Crisler, que fue empleado de la Sra. Elena durante catorce años. De pie, atrás de la Sra. de White, está Paul Mason, su contador. A la derecha de él está Arthur W. Spalding. Detrás de Guillermo C. White, está la señorita Helen Graham, secretaria; cerca de ella la señorita Tessie Woodbury, cocinera. Al lado de ella está el hermano Carter, celador, jardinero y ayudante en el escritorio. Atrás del hermano Crisler está la señorita May Walling, enfermera de la Sra. de White. La última mujer a la derecha es la señorita Effie James, secretaria. Detrás del Pr. Munson, de pie, están Mary Stewart y la señorita Maggie Hare-Bree, quienes fueron parte del equipo editorial de la Sra. de White. El último a la izquierda, el señor Bree, es un hacendado.



15 de junio de 1913, California: Una de las últimas fotos de Elena de White.



© Ellen G. White Estate, Inc.

Elena de White hablando en el Congreso de la Asociación General de 1901.



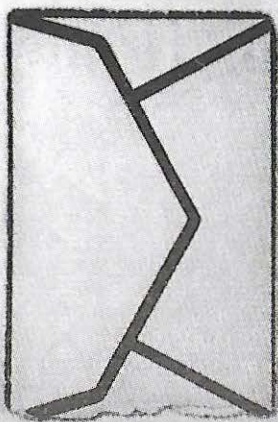
© Ellen G. White Estate, Inc.

Funeral de Elena de White en Battle Creek.



© Ellen G. White Estate, Inc.

Cementerio de Oak Hill en el funeral de Elena de White, Battle Creek, Michigan.



In Memoriam

Died at her residence, "Elnahaven," near the Settlement, St. Helena, Cal., July 16, 1915, at 8:40 P. M. Mrs. Ellen G. White, in her eighty-eighth year.

Ellen Gould Harmon was born at Goshen, Maine, Nov. 26, 1827. She was united in marriage with Elder James White Aug. 20, 1848, and thereafter they engaged in gospel ministry until the time of his death, Aug. 6, 1857.

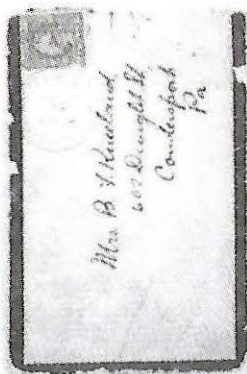
For thirty-two years after the death of her husband, she continued for public labor, in America, Europe, and Australia. In the autumn of 1900 she made her home at "Elnahaven," near the St. Helena Settlement.

On Feb. 13, 1915, she fell and sustained an intracapsular fracture of the left femur. Her death occurred one hundred fifty-three days after the accident.

During her last sickness she spoke often of the goodness of God, and testified of her faith and hope in the Lord. Her last words to her son, spoken Sabbath, July 10, were, "I know in whom I have believed."

Mrs. White will be buried by the side of her husband, in Oak Hill Cemetery, Battle Creek, Michigan, Sabbath, July 26.

Carta: In Memoriam.



Funeral Notice

Yourselves and family
are respectfully invited to attend the
funeral of

Mrs. Ellen G. White

at the Tabernacle
Battle Creek, Michigan
Sabbath forenoon at eleven o'clock
July the twenty-fourth
one thousand nine hundred and
fifteen

Notificación del funeral.

Fechas importantes

1827

26 de noviembre: Nacimiento de Ellen [Elena] Gould Harmon.

1842

(14 años)

26 de junio: Bautismo de Elena en la Iglesia Metodista

1844

(16 años)

22 de octubre: "El Gran Chasco".

1844

(17 años)

Diciembre: La joven Elena recibe su primera visión y el llamado para que sea la "mensajera del Señor".

1846

(18 años)

30 de agosto: Casamiento de Jaime y Elena White.

1847

(19 años)

26 de agosto: Nacimiento de Henry Nichols,
primer hijo del matrimonio.

1849

(21 años)

Julio: Inicio de la obra de publicaciones, con la impresión del periódico *The Present Truth* [La Verdad Presente]. Este periódico es hoy conocido como *Adventist Review* [Revista Adventista].

1849

(21 años)

28 de julio: Nacimiento de Jaime Edson, segundo hijo.

1851

(23 años)

Publicación del primer libro de Elena G. de White: *A Sketch of the Christian Experience and Views of Ellen G. White*, de 64 páginas. En 1854 se le agrega un "Suplemento". Estos dos documentos más antiguos se encuentran en las páginas 41 a 158 del libro *Primeros escritos* (tapa dura azul).

1854

(26 años)

29 de agosto: Nacimiento de Guillermo Clarence, tercer hijo.

1855

(27 años)

Mudanza a Battle Creek. Construcción del predio de la *Review and Herald*. Actualmente, la editorial está ubicada en Hagerstown, Maryland.

1860

(32 años)

La denominación adopta el nombre "Adventistas del Séptimo Día".

1860

(32 años)

Diciembre: Fallecimiento de John Herber, último hijo del matrimonio, con apenas tres meses de vida.

1863

(35 años)

Se realiza la primera reunión de la Asociación General y se organiza la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

1863

(35 años)

Junio: Elena de White tiene una de las visiones más abarcadoras sobre el mensaje de salud.

1863

(36 años)

Diciembre: Fallecimiento de Herny Nichols, de 16 años, de neumonía.

1868

(40 años)

Verano: Primer encuentro campestre adventista del séptimo día, realizado en Wright, Michigan.

1873

(45 años)

Marzo: Inauguración del Colegio de Battle Creek.

1874

(46 años)

Fundación de la editorial Pacific Press, en California.

1874

(46 años)

4 de junio: Primera edición de *Sign of the Times*
[Señales de los Tiempos].

1879

(51 años)

Marian Davis, la "compiladora de libros", comienza a trabajar
como asistente literaria de Elena de White.

1881

(53 años)

6 de agosto: Fallecimiento del Pr. Jaime White, a los 53 años.

1885

(57 años)

Viaje de Elena de White a Europa. Pasa dos años en el conti-
nente europeo, realizando evangelismo.

1887

(59 años)

Elena de White y la familia de su hijo Guillermo
retornan a Estados Unidos.

1890

(62 años)

18 de junio: Fallecimiento de Mary Kelsey White, primera
esposa de Guillermo. Deja dos hijas: Ella (8) y Mabel (3).

1891

(63 años)

12 de noviembre: Elena de White parte hacia Australia.

1894

(66 años)

5 de enero: Inicio de la primera reunión campestre en Australia.

1897

(69 años)

28 de abril: Inauguración de la Escuela Avondale de servidores cristianos. En 1964, el nombre fue modificado y pasó a llamarse Avondale College.

1900

(72 años)

Retorno de Australia. Elena de White pasa a vivir en Santa Helena, en la casa llamada "Elmshaven".

1902

(74 años)

Febrero: Se incendia el Sanatorio de Battle Creek.

1902

(75 años)

Diciembre: Se incendia también la Review and Herald.

1904

(76 años)

La editorial Pacific Press se muda de Oakland a Mountain View, California. Actualmente, está ubicada en Nampa, Idaho.

1915

(87 años)

16 de julio: Fallecimiento de señora Elena G. de White.

“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro,
para que la excelencia del poder
sea de Dios, y no de nosotros”
(2 Corintios 4:7, NVI).



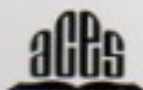
Vaso de barro presenta dos protagonistas ficticios: los jóvenes amigos estadounidenses Anna Beatrice y Gary, que están buscando ansiosamente conocer más sobre una persona muy influyente llamada Elena G. de White; en realidad, la autora más traducida del mundo. Como no es posible encontrarse con ella personalmente, ellos se involucran en una fascinante investigación sobre su trayectoria y sus escritos, una experiencia que cambiará la vida de ellos para siempre.

Mucho más que simplemente una obra de ficción, este es un libro realmente inspirador y edificante. A lo largo de sus páginas, el lector se sentirá invitado a conocer acontecimientos interesantes y se encontrará con el verdadero significado de la existencia humana. Sin duda, las experiencias de Anna Beatrice y Gary serán un óptimo ejemplo para todos aquellos que desean ser una luz en este mundo y brillar para Dios por toda la eternidad.

—**Alberto R. Timm**, director asociado del *Ellen G. White Estate*.



Neila D. Oliveira es autora de libros para niños y adolescentes, y trabaja como editora en la Casa Editora Brasileira. Casada con el diseñador Levi Gruber, el matrimonio tiene dos hijos: Gabriel y Matheus.



ISBN 978-987-701-341-2



9 789877 013412